

LA HISTORIA DE UN AMOR

Eduardo Rivera Ceballos



EDITORES



La historia de un amor

Eduardo Rivera Ceballos

Eduardo Rivera Ceballos
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6317-5
Depósito Legal: ZU2025000169

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Eran las siete de la mañana del quince de enero de 1987, cuando el señor Antonio llegó a su casa en su carro de mula. Entró hasta el patio, donde descargó el mercado y lo dejó en el mesón de la cocina. Le pidió a su esposa, Ruperta, que por favor le preparara bistec de hígado con yuca cocida para desayunar. Luego, apartándose de ella, se dirigió al cuarto de su hijo Carlos, preguntándole: —¿Me vas a acompañar como todos los viernes? —Claro, papá. Me baño, me cambio, desayuno y me voy contigo —respondió Carlos.

El señor Antonio estaba casado con la señora Ruperta, y de esa unión tenían tres hijos: Yuli, la mayor; Gertrudis, la segunda; y Carlos, el menor. Yuli había terminado la carrera de Administración de Empresas en la Universidad del Magdalena, y actualmente trabajaba para una multinacional en Bogotá.

Gertrudis, por su parte, había terminado el bachillerato, se había casado y ahora era madre de un hermoso niño, la adoración de su abuelo materno.

Carlos, en cambio, estudiaba en la Universidad del Atlántico. Le faltaban dos semestres para terminar Ingeniería Civil, pero en vacaciones, todos los viernes, se montaba en el carro de mula para ayudar a su noble padre en las labores cotidianas, a pesar del apodo que les ponían a los trabajadores de carro de mula: “traga peo”.

Esa mañana, Carlos desayunó al lado de su padre. Luego salieron abrazados, como era su costumbre, y se montaron en el carro de mula. Al salir, Carlos se dio cuenta de que había olvidado su cachucha, y el sol brillaba con fuerza. Sin embargo, al sentir la fuerte brisa que soplaba en ese momento, prefirió no decirle nada a su padre. Por esa época del año, en Santa Marta, la brisa sopla con tanta fuerza que, cariñosamente, la llaman “la loca”.

Al llegar a la plaza del mercado, donde siempre se estacionaban, Antonio cuadró el carro y se dirigió a la señora que siempre le guardaba guineo. Lo recogió, le dio las gracias y, al salir, se tropezó con un conocido que le dijo:

—¡Ey, traga peo! No te vayas a ir. Espérame, pago y salgo para que me lleves unos materiales a mi casa.

—Ok, te espero —respondió Antonio, mientras picaba los guineos y se los daba a su animalito.

Al salir el señor, desde la puerta, gritó:

—¡Traga peo, vamos a recoger los materiales!

Pero no era Antonio, sino Carlos, quien estaba agachado de espaldas, dándole de comer al animal. Su papá había ido al baño. Al voltear, el señor se dio cuenta de que no era el señor Antonio y preguntó:

—¿Dónde está tu papá?

Carlos le respondió:

—Está en el baño, pero podemos ir recogiendo los materiales mientras regresa.

—Ok, ven, toma la orden. Es en la ferretería de la esquina, tu papá sabe cuál es.

Carlos tomó la orden, pero se quedó pensando en el apodo de “traga peo”. No le gustaba, pero su padre los había educado con ese trabajo, y además era muy apreciado por todos los que requerían su servicio, así como por sus compañeros de labores. Aunque no le gustaba ni el apodo ni el trabajo, sabía que debía llenarse de humildad para seguir ayudando a su progenitor.

Mientras estaba inmerso en estos pensamientos, llegó su padre y lo sacó de su meditación:

—Toma, aquí está la orden del señor que te habló cuando llegamos. Vamos a lo de don Arturo, ¿vamos pues?

Recogieron los materiales y salieron rumbo al barrio Jardín, donde residía el señor Arturo.

Al llegar, fueron atendidos por un joven de la misma edad de Carlos, quien le preguntó:

—¿Ese es el material enviado por mi padre?

—Sí —contestó el señor Antonio.

—Esperen un momento —dijo el joven, dirigiéndose a la cochera. Abrió la puerta y les pidió—: Por favor, déjenlo aquí.

Cuando ya se disponían a bajar los materiales, el señor Antonio sintió un fuerte dolor en la boca del estómago que lo obligó a sentarse en el andén. Carlos, al ver a su padre retorcerse de dolor, se acercó cariñosamente y le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Un fuerte dolor de estómago... Debe ser que el

desayuno me cayó pesado —respondió Antonio—. Además, no me tomé la cucharada de leche de magnesio, como acostumbro todas las mañanas.

—Papá, te llevo al hospital.

—No, ya se me pasará. Déjame un ratito y te ayudo —dijo Antonio, tratando de minimizar el malestar.

El joven que los escuchaba se acercó y le dijo a Carlos:

—Ven, yo te ayudo. Tu papá se ve muy mal. Terco que es... Desde hace rato se viene sintiendo así, pero no quiere ir al médico.

Los dos jóvenes comenzaron a bajar los materiales. Al terminar, Carlos le preguntó:

—¿Cómo te llamas? ¿Estudias o trabajas?

El joven lo miró, sonrió y respondió:

—Yo estudio en la Universidad del Norte, en Barranquilla. Termino Derecho este año. Me llamo Reinaldo Carrascal —dijo, extendiéndole la mano. Carlos correspondió al gesto y agregó:

—Yo me llamo Carlos Fonseca Díaz. Estudio Ingeniería Civil en la Universidad del Atlántico y me faltan dos semestres. Termino este año, al igual que tú. Reinaldo lo miró con sorpresa y, tras una breve pausa, comentó:

—Perdona, yo pensé que tu trabajo era igual al de tu padre. Jamás pasó por mi mente que estudiaras. Estuve a punto de decirte lo mismo que mi papá le dice al tuyo...

Carlos lo observó en silencio, hasta que Reinaldo, algo incómodo, continuó:

—Sí, “traga peo”.

—Reinaldo, discúlpame... —dijo, avergonzado.

—No te preocupes, estoy acostumbrado —respondió Carlos, con una sonrisa. Le estrechó la mano y añadió—: Fue un placer conocerte, pero tengo que irme. Voy a ver cómo sigue mi papá y ver si puedo convencerlo de que nos vayamos directo a la casa para que descanse. Es muy terco. Reinaldo, poniendo la mano en el hombro de Carlos, le dijo:

—Déjame tu número y te llamo cuando estemos en la universidad o, si no, en cualquier momento antes de irnos.

—No lo creo —contestó Carlos, mientras anotaba su número y se lo daba, aunque no muy convencido.

Al salir, su papá ya estaba de pie al lado del burro. Al verlo llegar, le dijo:

—Te estaba esperando. Vamos ya, que tengo otro compromiso pendiente.

—¿Cuál compromiso? Deberíamos irnos a casa, te sentiste muy mal —respondió Carlos, preocupado.

—Ya estoy bien. Vamos, que tenemos que llevar otros materiales al barrio Manzanares.

Ese día trabajaron sin parar hasta las dos de la tarde, cuando finalmente llegaron a la casa. Después del almuerzo, Antonio ya no trabajaba en la tarde, así que era momento de descansar.

Carlos, tras contarle a su mamá lo sucedido con su papá, subió a su cuarto, se recostó en la cama

y se quedó dormido. Inusualmente, durmió hasta las cinco de la tarde. Al despertarse, se bañó, se cambió y salió de su cuarto a buscar a su papá para que le diera lo que siempre le daba los viernes. Ese día, como les había ido tan bien, su papá le dio más de lo acostumbrado.

Después de darle un beso en la frente a su papá y un fuerte abrazo a su mamá, Carlos salió del cuarto de ellos contento. Tenía planeado encontrarse con su amigo Julián para ir a la cafetería frente a la playa y tomarse un par de tintos o, ¿por qué no?, un par de cervezas.

Carlos ya estaba a punto de llamar cuando sonó su celular. Era su amigo Alberto, quien le dijo: —Estoy en la cafetería. Me adelanté porque mi amigo Reinaldo me citó a esta hora, tiene una sorpresa para mí.

Carlos le preguntó:

—¿Él está contigo?

—¡No! —respondió Alberto—, pero aquí está llegando. ¡Apresúrate!

—Okey, salgo enseguida —contestó Carlos.

Al despedirse de su amigo, caminó hasta el cuarto de sus padres, les pidió su bendición y salió a toda prisa. La distancia desde el barrio Cundí, donde vivía Carlos, exactamente frente a la antigua correccional —hoy la sede de la Universidad Sergio Arboleda—, no era mucha. Atraviesa rápidamente el parque Cundí, llega a la Avenida Libertador, pasa frente al Liceo Celedón y la Es-

cuela Industrial, también frente a la esquina del Churrasco. Cruzó las vías del ferrocarril —hoy Avenida Ferrocarril— y bajó por toda la calle de la cárcel (calle catorce). Al llegar cerca de la Alcaldía, sonó su celular; era Alberto, pero no contestó porque ya estaba cerca del Panamerican, la cafetería donde lo esperaban, ubicada donde hoy está el Banco de la República.

Al llegar, un poco sudado, Alberto lo recibió y le dijo:

—Ven, te voy a presentar a mis dos amigos. Él es Reinaldo, del que te he hablado, el que organiza las fiestas en su apartamento, y tú no te has dignado a acompañarme.

Reinaldo, al pararse y voltearse, se dio cuenta de que era Carlos, y le dijo a Alberto:

—Ya lo conozco.

—¿Pero cuándo? —preguntó Alberto sorprendido—, si él nunca ha querido ir conmigo a tus fiestas.

—Esta mañana tuve la oportunidad de conocerlo —explicó Reinaldo—. Se presentó en la puerta de mi casa para entregarme unos materiales que enviaba mi papá, pero su papá se puso mal y tuve que ayudarle.

—¡Qué bien! —exclamó Alberto—. Mira, te presento a David.

David se paró, le estrechó la mano y dijo:

—He oído que llevaste unos materiales a la casa de Reinaldo.

—Sí —respondió Carlos.

David, con curiosidad, le preguntó:

—¿Tu papá tiene algún camión o camioneta? En mi casa están pidiendo materiales cada rato, porque la estamos ampliando.

—No, mi papá tiene un carro de mula —contestó Carlos.

David hizo un gesto poco agradable y se sentó de nuevo. Al ver esto, Alberto cambió el tema y dijo:

—Hoy, por fin, vamos a conocer Punta de Betín y su famoso restaurante.

Carlos, sorprendido, preguntó:

—¿Cómo así? ¿Quién nos va a llevar? Sabes que eso es exclusivo.

—Aquí nuestro amigo Reinaldo —contestó Alberto con entusiasmo—. Esa era la sorpresa que me tenía.

—Tomemos el jugo rápido, paguemos y vámonos —dijo Reinaldo.

Salieron y se montaron en el carro de Reinaldo: Reinaldo y David iban adelante, y Carlos y Alberto atrás. Pasaron por la parte trasera de Puertos de Colombia, luego por El Ancón, un sitio exclusivo de Santa Marta, famoso por sus mariscos y comidas caribeñas como el arroz con coco, patacones de guineo y pargo frito. Siguieron subiendo hasta la cima del cerro, donde quedaba el restaurante y estadero Punta de Betín. Allí se tomaron varias cervezas y disfrutaron del paisaje y la brisa marina. Desde ese punto, se podía divisar toda la ciudad, el Morro y la vista hacia altamar. Carlos se quedó mirando profundamente la

majestuosidad de la Sierra Nevada. Podría decirse que estaba contemplando con los ojos del alma. Le impresionaba cómo la cordillera, a esa hora, se asemejaba a una vasta sabana de verde oscuro, extendiéndose a lo largo, rozando el firmamento y recibiendo los rayos solares de diversos colores, predominando el rojo oscuro debido a la proximidad de la noche. De pronto, se sobresaltó al sentir que alguien le tocaba el hombro. Al voltear, vio que era Reinaldo. —Disculpa, me quedé extasiado mirando la belleza de la sierra —dijo Carlos. —¿Ya miraste hacia el mar? —preguntó Reinaldo, señalando en dirección opuesta.

Carlos dirigió su mirada en la dirección que Reinaldo le indicaba y se quedó boquiabierto ante tanta belleza. El mar parecía fundirse con el cielo, como si este se abriera para permitir que las aguas penetraran en él. Desde el horizonte, brotaban rayos de luz que brillaban intensamente, resistiéndose a ser envueltos por el manto oscuro de la noche.

—Vamos, sentémonos y terminemos de tomar la cerveza, se nos va a calentar —le dijo Reinaldo, sacando a Carlos de su asombro.

Cerca de las ocho de la noche, David le dijo a Reinaldo:

—Acuérdate que tenemos que ir a recoger a nuestras amigas para ir al Rodadero.

—Espera, cancelo esto y nos vamos —contestó Reinaldo.

Salieron, tomaron el carro y, mientras bajaban, Alberto y Carlos preguntaron a Reinaldo y David:

—¿Qué van a hacer ustedes?

Ambos respondieron al mismo tiempo:

—Nada, solo dialogar un rato.

Alberto dijo:

—Déjanos en la esquina de la cuarta con veintidós, vamos a recoger una encomienda y de paso nos tomaremos otro par de cervezas.

Reinaldo respondió:

—Los dejo exactamente en ese sitio, voy para el barrio Los Ángeles.

—OK, no se diga más —concluyó Alberto.

Al bajarse del vehículo y llegar al transporte para recoger la encomienda, buscaron una mesa desocupada, se sentaron y comenzaron a dialogar sobre el paisaje y el restaurante, que les pareció muy hermoso. Después, Alberto le preguntó a Carlos:

—¿Qué te parecieron Reinaldo y David?

Carlos respondió:

—Reinaldo me pareció una persona sencilla y servicial, a pesar de las facilidades económicas que tiene. Pero David, todo lo contrario, me pareció una persona muy orgullosa y egoísta. No sabría decir por qué, pero no me cayó nada bien. Entre conversación y conversación, se les hicieron las diez de la noche. Pagaron lo que habían consumido, salieron, y se despidieron en la salida. Carlos tomó un taxi para su casa, al igual que Alberto.

Al llegar a su casa, Carlos fue a la cocina, abrió la nevera, tomó un vaso de agua y subió a su cuarto. Mientras estaba recostado en la cama, dejó que sus pensamientos fluyeran: primero, lo sucedido con su papá y lo terco que era por no querer ir al médico; luego, el por qué David no le había caído bien, había algo en él que no le gustaba y le gustaría saber qué era; y por último, el hermoso paisaje y el restaurante. Sumido en sus pensamientos, se quedó dormido.

Carlos continuó con sus labores, esperando el final del mes para trasladarse a Barranquilla y comenzar el semestre. En esos días, recibió varias llamadas de su amigo Alberto invitándolo a salir, pero él se negó, ya que estaba ahorrando lo poco que su padre le daba para evitar dificultades en la universidad.

Finalmente llegó el día esperado. Carlos preparó su maleta con todo lo necesario, salió de su cuarto con la maleta en mano y se dirigió a la terraza, donde estaban sentados sus padres. Colocando la maleta en el suelo, los abrazó, los besó y, poniéndose de rodillas, les pidió su bendición. Carlos salió, tomó un taxi y se dirigió al transporte. Se embarcó en un bus de la empresa La Veloz, que lo llevó a Barranquilla. Durante el trayecto, Carlos solo pensaba en los últimos acontecimientos y le daba gracias a Dios por haberle permitido conocer Punta de Betín. Desde allí, había podido contemplar ese atardecer tan hermoso, con la Sierra Nevada, la ciudad y el mar fundiéndose

en un paisaje inolvidable. Al llegar, tomó otro taxi que lo llevó a los apartamentos cercanos a la universidad, donde residían la mayoría de los samarios que estudiaban allí. Subió directamente al segundo piso, abrió la puerta entró en su alcoba, dejó la maleta y se tumbó en la cama. Se quedó dormido hasta la tarde, momento en que su amigo Alberto llegó a llamarlo.

Carlos se levantó, se bañó, se cambió y salió del cuarto hacia el corredor, donde lo esperaba Alberto. Al verlo, se saludaron y, tras intercambiar algunas palabras, bajaron al primer piso, donde se encontraba el comedor. Al llegar, se sentaron, y la señora Epifanía, la encargada de la fonda, los saludó y les sirvió la comida. Después de comer, los dos jóvenes salieron rumbo a la casa de un amigo en común, donde habían quedado de encontrarse para continuar estudiando la infraestructura de un edificio. Además, iban a acordar a qué hora irían a los laboratorios de suelos para revisar los estudios y poder calcular las bases necesarias para garantizar una construcción sólida.

Tras terminar el trabajo, se dirigieron al apartamento de Reinaldo, quien había llamado a Alberto para recordarle el favor que le había prometido.

Al llegar, Reinaldo los estaba esperando en la puerta de su apartamento. Apenas los vio, los saludó y los invitó a entrar. Al cruzar la puerta, se encontraron con dos jóvenes y un muchacho que estaban preparando una exposición para el día siguiente.

—Les presento a Judith y a Miriam —dijo Reinaldo—, y él es Julián.

Al conocerlos, Carlos quedó impresionado con Judith. Al saludarla, se le quedó mirando fijamente a los ojos y, sin desviar la mirada, ella le dijo a Reinaldo:

—Tu amigo está muy guapo.

Carlos se sonrojó un poco y le respondió:

—Tú también estás muy bonita. Me encantó saludarte y espero volverte a ver.

—Lo mismo —contestó Judith mirando a Reinaldo—. Espero que te dignes a hacer una fiesta este fin de semana para que nos encontremos y empecemos en firme nuestro último año. Y que invites a tu amigo Carlos, aunque no sé si estudia, trabaja o es dueño de alguna empresa.

Carlos, sonriendo y mirándola fijamente, le contestó:

—Soy estudiante de Ingeniería Civil, y con el favor de Dios, termino este año, al igual que ustedes.

—¡Qué bien! —respondió Judith—. Espero que termines con éxito.

En ese momento, Reinaldo le entregó un sobre a Alberto.

—Te encargo que se lo hagas llegar a mi amigo que vive al otro lado de la ciudad —le pidió a Reinaldo.

Alberto y Carlos se despidieron de todos, quedando en volver a verse el viernes de esa semana. Judith, señalando a Carlos con el dedo, dijo:

—Tú no dejes de venir.

Carlos le contestó:

—Si Dios me lo permite, aquí estaré. Te lo prometo.

Al salir, tomaron un bus para ir a entregar la encomienda. Durante el trayecto, Alberto le tomó el pelo a Carlos con respecto a Judith.

—Es muy linda —respondió Carlos—. Espero volverla a ver. Y tú no dejes de llevarme a las fiestas de Reinaldo.

—¡Ja, Ja, Ja! —se rió a carcajadas Alberto.

Sin darse cuenta de cómo pasó el tiempo, llegaron a su destino, entregaron la carta y se devolvieron contentos a su residencia.

Apenas llegaron, Carlos se cambió, se puso su pijama y se acostó a dormir. Durante el sueño, tuvo en su mente la imagen de Judith, como si estuviera dialogando con ella. Estando así, sonó el despertador. Se levantó de un salto, algo desubicado, pero al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que estaba en la residencia. Tenía que apresurarse para bajar a desayunar e ir a la universidad.

Los días transcurrieron con normalidad, pero Carlos no dejaba de pensar en Judith y si realmente ella asistiría a la fiesta del viernes en el apartamento de Reinaldo.

Por su parte, Judith tampoco dejaba de pensar en Carlos. Le parecía un joven muy apuesto y elegante, pero no sabía mucho de él. Le gustaría volverlo a ver para preguntarle sobre sus planes y

su familia, sin tener que pedírselo a Reinaldo. Así transcurrió la semana.

El viernes, Judith se levantó temprano, se cambió, desayunó y estaba tan contenta que su madre lo notó.

—¿Qué tienes que te veo radiante, Judith? —le preguntó su madre.

—Nada, mamá, lo único es que me ha ido muy bien en la universidad.

Ese viernes, Carlos se levantó bien temprano, antes de que sonara su despertador. Se bañó, se cambió y bajó al comedor más temprano que nunca. La señora Epifanía, al verlo, le dijo:

—¿Y ese milagro? Hoy eres el primero en bajar cuando normalmente eres de los últimos. Pareces contento, das la impresión de que estás enamorado.

—No, señora. Usted sabe que estoy dedicado a mis estudios, quiero terminar para ver cómo ayudo a mi papá o cómo lo convenzo de que deje ese trabajo.

—Muy bien, hijo, así es como debes pensar. ¿Quieres un tinto?

—Sí, señora.

En ese momento llegó Alberto, y ambos se pusieron a conversar mientras tomaban el café y esperaban el desayuno. Después de desayunar, se despidieron de la señora Epifanía y salieron rumbo a la universidad.

Durante el trayecto, Carlos recibió una llamada de su mamá.

—¿Hola, mamá? —contestó preocupado.

—Hijo, si puedes venirte lo más rápido posible, hazlo. Tu papá se ha puesto muy mal, y en estos momentos lo estoy llevando al hospital —dijo ella con voz angustiada.

—Mamá, ¿está muy grave?

—No lo sé, hijo, pero necesito que vengas porque estoy sola. Llamé a tu hermana Gertrudis, pero no está en la ciudad, salió de paseo con su esposo y están en Cartagena.

—No te preocupes, mamá. Llego a la universidad, hablo con los profesores y me voy enseguida. Espero estar allá a eso de las diez.

—Bien, hijo, te espero —respondió su mamá, aliviada. Carlos llegó a la universidad acompañado de Alberto, habló con los profesores y les expuso las dificultades que estaba enfrentando. Después de escucharlo, los profesores determinaron que no había ningún problema en que se ausentara, ya que se trataba de la enfermedad de su padre.

Carlos salió de la universidad caminando lo más rápido posible hacia la residencia, que quedaba a quince minutos. Al llegar, subió al segundo piso donde estaba su habitación, la abrió, recogió algo de ropa sucia, la echó en su maletín y, con prisa, salió nuevamente. Tomó un taxi que lo llevó hacia las cercanías del puente sobre el río Magdalena, que comunica los departamentos del Atlántico y Magdalena. Al llegar, pagó la carrera, se bajó del taxi y tomó la primera buseta que salía hacia Santa Marta.

Durante el viaje, pensaba en la condición de su

padre y en lo lejos que había llegado por su terquedad. Sin embargo, no podía evitar que también Judith y la fiesta en casa de Reinaldo se le vinieran a la mente con frecuencia. Era la primera vez que lo invitaban, y aunque deseaba asistir y hablar más con Judith, la salud de su padre era lo primero. Había prometido estar allí, pero ahora no podría cumplir.

Al llegar a su destino, bajó de la buseta y caminó lo más rápido posible hacia el hospital, que estaba cerca. Al llegar, se encontró con su madre en la puerta, justo cuando ella salía. Ella lo abrazó y lo besó, diciéndole:

—Hijo, menos mal llegaste a tiempo. Tu papá está en la habitación cuatro, lo han dejado en observación mientras esperan los resultados del laboratorio que acaban de hacerle. Yo tengo que ir a la casa a recoger lo que necesita para su estadía y también comprarle las medicinas.

Carlos, después de saludarla, le dijo:

—Mamá, aquí al lado está la droguería. Si las medicinas son para ahora, yo las compro y regreso. Me quedo con papá mientras tú vas a la casa.

—Está bien —respondió su mamá, agradecida.

Así quedaron.

Carlos, después de comprar las medicinas, entró al hospital y subió al segundo piso, donde estaba ubicado el cuarto de su papá. Al llegar, se acercó a la cama, lo abrazó y le dio un beso en la frente. Su papá, con tono jocoso, le dijo:

—Mira, mijo, este dolor de estómago no me dejó

trabajar hoy, y yo quería juntar unos recursos para darte, para que no te falte nada.

—Papá —respondió Carlos—, estás enfermo y preocupándote por eso. Sabes que yo me las arreglo con lo que me das y nunca te he exigido más. Además, me ayudó con los trabajos que hago para mis compañeros.

Así permanecieron largo rato. Carlos le dio a su padre las medicinas, y poco después, su papá se quedó dormido. Al ser las doce y media, subieron el almuerzo y también llegó su mamá. Carlos, después de hablar un rato con ella, se despidió y salió rumbo a casa para dejar el maletín con la ropa sucia.

Al llegar, dejó la ropa en el canasto y subió a su alcoba. Se recostó un rato, se levantó, se bañó y bajó a almorzar lo que su mamá le había dejado ya servido. Mientras comía, lo llamó Alberto para preguntarle cómo seguía su papá. Apenas había terminado de hablar con él cuando sonó de nuevo el teléfono, era Reinaldo, quien no sabía lo de su papá, llamando para decirle que Judith lo había contactado para recordarle que no se olvidara de invitarlo a la fiesta. Estaba deseosa de volver a ver a Carlos.

Carlos, algo apenado, le respondió:

—Reinaldo, no sabes la tristeza que tengo. Yo también quería verla, pero a mi papá le volvió a dar el dolor de estómago que le dio en tu casa, y esta vez fue aún más fuerte. Está hospitalizado, y tuve que venir porque mi mamá está sola.

—Lo lamento mucho, Carlos —dijo Reinaldo—. Pero más lo va a lamentar Judith. Está muy entusiasmada por verte. No le diré nada, porque si se entera de que no vienes, quizás ni asista. Ella siempre nos anima a todos, es una gran bailarina. Espero que tu papá se recupere pronto. Desde ya, estás invitado a la próxima fiesta, ya sea en mi apartamento o en el de David. Nos vemos.

Después de terminar de hablar con Reinaldo, Carlos finalizó su almuerzo y salió hacia el hospital para relevar a su mamá. A pesar de que el sol estaba en su punto más alto y el calor era sofocante, decidió ir caminando, a pesar de la distancia. Al llegar, se encontró con la buena noticia de que los médicos, tras revisar los resultados de los análisis, habían decidido darle de alta a su papá.

Recogieron las cosas que su mamá había llevado y unas mandarinas que Carlos compró en el camino, sabiendo cuánto le gustaban a su papá. Tomaron un taxi y se dirigieron a casa. Durante el trayecto, su papá le comentó:

—Mañana salimos bien temprano a trabajar, porque quiero desayunar con hígado y yuca cocinada, y además quiero darte algo ahora que estás aquí.

Carlos, sorprendido y un poco molesto, le contestó:

—Papá, ¿cómo se te ocurre querer ir a trabajar cuando mamá me dijo que el médico te recomendó reposo? Mañana iré temprano. Sabes que conozco a todos tus clientes, y a la misma hora que vienes tú, volveré yo con tu desayuno.

Aunque a regañadientes, su papá aceptó. Entre

charlas y risas, llegaron a casa.

Esa noche, Carlos no durmió bien. Tenía la mente llena de pensamientos sobre la fiesta y sobre el diálogo que había tenido con Judith y Alberto. Así le dieron las cuatro de la mañana, cuando sonó el despertador. Se levantó, se bañó y, al salir, lo hizo sigilosamente para no despertar a sus padres. Sin embargo, al pasar por la cocina, notó las luces encendidas. Al asomarse, vio a su mamá y ella, al verlo, le ofreció un tinto.

Carlos se acercó, le dio un beso en la frente, le puso el brazo sobre el hombro y le dijo:

—Mamita, ¿cómo amaneciste?

—Bien, ¿y tú?

—No muy bien, no pude dormir —respondió Carlos, antes de preguntarle—. ¿Y mi papá cómo pasó la noche?

—Bien, hijo, gracias a Dios.

—Bueno, mamá, me voy —dijo Carlos, sin dejarla hablar más.

Salió, alistó su carro de mula, se montó y partió rumbo al mercado de la ciudad. Durante el trayecto, que era relativamente corto, no pudo evitar pensar en Judith. Al llegar al mercado, enseguida lo ocuparon preguntándole por su papá. Carlos les comentó que estaba bien, pero que el día anterior les había dado un buen susto, especialmente a su mamá, que había estado sola.

Se mantuvo ocupado todo el tiempo. Cerca de las siete de la mañana, entró al mercado y compró el hígado y la yuca, el desayuno preferido de

su papá. Al salir, vio unas costillas frescas que le llamaron la atención y las compró también, junto con las verduras y los víveres para que su mamá preparara un sancocho de costilla con gallina criolla que tenían en casa.

Montó todo en su carro y estaba a punto de partir cuando un hombre le gritó:

—¡Eh, traga peo! ¡Necesito tus servicios!

Carlos lo miró fijamente, y a pesar de la incomodidad, le contestó:

—Señor, estoy ocupado.

Al llegar, Carlos le entregó todo lo comprado a su mamá. Justo cuando se disponía a preguntar por su papá, sintió una mano en su hombro. Era su padre, que le dijo:

—¡Buenos días, hijo! ¿Cómo te fue?

—Muy bien. ¿Y tú? ¿Cómo amaneciste?

—Como un roble y dispuesto a ir a trabajar —respondió su papá con entusiasmo.

Carlos lo miró con seriedad y le contestó:

—Estás loco, hoy termino yo el trabajo.

—Está bien, hijo —dijo su padre, dándole un abrazo, antes de caminar hasta donde estaba la señora Ruperta—. Mija, ¡apúrate con el desayuno que tengo mucha hambre!

Después de desayunar, Carlos se despidió de sus padres y salió nuevamente a trabajar, siguiendo la costumbre de su papá. Durante toda la mañana estuvo muy ocupado. No pudo llamar a Alberto,

como había pensado, para preguntarle cómo había transcurrido la fiesta y qué había dicho Judith sobre su ausencia. El trabajo fue tan intenso que, cuando miró el reloj, se dio cuenta de que ya eran las dos y media de la tarde, y su papá solía trabajar hasta esa hora.

Carlos no tenía hambre, pero decidió terminar su labor. Justo cuando se disponía a llamar a Alberto, una señora con un bebé en los brazos se le acercó y, de buenas maneras, le dijo:

—Joven, ¿me podría hacer el favor de llevarme este bulto de papa, la yuca y la caja de tomate que me acaban de traer? Como usted ve, no hay nadie por aquí para ayudarme.

Carlos, aunque bastante cansado, respondió:

—Okey, vamos a hacerle el favor. Yo también iba para mi casa a almorzar.

Después de llevar las compras de la señora, que vivía cerca de su casa, Carlos regresó y decidió llamar a Alberto. Al contestar, Alberto le dijo:

—¡Menos mal que me llamaste o si no sigo de largo! La fiesta fue hasta el amanecer. Llegué a las seis y media. Te cuento que Judith estuvo toda la noche preguntando por ti. Le conté lo de tu papá y que tenías que quedarte porque eras el único que estaba con ellos. Se puso un poco triste, pero, resignada, dijo: “Será en otra oportunidad”. Pero cuéntame, ¿cómo está tu papá? ¿Y tú cómo has estado?

—Yo bastante cansado —respondió Carlos—, apenas voy para la casa, y mi papá amaneció bien.

¡Cómo te parece que hoy quería ir a trabajar conmigo!

Alberto soltó una carcajada y le dijo:

—¡Ahí está pintado tu papá!

—Oye —dijo Carlos—, te voy a pedir un gran favor: dile a Reinaldo que te dé el teléfono de Judith para llamarla.

—¡Okey! Pensé que nunca lo ibas a decir —respondió Alberto, divertido.

Y así terminó la charla entre Carlos y Alberto.

Al llegar a casa, Carlos almorzó. El sancocho que había hecho su mamá lo dejó repleto, así que decidió recostarse un rato, pues estaba bastante cansado. Por la tarde, se despertó, se levantó, se bañó y justo cuando se disponía a llamar a Alberto, recibió una llamada inesperada que lo llenó de alegría. Su corazón latía aceleradamente al ver que era Judith quien lo llamaba. Sus manos temblaron al coger el celular y, nervioso, contestó.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Cómo te fue en la fiesta?

—Bien —respondió Judith—, pero te llamo para preguntarte por tu papá. ¿Cómo está?

—Él ya está bien, gracias a Dios. ¿Y tú qué has hecho? —dijo Carlos— Yo, un poco cansado, pero bien... pensando en ti y en no haber podido ir a la fiesta.

—No te preocupes —dijo Judith—, ya tendremos oportunidad de ir a alguna. Recuerda que Reinaldo y David viven haciendo fiestas casi todos los fines de semana. Son muy fiesteros, pero también son buenos estudiantes.

—Cuéntame, ¿pensaste en mí? —preguntó Carlos, entre risas.

—¡Claro que sí! Hasta la pregunta ofende —respondió Judith, bromeando—. No ves que he sido yo quien te ha llamado. A ti no se te ocurrió conseguir mi número y llamarme.

—Yo le dije a Alberto que me averiguara tu número —explicó Carlos—, pero se le olvidó en la fiesta, y esta mañana se lo volví a pedir. ¡Créeme!

—Ok, Carlos —dijo Judith, riendo—. Me alegra que tu papá esté bien. Llámame cuando llegues, a ver si sacamos un tiempo para vernos y dialogar un rato.

—Claro, Judith. No sabes cuánto me alegra esta llamada.

—Lo mismo digo, Carlos. Nos veremos cuando vengas o en cualquier momento viajaremos juntos. Yo también vivo en Santa Marta, mis padres tienen una casa propia cerca del puente Mamatoco. Bueno, te dejo, acaba de llegar una amiga. ¡Chao!

Carlos, después de terminar de hablar con Judith, quedó muy pensativo. Le gustaba mucho y estaba decidido a hablar con ella apenas tuvieran la primera oportunidad. Mientras estaba en esas, recibió una llamada de Alberto.

—Carlos, anota el número de teléfono de Judith —dijo Alberto, entre risas.

Carlos, riéndose, le respondió:

—¡Llegaste como el correo de Gaira, atrasado, amigo!

—¿Cómo así? —preguntó Alberto, confundido.

—Sí, Judith me llamó hace un rato para saludarme y preguntarme por mi papá. Al parecer, Reinaldo le dio mi número.

—¡Qué bien! Te felicito. Espero que no hayas desperdiciado la oportunidad.

—¿Y tú qué crees? —respondió Carlos—. Hablamos un buen rato.

—Ok —dijo Alberto.

Después de terminar la conversación con Alberto, Carlos bajó al patio y se sentó a charlar un rato con sus padres. Los encontró acostados en una hamaca, debajo de los árboles de tamarindo y matarratón, disfrutando de la brisa fresca de la tarde y del hermoso atardecer que dejaba ver la Sierra Nevada de Santa Marta.

Después de estar un rato con ellos, Carlos se acercó, les dio un beso en la frente y les pidió la bendición.

—Voy a salir un rato hasta la casa de Julián, que me invitó —les dijo.

El día domingo, mientras Carlos descansaba en el chinchorro del segundo piso de su casa, llegó Gertrudis, su hermana, acompañada de su esposo y su hijo. Carlos, al verlos, se puso muy contento y bajó rápidamente a saludarlos, pero antes avisó a sus padres, que estaban recostados en su cuarto.

Carlos y Gertrudis siempre jugaban y se ponían sobrenombres, pero se respetaban mucho y nunca discutían. Se abrazaron con fuerza, y Gertrudis le dijo en tono cariñoso al oído:

—Estás muy flaco, te estás pareciendo al garabato que tiene mi papá para arrear su burro.

Carlos, entre risas, respondió:

—Y tú estás demasiado gorda, pareces uno de esos bollos de yuca mal envueltos que hace la señora de al lado.

Riendo juntos, se separaron y Carlos saludó a su sobrino y a su cuñado.

Entraron todos en la casa para saludar a sus padres. Gertrudis comentó sobre su reciente viaje a Cartagena:

—Quedé encantada con la ciudad amurallada, mucho más que con la parte moderna y sus edificios. Las playas no me gustaron mucho, aquí hay mejores, y los edificios de allá no son gran cosa.

Su madre, sonriente, le respondió:

—Me alegra mucho que hayas disfrutado de tu viaje, hija. Tu papá ya está mejor.

Carlos aprovechó para decir:

—Ya que papá está mejor y mi hermana gordita está aquí, he pensado en irme esta tarde para no tener que madrugar.

Gertrudis, en tono juguetón, replicó:

—¡Míralo! Ya se quiere ir, debe ser que alguien lo espera.

Carlos se acercó a ella, le acarició la mejilla y le dio un beso en la frente, respondiendo:

—Igualita a mi gordita.

Después, Carlos se despidió de todos, subió a su cuarto, alistó su maletín con lo necesario, y al bajar, no vio a su padre en la sala. Se dirigió entonces al cuarto de sus padres, donde su papá lo esperaba con dinero en la mano.

Carlos, al verlo, lo abrazó y dijo:

—Cúidate, viejo. Nosotros te queremos mucho.

Su papá, extendiéndole el dinero, insistió:

—Llévatelo. A lo mejor lo vas a necesitar.

Carlos, sorprendido, respondió:

—Papá, yo aún tengo suficiente.

Pero su padre replicó:

—No importa, llévate lo igual.

Carlos aceptó el dinero, pidió la bendición y se dirigió a la sala, donde le dio un beso en la frente a su madre y también recibió su bendición. Finalmente, se despidió de su hermana, su cuñado y su sobrino, y salió de la casa con una mezcla de alegría y gratitud por su familia.

Al llegar al transporte, a Carlos le tocó esperar alrededor de media hora, y durante ese tiempo sus pensamientos se quedaron con Judith. Durante todo el viaje pensó en ella, y al llegar lo primero que hizo fue llamarla. Judith contestó enseguida, con una alegría evidente en su voz.

—¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Y tu papá, cómo sigue?

—Mi padre está bien, gracias a Dios. Y yo también, con muchas ganas de verte. ¿Podemos vernos ahora? —dijo Carlos, ansioso.

—Claro, ven hasta el apartamento. Anota la dirección —respondió Judith.

Carlos anotó la dirección rápidamente, se despidió y salió como una flecha hacia donde estaba Judith. Al llegar, ella lo esperaba en la puerta. Al verla, a Carlos le temblaron las piernas, pero se recompuso enseguida. Judith lucía radiante, hermosa, con su largo cabello brillando bajo la luz de la noche y moviéndose al compás de la brisa refrescante. Se acercó y le dio un beso en la mejilla, a lo que ella correspondió. Carlos tuvo el impulso de abrazarla, pero se contuvo.

—No te quedes ahí parado, entra y siéntate —le dijo Judith sonriendo—. ¿Te provoca algo?

—Lo que usted guste brindarme, señorita —respondió Carlos, con un toque de picardía.

—Tengo vino tinto, ron centenario que a mi papá le encanta y siempre me deja cuando viene, o un tinto. Te lo preparo con mucho gusto —dijo Judith.

—Una copita de vino me parece bien —respondió Carlos.

Judith sirvió dos copas, una para ella y otra para Carlos. Luego, se sentó a su lado y comenzó la conversación.

—Cuéntame, ¿cómo sigue tu papá?

—Él está bien, mejorando bastante. ¿Y tú, cómo te fue en la fiesta? —preguntó Carlos.

—Bien, pero la verdad te extrañé. Tenía muchas ganas de volver a verte —confesó Judith.

—Lo mismo digo, pero a veces no se pueden evitar ciertas cosas —dijo Carlos.

Judith cambió el tema rápidamente.

—Bueno, tú querías hablar de algo. Te noto inquieto. Relájate, estamos solos. Habla con confianza.

Carlos, mirándola fijamente, cambió el tono de la conversación:

—¿Con quién vives aquí? Este apartamento es grande y muy bonito, ¿es tuyo?

—No, es alquilado —respondió Judith—. Vivo con dos amigas: Miriam y Joeli. A Miriam ya la conoces, es de Santa Marta como nosotros. Joeli vive en Cartagena, pero yo paso la mayor parte del tiempo sola. Si hubieras estado aquí este fin de semana, te habría presentado a mi mamá, que estuvo conmigo hasta esta mañana. Se fue porque mi papá llega hoy de viaje y la mandó a buscar.

—Qué lástima, me hubiera encantado conocerla —dijo Carlos, tomando las manos de Judith y mirándola a los ojos—. Judith, estoy enamorado de ti. Me gustas mucho, y desearía, de todo corazón, que me aceptaras como tu novio. Desde el día que te vi en el apartamento de Reinaldo, no he podido dejar de pensar en ti. ¿Qué me dices? Judith, sorprendida, soltó suavemente las manos de Carlos.

—Me tomas por sorpresa, Carlos. No te niego que tú también me gustas, pero apenas nos estamos conociendo. Esta es la segunda vez que nos vemos. Dame un poco de tiempo y te daré una respuesta.

—Espero que no te demores mucho. Desde hoy voy a estar inquieto y ansioso por tu respuesta —

respondió Carlos, un poco nervioso.

Judith sonrió.

—No te preocupes, no me gusta hacer esperar a las personas. No te contesto hoy mismo porque quiero pensarlo bien antes de darte una respuesta.

Después de compartir algunas copas de vino y hablar de varios temas, llegó el momento de despedirse. Carlos se acercó, le dio un beso en la mejilla y la abrazó. Judith correspondió al abrazo, mostrándole su agrado.

Carlos, al salir de casa de Judith, miró la hora y recordó que no le había avisado a la señora Epifanía para que le abriera la puerta cuando llegara. Rápidamente, tomó su celular y llamó a su amigo Alberto.

—Aló, Alberto, estoy llegando. Por favor, ¿puedes estar pendiente para abrirme? —dijo Carlos. Alberto, aún medio dormido, respondió con voz pesada.

—Me timbras cuando ya estés en la puerta.

Sin embargo, cuando Carlos llegó, no fue necesario volver a llamarlo. Alberto ya lo estaba esperando en la entrada. Se saludaron con mucho afecto.

—¿Por qué llegas tan tarde? —preguntó Alberto, curioso.

—No, amigo, llegué temprano, pero salí inmediatamente a verme con Judith. Y de allá vengo ahora —respondió Carlos, esbozando una sonrisa.

—¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! —dijo Alberto, con tono pícaro—. Ya veo que la cosa anda bien.

—Espero que sí. Hoy me le declaré —confesó Carlos.

—¿Entonces ya son novios? —preguntó Alberto, con evidente interés.

—Todavía no —respondió Carlos—, pero espero, y lo deseo de todo corazón, que así sea.

A la mañana siguiente, Carlos se levantó temprano, con la intención de ser de los primeros en el comedor, ya que la señora Epifanía no sabía que él había llegado tarde la noche anterior. Después de un desayuno rápido, salió junto a su amigo Alberto rumbo a la universidad. Así pasaron los días de la semana, sin mucha novedad, hasta que el jueves, a mediodía, Carlos decidió llamar a Judith para saludarla y preguntarle si ya tenía la respuesta que tanto deseaba.

Al otro lado del teléfono, Judith contestó:

—Pensé que te habías olvidado de mí y ya no querías hablarme.

Carlos sonrió y le respondió con sinceridad:

—No, todo lo contrario. No he dejado de pensar ni un minuto en ti.

Judith, con un tono un poco juguetón, dijo:

—Si quieres y tienes tiempo, veámonos esta tarde en la cafetería cerca del apartamento de Reinaldo.

Carlos, emocionado, le preguntó:

—¿A qué hora exactamente?

—A las cuatro en punto, ¿te parece bien? —contestó Judith.

—Okey —asintió Carlos, intentando no sonar demasiado ansioso.

Durante el resto de la tarde, Carlos estuvo inquieto, pensando en cuál sería la respuesta de Judith. “¿Será que solo quiere saludarme o será que finalmente me dará una respuesta?”, se repetía en su mente. Al llegar la hora acordada, Carlos estuvo puntual en el lugar. Sin embargo, Judith llegó diez minutos tarde. Al verlo, le dio un beso en la frente y se disculpó:

—Perdona, tuve un retraso en la universidad.

Se sentó frente a él, y antes de que pudiera decir algo, Carlos le preguntó:

—¿Qué deseas tomar?

—Un tinto, lo mismo que tú —respondió Judith con una sonrisa.

Carlos hizo una señal al mesero y pidió los tintos. Cuando el mesero se retiró, Carlos, sin poder aguantar más la incertidumbre, le preguntó:

—¿Has pensado en mí? Espero que ya me tengas una respuesta.

Judith, tomándole las manos con ternura, lo miró a los ojos y le dijo:

—Sí. Te acepto. Desde hoy, si me lo permites, seré tu novia.

Carlos, sin poder contener su emoción, se levantó rápidamente, la tomó en sus brazos y le susurró al oído:

—Te haré feliz para toda la vida. Y aunque aún no lo creas, no solo te quiero, Judith, te amo mucho.

Judith lo abrazó con fuerza, correspondiendo al gesto de la misma manera.

Terminaron de pasar la tarde lo más felices posible. Carlos la acompañó hasta el apartamento de Judith, donde se despidieron con un fuerte abrazo y un beso. Antes de separarse, acordaron volver a ver en cuanto tuvieran un momento libre. Carlos, aún emocionado, regresó a su residencia. Subió directo a su cuarto, sintiendo que la felicidad lo envolvía por completo. A pesar de su alegría, sabía que debía concentrarse, pues al día siguiente, a la tercera hora, tenía un parcial crucial para su carrera. Se sentó en su escritorio, dispuesto a estudiar.

Sin embargo, por más que lo intentaba, no lograba concentrarse. Su mente, traicionera, volvía una y otra vez a la imagen de Judith: su sonrisa, sus palabras, el momento en que lo había aceptado como novio. El libro de texto frente a él se veía borroso, y en lugar de ecuaciones o párrafos, veía el rostro de ella.

Carlos suspiró, consciente de que, aunque la felicidad lo invadía, necesitaba enfocarse. Decidió tomar un breve descanso, con la esperanza de que, al volver a intentarlo, lograría concentrarse y estudiar con claridad.

La semana transcurrió en calma. Carlos se concentró en sus estudios y Judith hizo lo mismo. A pesar de estar ocupados, ambos se comunicaban de vez en cuando para saludarse y desearse un buen día. El viernes en la tarde se encontraron de nuevo, disfrutando del amor intenso que había nacido entre ellos.

Durante ese encuentro, Carlos le dijo a Judith:

—Tengo que ir a Santa Marta este fin de semana para ver a mis padres. ¿Tú también vas a ir?

Judith, sin dejar de sonreír, le respondió:

—Estoy esperando una llamada de mi papá. Me dijo que pasaría por mí, pero si no, podría irme contigo en el mismo bus.

Carlos asintió, mirándola con ternura.

—Avísame. Yo planeo tomar el último bus que sale.

—Así lo haré —respondió Judith, antes de despedirse con un beso suave.

A las cinco de la tarde, Carlos decidió llamarla.

—Judith, ya estoy saliendo hacia el transporte.

—Mi papá me acaba de llamar —dijo Judith con tono alegre—. Pasará por mí en media hora. Viene desde Cartagena. ¿Por qué no esperas? A ver si viene solo, le pregunto si puedes venir con nosotros.

Carlos, un poco nervioso, respondió:

—Me da pena, Judith... no conozco a tu papá. Mejor me voy en el bus y nos llamamos cuando lleguemos.

Judith, comprensiva, aceptó:

—Está bien, mi amor. Que tengas un buen viaje y nos vemos después.

Carlos sonrió.

—Lo mismo, mi amor. Que estés bien, un abrazo.

Carlos, apenas llegó a su destino, sin bajarse del bus, llamó a Judith.

—Llegué bien, amor —dijo con una sonrisa en su voz—. Voy a tomar un taxi para irme a casa.

Judith le respondió rápidamente:

—Nosotros apenas estamos saliendo. Mi papá tuvo una reunión de última hora aquí en la ciudad. Te llamo cuando lleguemos. Cuídate.

Carlos sonrió, aunque ella no pudiera verlo.

—Lo mismo, un abrazo.

En el carro, el señor Pedro, papá de Judith, notó la expresión radiante de su hija y con una mirada curiosa le preguntó:

—¿Con quién hablabas que te noto tan entusiasmada?

Judith sonrió ligeramente, pero trató de mantener la calma.

—Con un amigo, papá.

El señor Pedro arqueó una ceja y con un tono pícaro replicó:

—Debe ser muy especial, porque te llenaste de alegría apenas viste que era él.

Judith suspiró y decidió ser honesta.

—Papá, es un estudiante de ingeniería civil que conocí por intermedio de David y Reinaldo. De él, precisamente, quería hablarte... Lo invité a la casa porque quiero presentártelo a ti y a mamá.

El señor Pedro la miró fijamente por un momento antes de asentir con calma.

—No veo ningún inconveniente, siempre y cuando sea un joven trabajador y de buena familia.

Judith, aliviada, sonrió ampliamente y dijo con cariño:

—¡Qué bien, papito! Por eso te quiero tanto.

Apenas Judith llegó a casa y saludó a su mamá, subió rápidamente a su cuarto con el pretexto de bañarse y cambiarse. Sin embargo, no había cerrado la puerta cuando tomó el teléfono y llamó a Carlos.

—Mi amor, ya estoy aquí, y estoy tan contenta. Le hablé a mi padre de ti, y me dio permiso para que mañana vengas a visitarme en la tarde.

Carlos, con una mezcla de emoción y alivio, respondió:

—No sabes la alegría que me da, amor. Me siento feliz y desearía tenerte cerca para poder abrazarte y susurrarte al oído que te amo.

Judith sonrió al escuchar sus palabras y contestó con ternura:

—Lo mismo digo, nos vemos mañana.

El sábado en la mañana, Carlos acompañó a su papá en su trabajo. Regresaron a casa a la una y media de la tarde, y después de almorzar, Carlos subió a su cuarto para descansar un rato. Tras una pequeña siesta, se levantó, se bañó, se arregló y tomó su teléfono para llamar a Judith.

—Mi amor, ¿puedo ir desde ya? —preguntó con entusiasmo.

Judith respondió:

—Por mí no hay inconveniente, vente. Aprovecho para presentarte a mi mamá mientras llega mi papá, que está en una reunión de negocios con el papá de David.

Carlos, emocionado, terminó la llamada, bajó

hasta donde estaban sus padres, les pidió su bendición, y salió rápidamente. Tomó un taxi y le dio al conductor la dirección de Judith. Al llegar, ella lo estaba esperando en la puerta, y sin poder evitarlo, se dieron un beso en los labios. Carlos, algo nervioso, no sabía cuánto le había contado Judith a sus padres.

Notando su incomodidad, Judith lo tomó de las manos y le susurró al oído:

—Ven, entra. No tengas miedo, aquí nadie muere. Carlos sonrió y siguió a Judith dentro de la casa. En la sala de estar, la mamá de Judith, la señora Josefina, los esperaba con una sonrisa amable.

—Mamá, te presento a Carlos, el muchacho del que te estuve hablando —dijo Judith con entusiasmo.

La señora Josefina extendió la mano para saludarlo:

—Mucho gusto, encantada de conocerlo, Carlos. Pero no se quede ahí parado, por favor, siéntese. Carlos, educadamente, se sentó en el sofá y respondió con gratitud:

—El gusto es mío, señora.

—¿Qué desea tomar? —preguntó Josefina con hospitalidad.

—Lo que usted me brinde estará bien —respondió Carlos con una sonrisa.

Judith, viendo la oportunidad de hacer la situación más ligera, dijo con picardía:

—Mamá, sirvenos una copa de vino, ¿te parece?

Josefina asintió con una sonrisa, levantándose:

—Está bien, hija. Ya se las traigo.

Esa noche, la mamá de Judith les hizo llegar el vino a través de la muchacha del servicio, y Carlos y Judith continuaron conversando animadamente. Entre risas y charlas, compartían la felicidad de estar juntos. En medio de esa atmósfera, llegó el papá de Judith, don Pedro, quien se acercó a saludarlos.

Judith y Carlos se pusieron de pie de inmediato, y Judith dijo:

—Papá, te presento a Carlos, el amigo del que te hablé cuando veníamos de Barranquilla.

Don Pedro extendió la mano con firmeza:

—Mucho gusto, Carlos.

—El gusto es mío, señor —respondió Carlos con respeto, mientras lo observaba con cierta nerviosidad.

Don Pedro, con una sonrisa discreta, se despidió diciendo:

—Bueno, los dejo para que conversen —y se dirigió hacia la cocina, donde estaba su esposa, la señora Josefina.

Carlos, aún un poco tenso, le susurró a Judith:

—¿Le has hablado a tu papá sobre nosotros?

—Le he dicho que somos amigos, pero no que somos novios —respondió Judith.

Carlos, decidido, dijo:

—¿Por qué no se lo decimos ahora? Así podré verte con más tranquilidad, sin esconderme de nadie.

Judith asintió:

—Tienes razón, lo llamaré.

Judith llamó a su papá, y don Pedro regresó a la sala, con su presencia imponente pero serena. Carlos sintió una mezcla de nervios y determinación. Al verlo, recobró el aliento, miró a Judith y luego, enfrentando la mirada de su futuro suegro, dijo:

—Señor Pedro, me concede usted el permiso de poder visitar a su hija. Ella y yo nos entendemos y queremos comenzar una relación.

Don Pedro lo observó detenidamente, de pies a cabeza, en silencio. Finalmente, con una voz pausada pero firme, respondió:

—Por mí no hay inconvenientes. Pero te advierto algo: Judith es mi mayor tesoro. Espero que no la hagas sufrir, o de lo contrario, tendrás que atenerme a las consecuencias.

Carlos, más calmado, respondió con seguridad:

—No se preocupe, señor. Lo que más deseo en este mundo es hacerla feliz.

Con esas palabras, la relación de Carlos y Judith quedó oficialmente aprobada por los padres de ella. Esa noche, Carlos se despidió feliz, y al llegar a su casa, les contó a sus padres la noticia. Estaba radiante.

—Mamá, papá, ya tengo novia. Se llama Judith, y en cuanto pueda, se las presentaré.

Sus padres, encantados, lo felicitaron. Su papá, con tono bromista, le tocó el hombro y le susurró al oído:

—Ya era hora. Pensé que te ibas a quedar soltero. Carlos soltó una carcajada, pero no pudo evitar quedarse pensativo por un momento.

El noviazgo de Carlos y Judith transcurría con tranquilidad. Se veían cada vez que podían, aunque la universidad les absorbía la mayor parte del tiempo. Un viernes por la tarde, alrededor de las cuatro, mientras Carlos observaba la belleza del paisaje y disfrutaba de la suave brisa, recibió una llamada de Judith.

—Mi amor, David me invitó a una fiesta esta noche en su apartamento, y me dijo que te invita también. ¿Te parece bien? Tengo que devolverle la llamada para confirmarle si vamos o no.

Carlos sonrió y le respondió con cariño:

—No veo ningún inconveniente. Confírmase lo. Dime a qué hora nos vemos, porque no puedo esperar para tenerte entre mis brazos y decirte al oído cuánto te amo.

Judith, con un tono dulce, contestó:

—Yo también, mi amor. Te espero a las ocho de la noche.

Esa noche, al llegar a la fiesta, David recibió a Carlos en la puerta y, tras hacerlos entrar, se acercó a Judith y le dijo muy despacio:

—Necesito hablar contigo, tengo algo importante que decirte, creo que tú no lo sabes.

Judith, algo intrigada, le respondió:

—¿Por qué no me lo dices enseguida?

David, con una sonrisa enigmática, le contestó:

—Ahora no, primero siéntense y tómense un trago. Reinaldo y Alberto, al verlos entrar, los llamaron para que se sentaran junto a ellos, y así lo hicieron. Un rato después, David se acercó nuevamente a donde estaban y le dijo a Carlos:

—Carlos, voy a robarte por un momento a tu novia. Necesito decirle algo de la universidad.

Carlos, sin sospechar nada, sonrió y respondió:

—No veo ningún problema, sigue Judith.

Judith se levantó con una mezcla de curiosidad y preocupación, y siguió a David hacia una sala contigua, donde finalmente este le diría lo que tenía en mente.

—¿Tú sabes bien quién es Carlos y a qué se dedica su papá? —le preguntó David con tono serio.

Judith, desconcertada, respondió:

—No se lo he preguntado, pero Reinaldo me mencionó que su papá trabajaba en el mercado. ¿Qué tiene eso de importante?

David, bajando un poco la voz, continuó:

—El papá de Carlos tiene un carro de mula. Con eso mantiene a su familia, y Carlos también lo ayuda los fines de semana. Ambos trabajan como “traga peos” —dijo David, usando el término despectivo que se empleaba en su círculo.

Judith sintió una punzada de incomodidad, pero mantuvo la calma.

—¿Y por qué le dices así? —preguntó con firmeza.

—Es como los llaman —respondió David—. Pregúntale a cualquiera.

A pesar de estar dolida, Judith no dejó que el comentario la afectara del todo. Con voz serena, le contestó:

—A mí no me importa lo que haga su papá. Lo que me importa es Carlos. Él es un buen estu-

diante, mejor que tú, y va a terminar la carrera pronto.

David, con una sonrisa sarcástica, le replicó:

—No te ofendas, solo quería que lo supieras. Te estimo mucho, Judith, y nuestros padres son muy buenos amigos. No quiero que sufras cuando tu papá se entere. Sabes que él no lo va a aceptar.

Judith, sin querer seguir escuchando, le dio la espalda y regresó al lugar donde estaba Carlos. Él la miró preocupado al verla con una expresión diferente.

—Te noto rara —dijo Carlos—. ¿Qué te pasa? ¿Qué te dijo David?

Judith lo miró, intentando disimular lo que sentía, y respondió:

—Nada importante, por favor no me preguntes más. Después te lo cuento.

Carlos, aunque extrañado, respetó su petición. Sin embargo, Judith no pudo quitarse las palabras de David de la mente, así que en la primera oportunidad le preguntó a Reinaldo sobre lo que había escuchado.

Reinaldo, con una sonrisa amigable, le respondió:

—Sí, es cierto. Conocí a Carlos un día que vino a mi casa con su papá en el carro de mula. Su papá se enfermó, y al ayudarlo, nos presentamos. Me contó que estudiaba en la universidad y que terminaría este año como nosotros. Al principio no le creí, pero luego me lo confirmó Alberto. ¿Cuál es el problema? —dijo Reinaldo—. ¿Por qué estás tan preocupada? Si a ti lo que debe importarte es él, no su familia.

Judith suspiró, revelando su angustia:

—Tengo miedo de mi papá. Sabes lo mal geniado que es, y no quiero que ofenda a Carlos si se entera.

Reinaldo, intentando tranquilizarla, le dijo:

—No te preocupes por mí, jamás le diría algo a tu papá. Pero no sé sobre David, ya sabes cómo es él.

En ese momento, Carlos regresó al grupo, interrumpiendo la conversación. Judith intentó sonreír, pero el peso de lo que había escuchado seguía ahí, rondando su mente.

Al final de la fiesta, mientras salían juntos, Carlos, con una expresión seria, le preguntó a Judith:

—¿Por qué te noté triste y pensativa en la fiesta?

Judith suspiró antes de responder:

—Es que David me dijo que el trabajo de tu papá, y el que tú también haces, es en un carro de mula, llevando materiales o alimentos a quienes lo necesitan.

Carlos la miró fijamente, sus ojos reflejando una mezcla de sorpresa y decepción.

—¿Tú crees que los que trabajamos en ese oficio, como mi papá y yo, porque siempre que puedo lo ayudo, somos despreciables? ¿Crees que no podemos estudiar y relacionarnos con otras personas?

Judith, alarmada, negó con la cabeza rápidamente.

—¡No! —exclamó—. Yo no he dicho eso, y no entiendo por qué te ofendes. Mi miedo es cómo lo tomará mi familia, especialmente mi papá, cuando se enteren. Pero quiero que sepas que te

quiero y te seguiré queriendo, sin importar lo que los demás digan.

Carlos, al escucharla, se relajó y sintió alivio al ver la sinceridad en sus palabras. Judith lo abrazó con fuerza, y él le correspondió, sintiendo cómo la tensión entre ellos se disipaba.

—No volvamos a hablar más de este asunto —dijo Carlos suavemente.

Ambos asintieron, sellando su promesa con el abrazo, mientras caminaban juntos hacia la salida caminando, más unidos que antes.

El noviazgo entre Carlos y Judith continuaba avanzando sin contratiempos, como un barco que navega tranquilamente en alta mar cuando el clima es perfecto. Carlos había terminado su semestre y, emocionado, le manifestó a Judith su deseo de verla, ya que solo estaría dos días más en la ciudad mientras concluía los estudios de suelo en los que estaba trabajando.

—Quiero verte, ¿Tienes tiempo disponible para que no interfiera con tus estudios?

Judith, con una sonrisa, respondió:

—No te preocupes, mi amor. Vente esta tarde o, si puedes, ven ya. No tengo clases en las tardes, solo estoy preparando una exposición para el viernes.

—Muy bien, mi amor. Un beso y espérame, que ya salgo para allá —dijo Carlos.

Cuando Carlos llegó al apartamento de Judith y tocó el timbre, ella le abrió la puerta y se lanzó en sus brazos, susurrándole al oído:

—Te amo mucho, y me vas a hacer mucha falta estos días que no vas a estar.

Carlos la miró con ternura y le respondió:

—No te preocupes, amor. Si tú no puedes venir, yo iré. No puedo resistir estar mucho tiempo lejos de ti.

Aquella tarde y noche la pasaron juntos, divirtiéndose, tomando y disfrutando de la compañía del otro. Fue un momento especial en el que, por primera vez, dejaron que su amor los guiara con pasión, entregándose el uno al otro y teniendo su primer encuentro íntimo. Carlos se quedó en el apartamento de Judith esa noche.

A la mañana siguiente, ambos se levantaron llenos de alegría y con una nueva sensación de cercanía. Se juraron amor eterno antes de separarse para cumplir con sus obligaciones: Judith se fue a la universidad, y Carlos regresó a su residencia para cambiarse y continuar con sus estudios.

Durante el día, volvieron a encontrarse en el apartamento de Judith, donde nuevamente disfrutaron de su tiempo juntos, compartiendo momentos de cariño y pasión. Finalmente, cuando llegó el momento de despedirse, ambos se abrazaron, se besaron y derramaron lágrimas, sabiendo que los próximos días serían difíciles sin la presencia del otro, pero confiando en el amor que se habían jurado.

Durante el trayecto de Barranquilla hacia Santa Marta, los pensamientos de Carlos no dejaban de estar con Judith. Aunque no entendía por qué,

sentía un dolor inexplicable en el corazón, una inquietud que lo perturbaba. Al llegar a su casa, saludó rápidamente a sus padres y subió a su cuarto. Exhausto, se recostó un rato, esperando que Judith terminara sus clases para llamarla. Su preocupación crecía sin motivo aparente.

Después de dormir un rato, se levantó, se aseó y, justo cuando tomaba el teléfono para llamarla, recibió una llamada de Judith. Al ver su nombre en la pantalla, Carlos se sobresaltó, pero rápidamente se calmó y contestó.

—Hola, mi amor. ¿Cómo estás? Me haces mucha falta —dijo Carlos con alivio.

—Tú también me haces mucha falta, pero te tengo buenas noticias —respondió Judith con alegría—. Mi papá va a recogerme mañana en la tarde, y el viernes en la noche nos vemos, si Dios quiere. Espero estar en la ciudad a las cuatro de la tarde. Te llamo apenas llegue.

Carlos se llenó de felicidad.

—¡Mi amor! Sabes cuánto te extraño. Voy a contar las horas hasta poder verte y abrazarte. Desde el momento en que fuiste mía, no he podido dejar de pensar en ti.

—Yo también, Carlos. Desearía que estuvieras aquí a mi lado ahora mismo —contestó Judith, con la misma emoción en su voz.

La conversación terminó con ambos sintiéndose más conectados que nunca, a pesar de la distancia que los separaba por esos días. Ambos estaban emocionados por el reencuentro que los espera-

ba, contando las horas hasta que pudieran estar juntos nuevamente.

Judith, apenas llegó a Santa Marta, llamó a Carlos, quien no dudó en presentarse a su casa media hora después. Al verse, se abrazaron con pasión, besándose y susurrando cuánto se amaban. El fin de semana lo disfrutaron al máximo, visitaron las playas del Rodadero y, además, el papá de Judith los llevó a una cabaña cerca del río Don Diego, con una vista increíble al mar Caribe y la majestuosa Sierra Nevada de Santa Marta. Desde el balcón, todo se veía espectacular, y en una de las salidas del padre de Judith a una reunión con sus amigos, ellos aprovecharon para dejarse llevar nuevamente por el amor que los consumía.

Al día siguiente, Judith volvió a Barranquilla para continuar sus estudios, mientras Carlos se quedó en Santa Marta ayudando a su papá, ya que estaba de vacaciones. Pasaron 15 días desde la partida de Judith cuando, una mañana, mientras Carlos colaboraba en el mercado con su padre, se presentó el señor Pedro, el papá de Judith, en busca de un servicio. Estaba entre los carros de mula y, no tardó en decir:

—¡Ey, tragapeo! —gritó, llamando a los trabajadores. Carlos, que estaba de espaldas, se volteó para encontrarse de frente con la mirada severa del señor Pedro, quien lo reconoció de inmediato.

—¿Tú qué haces aquí? —le dijo en tono grosero—. Pensé que estudiabas ingeniería civil, pero parece que no eres más que un mentiroso. Seguro hasta a mi hija la tienes engañada. No te quiero ver más con ella, ¿me oíste? Si te vuelvo a ver con Judith, atente a las consecuencias.

Sin darle la oportunidad de responder, el señor Pedro se fue enfurecido, dejando a Carlos perplejo e inquieto. Minutos después, llegó su papá, el señor Antonio, quien notó la preocupación en su rostro.

—¿Qué tienes, hijo? Te veo pálido —le dijo.

Carlos, con la voz quebrada, le contó lo sucedido con el papá de Judith. El señor Antonio, poniendo una mano en su hombro, le dijo con cariño:

—Hijo, por eso te dije que no me ayudaras y te dedicaras a tus estudios. O cuando yo llegue, al menos atiende al animalito, como a ti te gusta hacerlo.

—Pero, papá, ¿qué tiene de malo o deshonesto este trabajo? —preguntó Carlos, aún desconcertado.

—Nada, hijo. Este trabajo es digno, pero siempre he querido que ustedes tengan otras oportunidades, que los vean de otra manera. No quiero que tengas problemas por algo así, y no te aseguro que tu relación con Judith vaya a terminar bien, especialmente después de lo que pasó hoy.

Carlos guardó silencio, procesando lo que acababa de escuchar. Al ver su reacción, su padre suspiró y añadió:

—No quería decirte esto, pero todos aquí saben que el señor Pedro es narcotraficante. Lo cono-

cen como el traqueto mayor.

La noticia cayó sobre Carlos como una losa pesada. Lo que había sido una relación llena de amor y promesas de futuro ahora parecía empañarse por los secretos y la sombra de las actividades ilícitas del padre de Judith.

Carlos pasó el resto del día inquieto, pensando en cómo hablarle a Judith sobre lo sucedido con su papá. No podía quitarse de la mente lo que le había dicho el señor Antonio sobre las conexiones del padre de Judith. Intentó descansar, pero no lograba conciliar el sueño. Justo cuando estaba a punto de levantarse, su celular sonó. Era Judith.

—Mi amor —dijo Judith con preocupación en la voz—, ¿qué pasó con mi papá? Acaba de prohibirme volver a verte. Dice que eres un trabajador vulgar, no un estudiante, y no me dejó ni explicarle. Me colgó el teléfono.

Carlos suspiró, sintiendo la presión en su pecho. —Judith, mi amor, te lo juro, yo estaba ayudando a mi papá en el mercado cuando tu papá llegó a pedir un servicio. Al verme, me insultó y tampoco me dejó hablar. Me dijo exactamente lo mismo que a ti, y me advirtió que si me acercaba a ti otra vez, tendría que atenerme a las consecuencias.

—Carlos, tengo miedo —respondió Judith con un tono que mezclaba angustia y frustración—. Mi papá es muy violento, y tiene muchos amigos que harían lo que él les pida solo para complacerlo. Voy a intentar ir este fin de semana para hablar con él, tratar de explicarle lo nuestro. Mientras

tanto, por favor, no te preocupes y no dejes de ayudar a tu papá por este incidente.

Carlos, aunque preocupado, respondió con determinación:

—No te preocupes, mi amor. Yo tampoco dejaré de ayudar a mi papá, aunque él tampoco está de acuerdo en que lo siga haciendo. Pero es algo que disfruto y no quiero dejarlo, sin importar lo que diga tu padre.

Ambos se quedaron en silencio por unos momentos, sintiendo la incertidumbre de lo que vendría. Sabían que estaban en una situación difícil, pero también que su amor los unía y les daba fuerzas para enfrentar lo que fuera necesario.

Judith, fiel a su palabra, llegó a su casa decidida a hablar con su papá. Saludó a su mamá, quien la recibió con una mirada preocupada.

—Mamá, ¿dónde está papá? —preguntó Judith.

—Salió temprano para una reunión, pero ya me llamó para decirme que viene en camino —respondió su madre—. Hija, cuéntame lo que pasó. Tu papá me dijo que te prohibió seguir con Carlos, dice que es un vago y que no está estudiando porque lo vio en el mercado trabajando en un carro de mula. ¿Eso es verdad?

—Sí, mamá —respondió Judith con firmeza—. Carlos ayuda a su papá cuando está de vacaciones, pero él termina este año la carrera de ingeniería civil.

—Tu papá dice lo contrario, que todo es mentira tuya. La verdad, hija, no sé cómo vas a hacer para

convencerlo —respondió su madre, con un suspiro de resignación.

Antes de que pudieran continuar hablando, la puerta se abrió y el padre de Judith entró. Ella se levantó rápidamente, como era su costumbre, para darle un abrazo y un beso. Pero él, con un gesto brusco, le puso la mano en el pecho, deteniéndola.

—Ven, siéntate —dijo él, con tono serio—. Tenemos que hablar.

Judith, desconcertada, se sentó de inmediato. Apenas lo hizo, su padre comenzó a hablar con una voz fuerte y enérgica:

—Hija, sabes lo mucho que te quiero y que todo lo que tengo es para ti. Siempre he querido lo mejor para ti. Si quieres ir a estudiar o hacer una especialización donde quieras, yo te lo pago. Pero te voy a pedir un favor, y espero que me lo cumplas al pie de la letra. No quiero que me hagas cometer una locura. Necesito que te apartes definitivamente de ese tragapeo que me encontré en el mercado. No quiero volver a ver a ese chico en tu vida.

Judith intentó hablar, su voz entrecortada por la ansiedad.

—Papá, ¿me dejas explicarte?

—No quiero explicaciones —interrumpió él bruscamente—. Terminas esa relación.

Sin esperar más, su padre se levantó y se fue hacia su cuarto, dejando a Judith sola, con lágrimas corriendo por su rostro. Su madre, viéndola desmoronarse, la tomó en sus brazos y le susurró al oído:

—Hija, ten calma. No te impacientes. Ya buscaremos la forma de convencer a tu papá.

Judith, entre sollozos, sintió el peso de la situación caer sobre sus hombros, sabiendo que tendría que luchar no solo por su amor por Carlos, sino también por la aceptación de su propia familia.

Judith se encerró en su cuarto, secándose las lágrimas con la manga de su blusa, y tomó su celular para llamar a Carlos. Al escuchar su voz, sintió un alivio momentáneo.

—Carlos, le conté a mi papá todo... pero él no me dejó explicarle nada. Está furioso y me prohibió verte —dijo, su voz temblando.

—No te preocupes, mi amor —respondió Carlos con tono firme, tratando de calmarla—. Cuando regrese a Barranquilla, buscaremos la forma de vernos. No llores más. Sabes que te quiero y te amo mucho.

—Yo también te amo —susurró Judith, antes de despedirse, tratando de contener más lágrimas.

Mientras tanto, en el cuarto de su padre, el señor Pedro había hecho una llamada a su amigo Guillermo en Barranquilla. Tras contarle lo sucedido con su hija, Pedro fue directo con su petición.

—Necesito que me hagas un favor, Guillermo. Quiero que uno de tus guardaespaldas de confianza vigile a mi hija. No me fío de ese muchacho. Necesito que la cuiden y que me avisen si se encuentran.

Guillermo, siempre dispuesto a ayudar a su amigo, respondió sin vacilar:

—Por supuesto, Pedro. Mándame una foto del chico o, si no la tienes, su nombre y la dirección donde se hospeda. Yo me encargo del resto.

Pedro, quien ya tenía esos datos, respondió rápidamente:

—Anota: se llama Carlos y vive en la residencia estudiantil de la universidad en Barranquilla. Te envío también la dirección del apartamento de Judith, para que estés al tanto de ambos lugares.

—No te preocupes, amigo —dijo Guillermo, tomando nota—. Hoy mismo hago las averiguaciones. En cuanto tenga noticias, te informo.

Pedro colgó el teléfono, sintiéndose algo más tranquilo al haber tomado medidas para mantener el control sobre la situación. Sin embargo, en el fondo, sabía que el amor de Judith por Carlos no sería tan fácil de apagar.

El señor Pedro, después de hablar con su amigo, salió del cuarto y, dirigiéndose a su esposa, le dijo: —Alista todo, que salimos en una hora hacia la cabaña.

La señora Josefina, un poco sorprendida, le preguntó: —¿Cuál de las dos?

—La de Don Diego —respondió Pedro, con tono firme—. Y dile a tu hija que también se va con nosotros.

Se acercó a ella, le dio un beso en la frente y añadió: —Ya regreso, tengan todo listo.

La señora Josefina, viendo la prisa de su marido, corrió al cuarto de Judith. Al intentar abrir la

puerta, se dio cuenta de que estaba cerrada con llave. Tocó suavemente y dijo:

—Hija, cámbiate y arregla lo que necesites, que tu papá regresa en una hora y nos vamos para la cabaña de Don Diego.

Judith, aún sintiendo el peso de la conversación reciente con su padre, pensó en decirle que no quería ir. Sin embargo, el recuerdo del paisaje de la cabaña la convenció. Se acordó de lo mucho que le gustaba ese lugar, donde la majestuosidad de la Sierra Nevada de Santa Marta y el sonido relajante de las olas del mar que a través de la brisa mantenían un vaivén constante la ayudaban a despejarse. Abriendo la puerta, le dijo a su mamá: —Ya me arreglo, estaré lista para cuando regrese mi papá.

Antes de la hora acordada, el señor Pedro regresó y, sin bajarse del carro, les gritó desde la ventana: —¿Ya están listas? ¡Vámonos!

Judith y su madre salieron apresuradamente de la casa, cerraron la puerta y se montaron en el carro. Partieron rumbo a Don Diego en un silencio tenso, cada una sumida en sus propios pensamientos. Al llegar, la señora Josefina se dedicó a limpiar la cabaña junto con la señora que la ayudaba, mientras que el señor Pedro, sin perder tiempo, se fue a reunirse con las personas con quienes había quedado citado.

Judith, por su parte, subió a su alcoba. Al sentarse en la cama, sus pensamientos inmediatamente se dirigieron a Carlos. Recordaba cada momento

que había pasado junto a él: las risas, los paseos y sobre todo la conexión tan profunda que sentía. Sintió un nudo en el pecho al pensar en todo lo que estaba ocurriendo con su padre y sin pensarlo más, tomó el teléfono y llamó a Carlos.

—Hola, mi amor —le dijo en cuanto él contestó—. Estoy en la cabaña. Mi papá no ha querido dar su brazo a torcer... Tendremos que hablar cuando regrese a Barranquilla. Aquí, por ahora, no podemos vernos.

Carlos, con la misma calma que siempre le transmitía, le respondió:

—Mi amor, no te atormentes más. La semana que viene estaré en Barranquilla y entonces nos veremos. No te preocupes.

Judith suspiró aliviada, aunque el dolor seguía presente.

—Corazón mío, no me olvides —le dijo, con un tono dulce—. Yo te recuerdo a toda hora, y estaré pendiente de ti en cuanto llegues para vernos. Carlos le respondió con cariño, asegurándole que eso nunca sucedería, y se despidieron con palabras de amor.

Una semana después, Carlos llegó a Barranquilla lleno de emoción. Su primera parada fue el apartamento de Judith, sin avisarle, pues quería sorprenderla. Sin embargo, la sorpresa se la llevaron ambos. Justo cuando Carlos estaba a punto de tocar el timbre, un guardaespaldas, quien estaba custodiando a Judith sin que ella lo supiera, se le acercó con calma pero firmeza.

—Mi amigo, es mejor que no subas. Usted tiene prohibido verse con la señorita —le dijo el guardaespaldas en tono serio—. No me obligue a tomar otras medidas. Se lo estoy pidiendo por las buenas, la próxima será por las malas.

Carlos, manteniendo la serenidad, lo miró fijamente y le respondió:

—¿Por qué no me permites avisar que estoy aquí y me voy enseguida? Te lo prometo.

El guardaespaldas lo miró con desconfianza, pero accedió:

—Por hoy, te lo voy a permitir. Saluda y sal enseguida. Pero espero no vuelvas más por aquí.

Carlos asintió, agradecido por el permiso momentáneo, y tocó el timbre. Miriam, la hermana amiga de Judith, abrió la puerta y lo saludó con sorpresa. Al escuchar su voz, Judith corrió hacia la entrada. En cuanto lo vio, se lanzó a sus brazos, lo abrazó con fuerza y lo besó apasionadamente.

—¡Carlos! —exclamó, llena de alegría—. No sabía que vendrías.

Carlos, con una mezcla de tristeza y urgencia en su voz, le explicó:

—Mi amor, solo puedo saludarte y luego tengo que irme. Tu papá te puso un guardaespaldas y me prohibió acercarme a ti. Me permitieron verte hoy, pero ya me amenazaron. No puedo quedarme más tiempo como quisiera.

Judith, al escuchar esto, sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Se despidieron con un beso, ambos llorando, sin saber cuándo podrían verse

de nuevo. Prometieron llamarse más tarde y buscar una solución para poder encontrarse, mientras el corazón de ambos seguía latiendo lleno de incertidumbre.

Carlos, al llegar a la residencia, fue recibido por la amable señora Epifanía. Tras un breve saludo, ella le ofreció un tinto que él aceptó gustosamente. Subió a su habitación, con el corazón latiendo aún por la emoción de haber visto a Judith, y sin perder tiempo, la llamó para buscar una solución sobre cómo podrían verse más seguido.

—Mi amor —le dijo Judith—, nos podemos ver en la cafetería de la universidad. Además, ya hablé con mis amigas para que, cuando termines tus clases, te vengas al apartamento y me esperes allí. Así no te ven desde afuera.

Carlos sonrió al escuchar la idea.

—¡Qué buena idea, mi amor! Así lo haremos.

Desde ese día, y durante todo el semestre, Judith y Carlos lograron verse de esta manera, manteniendo su relación a pesar de las dificultades. El día de la graduación de Carlos, Judith lo acompañó con orgullo. Compartieron un rato especial juntos antes de que él tuviera que regresar a Santa Marta para celebrar con su familia. Aunque Judith se quedó con una sensación de tristeza, faltándole aún veinte días para recibir su título de Derecho, sabían que su conexión era fuerte.

Al llegar a su casa en Santa Marta, Carlos fue recibido con un ambiente festivo. Su papá lo esperaba con un trago de whisky para celebrar su

logro, junto con su mamá y sus hermanas. Yuli, que había llegado de Bogotá para la ocasión, y Gertrudis, que estaba con su esposo y su hijo, también se unieron al brindis.

Después del festejo familiar, Carlos se acercó a Yuli y le propuso:

—Acompáñame a la casa de Alberto. Vamos a celebrar juntos nuestro grado.

Yuli, emocionada, respondió con entusiasmo:

—¡Claro que sí! Tengo muchas ganas de divertirme y además quiero sorprender a Alberto, felicitarlo por su título. No le digas que voy contigo, quiero darle una sorpresa.

Con esa idea en mente, ambos se prepararon para lo que prometía ser una noche llena de alegría y reencuentros.

El reencuentro entre Yuli y Alberto fue realmente emotivo. Al verse, ambos se fundieron en un cálido abrazo, y Yuli, con una sonrisa en el rostro, lo felicitó dándole un beso en la mejilla.

—¡Felicidades, Alberto! Te deseo muchos éxitos en esta nueva etapa —le dijo con sinceridad.

Alberto, mirándola con admiración, respondió:

—Gracias, Yuli. Te ves muy hermosa, parece que el clima de Bogotá te sienta bien. Pero cuéntame, ¿cómo te va en el trabajo? Me ha dicho Carlos que tienes que viajar pronto.

—Sí, así es —respondió Yuli—, pero me va muy bien. Me he dedicado a mi trabajo y a ahorrar, esperando convencer a mi papá de que deje de trabajar. Creo que es momento de que él disfrute de su

descanso y de lo que nosotros podemos brindarle. Alberto sonrió, impresionado.

—Eso me parece genial, Yuli. Es una gran idea. Tomándola suavemente de la mano, la invitó a sentarse en una mesa cercana.

—Ven, siéntate conmigo —dijo, llevándola hacia un lugar más tranquilo.

Sin decirle nada a Carlos, ambos se alejaron un poco para conversar más cómodamente. Carlos, al ver la escena, sonrió y no hizo comentarios, optando por ir a saludar a otros amigos que estaban en la celebración, contento de que Yuli y Alberto pudieran compartir ese momento.

Carlos no disfrutó su fiesta de grado como esperaba, a pesar de que su hermana Yuli sí lo hizo. Durante toda la noche, su mente estuvo enfocada en Judith. No había recibido ninguna llamada de ella, y las veces que él intentó comunicarse, no obtuvo respuesta. Cuando finalmente llegaron a casa, Yuli, notando su estado, le preguntó:

—Hermano, ¿qué te pasa? Te vi toda la noche pensativo.

Carlos suspiró, con una expresión de preocupación.

—Hermanita, es que Judith no me llamó ni contestó mis llamadas.

—¿Pero no están bien? —preguntó Yuli con preocupación.

—Sí, estamos bien... pero —Carlos hizo una pausa, dudando si contarle— te voy a contar los problemas que tenemos con su papá, el señor Pedro. No quiere que sigamos juntos.

—¿Por qué, hermano? Si tú me habías dicho que él era una buena persona y te había aceptado.

Carlos negó con la cabeza.

—Eso fue antes, Yuli. Todo cambió cuando el señor Pedro me vio trabajando en el mercado. Desde ese día, nuestras relaciones se enfriaron. No quiere verme, y le prohibió a Judith que siga conmigo.

Yuli, con expresión de sorpresa y tristeza, acarició la mejilla de su hermano.

—Carlos, no te había querido decir nada porque no estaba segura si tú lo sabías... pero el señor Pedro es narcotraficante. Es uno de los más poderosos de la ciudad.

Carlos asintió, mirando al suelo.

—Lo sé, hermanita... y es lo que más me preocupa. Yuli, con un gesto de ternura, le respondió:

—A mí también me preocupa, hermanito. Pero no te atormentes más. Vámonos a dormir, y mañana veremos qué podemos hacer.

Ambos se retiraron a sus cuartos, conscientes de que las complicaciones con el señor Pedro iban mucho más allá de una simple diferencia de clases, y que enfrentaban una situación mucho más peligrosa de lo que imaginaron.

Una semana después de su grado, Carlos seguía sin noticias de Judith, lo que lo mantenía preocupado. Sin embargo, una mañana, recibió una llamada inesperada de Reinaldo.

—Carlos, necesito verte con urgencia en mi oficina —dijo Reinaldo con seriedad.

—¿Dónde queda tu oficina, Reinaldo? —preguntó Carlos, algo confundido.

—Ah, perdón, olvidé mencionártelo. Me nombraron gerente del acueducto. ¿Sabes dónde es?

—¡Claro que sí! Felicitaciones, lo tenías bien callado.

—Gracias. ¿Puedes venir ahora mismo?

—Ya salgo para allá —respondió Carlos sin pensarlo dos veces.

Al llegar al acueducto, Carlos se anunció en la recepción y fue conducido a la oficina de Reinaldo. Al entrar, Reinaldo se levantó de su escritorio con una gran sonrisa, extendiéndole la mano.

—¡Carlos! ¿Qué te gustaría tomar? —preguntó amablemente.

—Un tinto con un vaso de agua estaría bien.

Reinaldo pidió lo que Carlos había solicitado, y luego, con un tono directo, le dijo:

—Carlos, no quiero dar rodeos. Te hice venir para ofrecerte el puesto de subgerente técnico.

Carlos lo miró, sorprendido.

—¿Es en serio? —preguntó con emoción.

—Claro que sí. Confío en ti y sé que eres la persona indicada para el puesto.

—Por supuesto que acepto —respondió Carlos con entusiasmo.

Reinaldo sonrió, satisfecho, y llamó al jefe del personal para que se encargará de los trámites necesarios. Después de presentarlos, ambos hombres salieron hacia la oficina del jefe de personal. Allí, Carlos entregó todos sus documentos, firmó el contrato y formalizó su nuevo empleo.

Antes de irse, Carlos se despidió de Reinaldo, dándole las gracias por la oportunidad.

—No tienes nada que agradecerme, Carlos. Te lo has ganado.

Al llegar a casa, Carlos no pudo contener su entusiasmo y compartió con sus padres la noticia de su nuevo trabajo.

—Papá, me dieron el puesto de subgerente técnico en el acueducto —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo conseguiste ese trabajo, hijo? —preguntó su padre, con un tono de sorpresa.

—Me lo dio mi amigo Reinaldo. ¿Te acuerdas de él? El día que te enfermaste lo conociste —respondió Carlos.

—Ah, el hijo del señor Arturo —recordó su padre—. Felicitaciones, hijo.

—Gracias, papá.

Su madre, con una sonrisa llena de orgullo, agregó:

—Espero que te vaya muy bien, hijo. Sé obediente y humilde con tus colaboradores, mira cómo le va a tu hermana.

—Mamá, ya que me la mencionas, la voy a llamar —dijo Carlos, apartándose para marcar el número de Yuli.

Después de un breve diálogo con su hermana, quien estaba ocupada pero se alegró mucho por él, Carlos decidió llamar a Judith, esperando que por fin le contestara, pues al día siguiente era su grado.. Para su suerte, esta vez, Judith respondió.

—¡Hola, mi amor! —dijo Judith, aliviada—. Dis-

cúlrame por no haberte llamado ni contestado tus mensajes. Perdí el teléfono y hasta hoy pude conseguir otro. ¡David me recuperó el mío! Ahora tengo dos. Te voy a enviar el número del nuevo.

Carlos sintió una gran calma al escuchar su voz nuevamente.

—Mi negrito hermoso, dime, ¿qué ha sido de tu vida? —preguntó Judith—. ¿Me has pensado? Yo no puedo olvidarte.

—Claro, mi consentida hermosa. Te llamo para darte una buena noticia: Reinaldo me nombró subgerente técnico del acueducto —dijo Carlos con alegría.

—¡Te felicito, mi amor! —respondió Judith, emocionada—. Espero que Reinaldo te dé permiso o que vengas con él mañana a mi grado. Me lo prometió, y quiero verte, aunque sea de lejos. Te quiero mucho y me haces tanta falta.

—Lo mismo digo, Judith —contestó Carlos con voz suave—. No puedo vivir sin tenerte a mi lado. Ambos compartieron un momento de conexión, aliviados de estar en contacto nuevamente, aunque el camino que les quedaba por recorrer aún parecía complicado.

Carlos y Reinaldo se pusieron de acuerdo para ir juntos al grado de Judith, y así lo hicieron, tomando el carro de Reinaldo. Mientras conducían, Reinaldo rompió el silencio con una pregunta que rondaba la mente de ambos:

—¿Qué piensas hacer para poder hablar con Judith si sus padres no te dejan? —le preguntó,

lanzándole una mirada rápida antes de volver a centrarse en la carretera.

Carlos, con un suspiro lleno de frustración, respondió:

—No sé qué voy a hacer. Deseo tanto verla, que aunque sea de lejos me conformo. Pero siento que cada vez es más difícil.

Reinaldo, que siempre había sido un amigo leal, trató de encontrar una solución en su cabeza.

—Voy a tratar de ayudarte, hermano —dijo en tono sincero—. No te prometo nada, pero veré qué puedo hacer para que al menos puedas estar más cerca de ella hoy. Recuerda que hoy también es mi grado y tú vas como mi invitado.

Carlos lo miró con agradecimiento, sabiendo que cualquier esfuerzo por parte de su amigo era más de lo que él podría haber esperado en esta situación.

En la graduación, Carlos se mantuvo cerca de los invitados de Reinaldo y David, tratando de mantenerse discreto pero siempre pendiente de Judith. Al salir hacia el salón donde se realizaría el brindis, Carlos aprovechó un breve momento para acercarse y saludar a Judith. Para su sorpresa, ella se volteó, se acercó aún más, y en un impulso, le dio un beso en los labios. Luego, susurrándole al oído, le dijo con firmeza:

—Te amo.

Antes de que Carlos pudiera siquiera reaccionar, Judith se alejó rápidamente, dejándolo sin palabras. El momento había sido tan fugaz que

apenas tuvo tiempo para asimilarlo. Durante el brindis, Carlos observó a la distancia, intentando contener la mezcla de emociones que lo embargaba. Cuando todo terminó, se unió a Reinaldo y David para ir a la casa de su amigo Julian, quien los había invitado a continuar la celebración.

Antes de partir, el señor Arturo, padre de Reinaldo, les advirtió:

—No se vayan a demorar mucho. Recuerda que tu mamá nos espera con unos invitados.

Reinaldo, siempre relajado, respondió con una sonrisa:

—No te preocupes, papá. No tardaremos.

Conversando animadamente, llegaron a la casa de Julian, donde los esperaban sus padres y algunos familiares. Mientras tanto, Judith, después del brindis, salió con su padre, su madre y un primo hacia un restaurante lujoso de la ciudad. Era una cena especial con sus familiares más cercanos para celebrar su logro. Después de disfrutar de la cena, todos partieron rumbo a Santa Marta, donde se dirigieron al club Santa Marta, permaneciendo allí hasta altas horas de la noche.

Carlos, a pesar de estar acompañado de sus amigos y familiares en la casa de Julian, no podía dejar de pensar en Judith. Cada momento en que alguien le hablaba o lo felicitaba, su mente regresaba a ella, preguntándose cómo podrían verse nuevamente. Aunque trataba de disimular, sus pensamientos lo traicionaban, y varias veces fue sorprendido distraído en medio de la conversa-

ción, con los recuerdos del beso de Judith y la incertidumbre de lo que vendría.

Al día siguiente, Carlos se levantó tarde y se acordó de que tenía que ir a la empresa a revisar el funcionamiento de unos pozos profundos que acababan de poner en servicio. Después de terminar la revisión, en compañía de uno de los trabajadores, se dirigió hacia el centro de la ciudad. En el camino, Carlos le preguntó a William, su colaborador:

—¿Dónde te puedo dejar?

William, sin dudarlo, le respondió:

—Doctor, lo invito a tomar una cerveza.

Carlos, mirando el calor que hacía y sintiendo la fatiga del día, aceptó con gusto.

—Me parece bien, te la voy a aceptar. Está haciendo mucho calor, ¿dónde las tomamos?

William, entusiasmado, sugirió:

—Doctor, no sé si usted quiera, pero lo invito a la calle trece, con sexta esquina, donde la cerveza siempre está vestida de novia.

Carlos lo miró con curiosidad.

—¿Cómo así, vestida de novia?

—Blanquita por el hielo, doctor —respondió William, sonriendo.

Carlos soltó una carcajada.

—¡Vamos pues, qué esperamos!

Al llegar, Carlos parqueó el carro y ambos se bajaron. Al entrar, el dueño del lugar conocía bien a William y, sin que dijeran nada, les ofreció unas cervezas bien frías.

—Aquí las tengo, como a ti te gustan, William —dijo el dueño mientras sacaba las botellas del congelador.

—Hasta la pregunta ofende —respondió William—. Tráeme dos enseguida.

Ambos comenzaron a tomar sus cervezas, disfrutando del alivio que traía el frío en medio del calor sofocante de la tarde. Mientras charlaban, llegó un amigo de William llamado José Pacheco, conocido cariñosamente como “Cabechicha”. José vendía verduras en la plaza del mercado, y al llegar, saludó con entusiasmo.

—William, ¿cómo estás, hermano? —dijo mientras le daba un fuerte apretón de manos.

William lo presentó a Carlos, y tras un breve intercambio de saludos, José le comentó a William que estaba esperando a Manuel Rabito para un pedido, pero que no se quedaría mucho rato.

—Me voy a tomar una, te voy a dejar dos pagas y me voy enseguida porque estoy esperando a Manuel Rabito, que viene a recoger un pedido. Tú lo conoces, ¿no? —dijo José.

—Claro que sí —respondió William—. Ese sabe mucho.

Tras tomarse la cerveza rápidamente, José se despidió y se fue. Carlos, intrigado por el apodo de “Rabito”, le preguntó a William:

—¿Quién es ese señor, que tiene ese apodo?

—El señor se llama Manuel Ortega y vive en el corregimiento de Bonda, igual que José —explicó William—. Le dicen “Manuel Rabito” porque

en lugar de usar correa, utiliza un pedazo de tela, y al amarrarlo siempre le cuelga un pedazo como un rabito. Ese señor sabe mucho, doctor.

Carlos, curioso, preguntó:

—¿Cómo que sabe mucho? ¿A qué te refieres?

—Manuel Rabito cura picaduras de culebra, doctor. También las coge con las manos y, aunque usted no lo crea, se vuelve invisible cuando lo están buscando.

Carlos se echó a reír, sorprendido por lo que acababa de escuchar.

—No me digas que crees en esas cosas, William.

—Doctor, allá en Bonda hay mucha gente que todavía cree en eso. No es solo él, también está Sebastián Rosado, al que le dicen “Rómpete el cuero”, y Javier Maestre, el famoso Javielito. Ellos tres son como leyendas vivas.

Carlos, fascinado, le preguntó:

—¿Y por qué a Sebastián le dicen “Rómpete el cuero”?

—Porque él hace tamboras, tambores pequeños y cajas para los cantantes —respondió William—. Es uno de los mejores. Hace poco, estuvieron allá Julio de la Osa y otros músicos parrandeando con él. Sebastián sabe mucho, y dicen que incluso soltó dos cascabeles en la sala de su casa un Viernes Santo, solo por estar disgustado con su señora.

Carlos no podía creer lo que estaba oyendo, pero estaba demasiado intrigado como para dejar de escuchar.

—¿Y qué pasó después?

—Eso no es nada, doctor. Un día, mientras tomaban en el quiosco de Moisés Ibañez, Sebastián discutió con Javielito. Javielito le dijo que Manuel Rabito sabía más que él, y Sebastián, furioso, le respondió que si quería demostrar quién sabía más, lo desafiaba a una picadura de culebra.

Carlos, impactado, preguntó:

—¿De verdad? ¿Y qué pasó?

—Al día siguiente, Javielito tuvo que ir temprano a la casa de Sebastián para que lo curara de una picadura de mapaná rabo seco.

Carlos, entre risas y asombro, comentó:

—No puedo creerlo. ¡Qué locura!

Entre charla y charla, Carlos y William se tomaron varias cervezas más. Finalmente, cuando ya habían bebido cinco cada uno, Carlos decidió que era hora de irse.

—Bueno, William, creo que ya es suficiente por hoy. Me voy.

—Doctor, tomémonos “el arranque” —insistió William, usando su expresión habitual.

Carlos, ya relajado, aceptó:

—Está bien, una más y nos vamos.

Carlos, después de despedirse de William, llegó a su casa, almorzó y se acostó a descansar. Mientras intentaba conciliar el sueño, su mente se desvió hacia la conversación que había tenido con William sobre los “hechiceros”, como él les decía en tono jocosos. Aún le parecía increíble la cantidad de historias que había escuchado sobre Sebas-

tián, Javielito y Manuel Rabito. Sin embargo, esos pensamientos rápidamente fueron reemplazados por Judith. Se preguntaba qué estaría haciendo en ese momento y por qué no lo había llamado. A pesar de las ganas que tenía de contactarla, el miedo a una represalia de su padre lo mantenía en silencio.

Pasaron quince días en los que Carlos y Judith apenas intercambiaron algunas palabras. La situación se volvía cada vez más frustrante para él. Un día, decidió arriesgarse y le propuso a Judith una idea: —Judith, ¿crees que podrías enviarme una nota o un mensaje con la señora que trabaja en tu casa? Ella es la mamá de uno de los muchachos que trabajan aquí en el acueducto —sugirió Carlos con algo de esperanza en su voz.

Judith, después de pensarlo por un momento, respondió:

—Ella es muy buena. Déjame hablar con ella, y te aviso. Poco después, Judith habló con la señora Esther Julia, quien se encargaba de las tareas domésticas en su casa. Con un tono cuidadoso y algo cómplice, le explicó la situación. Esther Julia, quien siempre había tenido cariño por Judith, le respondió con amabilidad, aunque con una advertencia: —Con mucho gusto, hija, pero siempre y cuando no se entere tu papá. No quiero perder mi trabajo. Judith le agradeció con una sonrisa de alivio.

—No se preocupe, señora Esther. Seremos muy discretos —prometió Judith, consciente de lo que estaba en juego.

Más tarde, Judith llamó a Carlos para informarle de la buena noticia.

—Carlos, ya hablé con la señora Esther. Todo está listo. Podemos enviar mensajes de esa manera —dijo con voz suave.

Carlos sintió una oleada de alivio y emoción al saber que finalmente podrían comunicarse con más libertad. Así fue como, a través de las notas que la señora Esther llevaba y traía con discreción, lograron mantener viva la llama de su amor sin levantar sospechas.

Carlos fue llamado a la oficina de Reinaldo, quien le informó que tendría que trasladarse a Bogotá quince días para asistir a un seminario técnico sobre aguas residuales.

—¿Qué te parece? —le preguntó Reinaldo.

—¡Excelente! —respondió Carlos—. ¿Cuándo debo partir?

—Mañana —contestó Reinaldo—. Voy a dar la orden para que te compren el tiquete aéreo y te entreguen los viáticos.

—Me cae de perla —dijo Carlos con alivio—. Esto me ayudará a despejar la mente y tal vez encuentre una solución para el inconveniente con Judith.

—Me parece bien —dijo Reinaldo—. Cuídate y que te vaya bien.

Carlos se preparó para el viaje, pero no pudo avisarle a Judith antes de partir. Ella tampoco lo llamó, lo que hizo que se sintiera un poco inquieto.

Tres días después de llegar a Bogotá, mientras estaba en medio del seminario, recibió una llamada de Judith, pero no pudo contestar. Durante la noche, su teléfono sonó varias veces, y en cada llamada pensaba que sería Judith, pero nunca logró contactarse con ella.

Al día siguiente, antes de salir hacia el seminario, Carlos decidió tomar acción. Llamó a William para pedirle el favor de que le proporcionará el teléfono de su mamá o, en su defecto, que le dijera a ella que lo llamara. Justo cuando estaba a punto de salir, su teléfono sonó, y era la señora Esther.

—Señor Carlos, la niña Judith está preocupada porque no ha tenido noticias de usted. No sabía que estaba en Bogotá hasta ahora que yo se lo dije. Carlos suspiró, sintiendo una mezcla de alivio y culpa.

—Gracias, señora Esther. Justamente le pedí a William que me ayudara a contactar con usted para informarle que estoy en Bogotá, en un seminario. Por favor, dígame a Judith que cuando me llamó, estaba ocupado y no pude contestarle. Pídale que me llame esta noche, a cualquier hora, que estaré pendiente.

—Se lo diré, no se preocupe —respondió la señora Esther antes de despedirse.

Carlos agradeció el gesto y colgó, sabiendo que la comunicación con Judith estaba más cerca de resolverse.

Esa noche, Carlos recibió la llamada que tanto esperaba. Era Judith, con la voz llena de emoción.

—Te extraño mucho, Carlos —le dijo—. Estoy pensando en pedirle permiso a mi papá para visitar a mi tía en Zipaquirá, que está cerca de Bogotá. Le voy a decir que quiero conocer la iglesia de las sales, que hace tiempo tengo ganas de visitar. Carlos no pudo ocultar su emoción.

—Mi amor, eso sería maravilloso. No sabes cuánto te extraño y cuánto deseo tenerte en mis brazos para decirte cuánto te amo.

—Yo también te amo —respondió Judith—. Mi papá me está llamando, te cuento después lo que hable con él. Adiós, cuídate.

Judith habló con su padre esa misma noche, y para su sorpresa, él aceptó su propuesta sin problema.

—Me parece bien que vayas, pero te sugiero que viajes mañana en el vuelo de la tarde con tu prima Sinforosa, así no vas sola —dijo Pedro, su padre. Judith, emocionada, le dio un beso en la frente a su padre y corrió a su cuarto para preparar su maleta, decidida a no avisar a Carlos para darle la sorpresa.

Mientras tanto, Pedro llamó a su hermano para informarle del viaje.

—Judith va a viajar con Sinforosa mañana en la tarde —dijo Pedro—. Que lo sepa, para que estén pendientes.

—Claro, hermano, le aviso en cuanto llegue. Por acá todo bien. Que Dios te bendiga —respondió su hermano.

Después de terminar la llamada, Pedro fue a su habitación, donde abrazó a su esposa Josefina.

—La niña se va mañana para Bogotá —le dijo con una sonrisa.

Josefina, algo incrédula, lo miró de cerca.

—¿Y ahora qué inventaste para que ella se fuera? Pedro rió.

—Esta vez no fui yo, ella misma me lo pidió. Quiere visitar a mi hermana en Zipaquirá para conocer la iglesia de la sal, así que le dije que viajará mañana con Sinforosa.

Josefina, aún sorprendida, decidió ir a hablar con Judith. Cuando llegó al cuarto, tocó la puerta y escuchó la voz de su hija:

—Pasa.

Al entrar, vio a Judith empacando con entusiasmo.

—Mamá, pensé que era papá.

—No podía creer lo que me dijo, pero viéndote con tanta emoción preparando tu maleta, me doy cuenta de que es cierto. ¿Te vas mañana?

—Sí, mamita. Por fin voy a conocer la iglesia de la que tanto te hablé, y también me va a servir para despejarme un poco y dejar de pensar en Carlos.

Josefina la abrazó con cariño.

—Me parece bien, hija. Te deseo un buen viaje desde ya. ¿Por cuántos días vas?

—Creo que estaré allá unos quince o veinte días, no más, mamá.

—Bueno, disfruta y cuídate mucho —dijo Josefina mientras le daba otro abrazo

Judith se levantó temprano ese día, lista para su

viaje. Dejó todo lo que necesitaba preparado y fue a la cocina a hablar con la señora Ester, pero decidió no decirle que se iba. Desayunó tranquila y luego salió al patio a mecerse en el columpio, su lugar de reflexión cuando se sentía tensa. Desde la puerta de la cocina, su papá la saludó:

—Voy a salir a buscarte los pasajes, adiós, Judith.

—Adiós, papá —respondió ella.

A las cinco de la tarde, Judith llegó a Bogotá acompañada de su prima Sinforosa. Ambas se dirigieron al apartamento de Sinforosa, ya que su tía las recogería al día siguiente. Mientras descansaban, Sinforosa sugirió:

—¿Te gustaría quedarte unos días conmigo antes de ir donde nuestra tía? Unos dos o tres días.

Judith sonrió ante la idea.

—Claro, me encantaría, pero tendríamos que decirle a nuestra tía primero.

Sinforosa, sin pensarlo dos veces, llamó a su tía y le explicó la situación.

—Tía, ya estamos en Bogotá. Llegamos bien. Quería pedirte un gran favor: ¿puede Judith quedarse conmigo unos días? Estoy sola en el apartamento y me gustaría que me acompañara.

—Pásame a Judith —respondió la tía—. Es ella quien debe decidir.

Judith tomó el teléfono y, después de saludar a su tía, expresó su deseo de quedarse.

—No hay problema, Judith. Si quieres quedarte, está bien —respondió su tía con amabilidad.

Al llegar al apartamento, Judith le preguntó a su prima:

—¿Qué haremos esta noche?

—Salir un rato, no nos vamos a quedar aquí —dijo Sinforosa—. Voy a llamar a unos amigos.

Judith sonrió ante la idea y propuso:

—Déjame ver si puedo llamar a un amigo que tengo aquí, a ver si podemos vernos.

—Yo voy a llamar a mi novio —dijo Sinforosa—, pero, por favor, no le cuentes a nadie que él se quedará aquí conmigo.

—No te preocupes, prima —respondió Judith—. Pero tengo que decirte algo: el amigo que voy a llamar no es solo un amigo... es mi novio.

Sinforosa se sorprendió gratamente.

—¡Qué bien! Llámalo, quiero conocerlo.

Judith llamó a Carlos, ansiosa por la sorpresa que le tenía preparada.

—Mi amor, quiero verte y decirte cuánto te quiero —dijo Judith con ternura.

—Yo también quiero verte, pero estamos muy lejos —respondió Carlos—. Además, no nos podemos ver.

—No, mi amor. Estoy en Bogotá. Te voy a mandar la dirección para que vengas.

Carlos, incrédulo y emocionado, casi saltó de la cama.

—¡No bromees, Judith! Es lo que más deseo.

—No bromeo, mi amor. Ahí te mando la dirección. Carlos, al ver la dirección, no podía creerlo.

—¡No estamos tan lejos! En una hora estaré ahí.

—Te espero, mi amor —respondió Judith, con una sonrisa que no podía ocultar su emoción.

Carlos se apresuró a alistarse. Se bañó y cambió lo más rápido posible, luego tomó un taxi directo al apartamento de Judith. Al llegar, ella lo esperaba en la entrada. Al verse, se fundieron en un fuerte abrazo, seguido de un beso lleno de emoción. Parecía que no querían separarse nunca, hasta que Sinforosa interrumpió tocándole el hombro a Judith:

—¿No me lo vas a presentar?

Judith, sonriendo, se separó de Carlos.

—Prima, te presento a Carlos. Carlos, esta es mi prima Sinforosa.

—Mucho gusto, encantada de conocerte —dijo Sinforosa, estrechando su mano—. Judith me ha hablado muy bien de ti. Vamos arriba, te presentaré a mi novio, que nos está esperando.

Subieron al apartamento, donde Sinforosa le presentó a su prometido. Wilmer, quien estaba sentado en el sofá, se levantó y le extendió la mano a Carlos.

—Mucho gusto, me llamo Wilmer. ¿Y tú?

—Carlos —respondió, estrechando su mano con firmeza. Todos se sentaron, cada uno al lado de su pareja. Sinforosa, sabiendo que a su novio le gustaba, sacó una botella de ron Centenario que había traído y empezaron a compartirla. Disfrutaron de una charla amena entre risas y copas de ron. Después de un rato, decidieron ir a cenar a un restaurante cercano. Durante la cena, alguien sugirió que fueran a una discoteca nueva que habían abierto en la calle 91.

Judith estaba encantada. Al llegar a la discoteca, se asombró del lujo, las luces, y la música. Sentía cómo su corazón latía con fuerza, más emocionada de lo que había estado en mucho tiempo. Se sentía afortunada por tener a Carlos a su lado, el hombre al que amaba. Pasaron la noche bailando y disfrutando hasta la madrugada, y cuando regresaron al apartamento, se tomaron otro trago. Finalmente, Judith y Carlos se retiraron al cuarto, donde pasaron la noche juntos, disfrutando de su amor.

Cuando Carlos despertó, vio que eran las siete de la mañana y recordó que debía estar en el seminario a las nueve. Con cuidado para no despertar a Judith, se levantó, se vistió y salió rumbo a su hotel. Una vez allí, se bañó rápidamente, se cambió y salió apresurado al seminario, todavía con los recuerdos de la noche anterior frescos en su mente. Durante toda la mañana, Carlos no pudo concentrarse en las explicaciones del seminario. Aunque los profesores hablaban sobre el sistema de acueducto y las tuberías necesarias para soportar la presión del agua según la cantidad de litros, su mente estaba completamente en Judith. No dejaba de pensar en los momentos que habían compartido y en cómo podrían estar juntos sin la desaprobación de sus padres.

A la hora de salir a almorzar, recibió una llamada de Judith.

—Mi amor, ¿cómo estás? —le dijo Judith con su voz dulce.

—Bien, y tú —respondió Carlos, intentando sonar más despierto de lo que se sentía—. Te cuento que apenas he dormido. Ahora voy al hotel a descansar un rato, ya que nos dieron la tarde libre para salir de compras.

—Mi negrito lindo —respondió Judith—, después de que descanses, vente para acá. Trae ropa y tus útiles de aseo para que te quedes conmigo los dos o tres días que me quedan en Bogotá. No olvides que mi tía vendrá por mí y me llevaré a Zipaquirá.

—Ok, mi amor. Hablamos más tarde.

Carlos descansó lo necesario y luego fue al apartamento de Judith. Durante los tres días que siguieron, ambos disfrutaron cada momento juntos. Se sentían inseparables, compartiendo no solo su amor, sino también sus preocupaciones sobre cómo podrían convencer al padre de Judith o si tendrían que huir y casarse en secreto, sin el conocimiento de sus familias.

Cuando llegó el momento de que Judith se fuera con su tía a Zipaquirá, la despedida fue difícil. Se abrazaron con fuerza, ambos sabiendo que esos días juntos en Bogotá habían sido especiales. Judith, una vez en Zipaquirá, lo llamó tan pronto como llegó.

—Mi amor, ya llegamos. Mi tía me dice que puedes venir a visitarme estos días.

Carlos, sintiendo la distancia entre ellos, respondió:

—Judith, me encantaría, pero estos tres días me es imposible. Tan pronto como termine el seminario, te visitaré. Averíguame si hay algún hotel cerca para quedarme dos días más y compartir contigo.

—Le voy a preguntar a mi tía y en la noche te comento. Cuídate, te quiero mucho —dijo Judith, con el mismo cariño de siempre.

—Te quiero, mi amor. Nos hablamos más tarde. Mientras Carlos pensaba en la visita a Zipaquirá, se daba cuenta de que sus sentimientos por Judith crecían cada vez más, y que pronto tendrían que tomar una decisión importante sobre su futuro juntos.

Carlos estaba emocionado mientras se acercaba a Zipaquirá. Su corazón latía rápidamente, anticipando el reencuentro con Judith y la oportunidad de conocer a su tía. Cuando finalmente llegó al terminal, vio a Judith esperándolo, con una sonrisa radiante y su tía a su lado. Aunque quería correr hacia ella y abrazarla con fuerza, optó por mantener la compostura debido a la presencia de la señora Magaly. Le dio un beso en la mejilla a Judith y luego se dirigió a su tía, extendiéndole la mano.

—Mucho gusto, me llamo Magaly —dijo la señora con una sonrisa cordial.

—Un placer, señora Magaly. Soy Carlos —respondió él, intentando sonar lo más educado y respetuoso posible.

Después del saludo, caminaron juntos hasta el hotel donde Carlos se alojaría. Mientras él se instalaba en su habitación, Judith y su tía lo espera-

ron en el vestíbulo. Cuando estuvo listo, todos se dirigieron a la casa de la tía para disfrutar de una cena. La atmósfera fue tranquila y cálida, con risas y conversaciones sobre la vida en el pueblo, las maravillas de la iglesia de las sales y algunas anécdotas que Magaly compartió de su juventud. Después de cenar, Carlos y Judith se sentaron en la terraza, disfrutando del aire fresco y la vista del pueblo iluminado por las luces de las casas. Se sintieron en paz, como si ese pequeño rincón del mundo les perteneciera solo a ellos dos. La tía, comprensiva, les dio su espacio y los dejó solos hasta las nueve de la noche, momento en que Carlos decidió regresar al hotel.

—Nos vemos mañana a las seis de la mañana, amor —dijo Judith, mientras le daba un suave beso en los labios antes de despedirse.

—No puedo esperar —respondió Carlos con una sonrisa—. Será un día maravilloso.

Con ese pensamiento, ambos se separaron por la noche, llenos de anticipación por la visita a la famosa iglesia de las sales al día siguiente.

Por la mañana, muy temprano, Carlos y Judith se encontraron y salieron hacia la iglesia. Al entrar, ambos se quedaron maravillados de ver lo grande que era, con sus diferentes colores y el hermoso altar. Se arrodillaron, pidiéndole al maestro Jesús que los protegiera y les ayudará a encontrar una solución. Carlos, con el corazón en la mano, dijo en voz baja:

—Maestro Jesús, por favor, dame la inteligencia y la serenidad para saber cómo actuar frente al padre de Judith. Y a él, ilumínale la mente para que entienda el verdadero amor y nos permita casarnos.

Después, continuaron caminando por la iglesia y llegaron a una pequeña capilla privada. Allí, Carlos se detuvo nuevamente y, mirando hacia el altar, volvió a pedir con fervor. Judith lo observaba en silencio, compartiendo en su corazón el mismo deseo.

Cuando terminaron de recorrer la iglesia en su totalidad, regresaron a las afueras, donde se encontraba un restaurante con vista a la ciudad. Almorzaron allí y pasaron un buen rato juntos, disfrutando de su amor y la compañía del otro. Por la tarde, bajaron de regreso al pueblo y se dirigieron a la casa de la tía de Judith, donde Carlos fue invitado a quedarse a cenar.

Los días que pasaron juntos fueron llenos de felicidad. Vivieron momentos únicos, pero al final, Carlos tuvo que despedirse de Judith, ya que debía regresar por motivos de trabajo.

—Mi amor, me tengo que ir. El trabajo me espera —dijo Carlos, con algo de tristeza.

Judith, tratando de animarlo, le sonrió y respondió:

—No te preocupes, amor. Yo estaré en Santa Marta en quince días, te esperaré allí.

Carlos, aliviado por sus palabras, asintió y le dio un último beso antes de marcharse.

Carlos, una tarde que se encontraba en la estación del rodadero, al salir, se encontró de frente con el papá de Judith. El señor Pedro, al verlo, se sorprendió, no esperaba encontrarlo en ese lugar. Sin embargo, le preguntó:

—¿Tú qué haces aquí?

Carlos, sorprendido pero decidido, respondió:

—Yo trabajo en el acueducto, estoy pasando revista. ¿Y usted?

Pedro, con expresión seria, contestó:

—Visitando al amigo de enfrente.

Carlos vio la oportunidad y, aprovechando el encuentro casual, dijo:

—Señor Pedro, aprovechando que nos encontramos, quiero pedirle el favor de permitirme visitar a Judith. Nosotros nos queremos, y como puede ver, ya terminé mis estudios y estoy trabajando en Empomarta.

Pedro, con una mirada de desaprobación, replicó:

—No me interesa. Tú no eres la persona que yo quiero para esposo de mi hija.

Carlos, sintiéndose herido pero tratando de mantener la calma, preguntó:

—¿Me puede explicar por qué? Si nosotros nos queremos.

Pedro lo miró fijamente y dijo:

—Porque no quiero que a mi hija le vayan a resregar en la cara que se casó con un “tragapeo”.

Carlos, sorprendido y dolido, respondió:

—Pero si yo soy ingeniero, y usted lo sabe.

Pedro, con tono tajante, replicó:

—Sí, pero aún te vas al mercado a trabajar con tu carro de mula.

Carlos, sintiéndose herido en su orgullo, le respondió:

—Y aún así lo seguiré haciendo si mi papá me lo pide. Pedro, mirando a Carlos con rabia, dio media vuelta y se fue sin despedirse.

Desde ese día, sin decirle a Judith, Carlos comenzó a pensar en las posibilidades de casarse con ella a escondidas. Se preguntaba cómo lograría sacarla de su casa sin que sus padres o los guardaespaldas, que no la dejaban sola ni un momento, se dieran cuenta. A los quince días, Judith llegó a la ciudad. Carlos se puso muy contento al saber que estaba cerca, pero también se sintió triste, porque no podía verla ni seguir hablando diariamente por teléfono como cuando ella estaba en Zipaquirá.

Esa tarde, después de salir de una reunión con el gerente y sus colegas, decidieron ir hasta el Panamericano para relajarse un rato. Al terminar, Carlos decidió pasar por la trece a ver si encontraba a William, ya que quería hablar con él y preguntarle cuándo podrían ir al puesto de verduras del señor José Pacheco. Quería saber más sobre los señores Manuel Ortega y Sebastián Rosado, y también cuándo podrían ir a Bonda a visitar la famosa esquina del movimiento del popular José Núñez, conocida por la cerveza bien fría y los discos recién salidos.

Pensativo, llegó y encontró a William con otro compañero. Lo saludó, se sentó un rato con ellos y, aprovechando que el compañero fue al baño, le dijo:

—William, quiero pedirte un gran favor. Si estás libre mañana, ¿me llevas al mercado para hablar con el señor José? Quiero que me presentes al señor Manuel o, al menos, que nos digas qué día puede atendernos en Bonda y hablar con ambos. William, con una sonrisa, respondió:

—Ah, ¿con “Cabechicha”?

—Sí, con él —contestó Carlos.

William asintió y dijo:

—Doctor, mañana tenemos corte y mantenimiento alrededor del mercado. Si usted quiere, pásese por allí como a las diez, y yo lo llevo a donde José.

Carlos iba a decir algo más, pero al ver que regresaba el compañero, solo añadió:

—Okey, gracias.

Esa noche, Carlos no dejaba de pensar en lo que le diría al señor José, temiendo que se burlara de él. Se preguntaba si sería mejor que William fuera quien explicara lo que él deseaba o quería lograr. Con esos pensamientos, se quedó dormido.

Al día siguiente, bien temprano, Carlos llegó a su oficina y salió a recorrer varios pozos de agua profunda ubicados en Gaira. Después de terminar su recorrido, se dirigió al mercado público para encontrarse con William. Al verlo, William le dijo:

—Doctor, acabo de hablar con Cabechicha, él está en el negocio. Aprovechemos y hablemos con él.

Carlos estacionó su vehículo y se dirigió junto a William hacia el interior del mercado, donde es-

taba ubicado el puesto de verduras del señor José Pacheco. Al llegar, José los saludó muy cordialmente, como era su costumbre. Carlos, después de devolverle el saludo, le dijo:

—Quiero conocer al señor Manuel Ortega y a Sebastián Rosado. Me dice William que usted los conoce y me los puede presentar.

José, riéndose, le respondió:

—Claro que sí, pero tendría que ser en las horas de la tarde, después de que termine de trabajar.

—¿A qué hora cierra usted? —preguntó Carlos.

—A las dos de la tarde. A veces me toca quedarme más tarde para recibir las verduras y los bultos de yuca y auyama que llegan —respondió José.

—Por mí no hay inconveniente. Dígame usted el día —dijo Carlos.

—Si quiere, hoy mismo o mañana sábado, con eso nos tomamos unas politas en la esquina del movimiento —sugirió José.

—No hay ningún problema, señor José. Si quiere, lo recojo aquí a las dos y se va conmigo en el carro —ofreció Carlos.

—Okey, doc. Aquí lo espero —respondió José, y se despidieron.

Al salir, William se quedó en su trabajo y Carlos se montó en su carro, dirigiéndose hacia su oficina. Por la tarde, Carlos recibió una nota de Judith que decía: “Estoy en casa de una amiga y vamos a salir hacia la playa de Los Cocos, al frente de Mañe Ca-

ñón. Te espero, mi amor, cuídate mucho.”

Carlos terminó unas labores pendientes y salió a encontrarse con Judith. Al llegar, solo pudo verla de lejos, y ella a él, ya que estaba acompañada por sus padres y la amiga, quienes estaban sentados tomándose un whisky. Carlos, antes de retirarse y sin bajarse del carro, llamó a Judith. Ella contestó rápidamente:

—Mi amor, discúlpame, no sabía que el papá de mi amiga había invitado a mi papá a que viniera aquí a la playa para hablar de sus negocios.

—No te preocupes, mi amor —respondió Carlos—. Solo te pido un favor, entiéndeme cuando te digo que estoy buscando la forma de ver cómo puedes salir de la casa sin que te vean. ¿Ya tienes la fe de bautismo en tus manos?

—Sí, mi amor —contestó Judith.

—Espera mis recados —dijo Carlos—. Antes de que lo pienses, te estaré diciendo el día y la hora para que salgas, y estemos juntos.

—Mi amor, lo espero con ansias —respondió Judith. El sábado, a las dos menos diez, Carlos y William llegaron a recoger a Jose. Este los hizo esperar un rato, ya que a última hora le había llegado mercancía. Iban a ser las dos y media de la tarde cuando finalmente salieron rumbo al corregimiento de Bonda. En el trayecto, Carlos se sentía inquieto, ansioso, y un poco preocupado; no le llegaban las palabras adecuadas para dirigirse a los señores mencionados. Jose lo sacó de sus pensamientos al preguntarle:

—¿A usted qué clase de música le gusta?

—¿Por qué me lo preguntas? —respondió Carlos.

—Es porque en la esquina del movimiento, donde mi tocayo, la música que más se escucha es vallenato, y de vez en cuando, salsa. Al frente, en el negocio de mi hermano, se puede escuchar boleros y rancheras —explicó Jose.

—Por mí no hay inconveniente, aunque me gusta mucho escuchar la música de Javier Solís, porque a mi papá le encanta —dijo Carlos.

—No hay problema. Jose Nuñez tiene el último LP de él, podemos pedirle que lo ponga —dijo Jose con una sonrisa.

Siguieron charlando, y sin darse cuenta, llegaron a Bonda. Al entrar y bajar por la calle principal, Jose le dijo a Carlos:

—Dale espacio y oríllate a la derecha.

Carlos hizo lo que le indicó, y Jose, tocándole el hombro, agregó:

—Para aquí, esta es la casa del señor Sebastián. Voy a preguntar si está.

Jose se bajó del carro y se acercó a la puerta. Tocó, y salió la señora Vicia, quien le dijo:

—Hola, Jose. ¿Qué necesitas?

—Estoy buscando a Sebas —respondió Jose.

—Mijo, él está en Cantarrana. Ya no debe de tardar —dijo la señora.

—Dígale que un amigo mío necesita hablar con él. En media hora estoy por aquí —se despidió Jose. Regresó al carro y le dijo a Carlos:

—El señor no está en el momento, está en Cantarrana.

—¿Qué es eso? —preguntó Carlos, intrigado.

—Es una platanera que está a la orilla del río —explicó Jose.

—Ya entiendo —respondió Carlos.

Siguieron una cuadra más abajo, y al llegar a la esquina, Jose le indicó:

—Detente aquí. Mira, a la derecha está el estadero de mi hermano, y al lado izquierdo, en toda la esquina, está el de mi tocayo.

—Quisiera ir primero a hablar con el señor Manuel, antes de sentarnos a refrescarnos —dijo Carlos.

—Dobla aquí a la izquierda, y en la siguiente cuadra, a la derecha. Al fondo está su casa —explicó Jose.

Carlos hizo lo que le indicó y, al llegar, encontraron al señor Manuel sentado en la puerta de su casa en un mecedor, como era su costumbre. Jose se bajó del carro y lo saludó:

—Hola, rabito. ¿Cómo estás?

—Ya vienes a fregar. Ya tú estás muy viejo, ten seriedad —respondió Manuel con una sonrisa.

Jose, riendo, le dijo:

—Te vas a enojar conmigo cuando te traigo trabajo. Acto seguido, presentó a Carlos y a William. Manuel, después de saludarlos, preguntó:

—¿En qué te puedo servir, hijo?

—Me dijo Jose que usted cura la mordedura de culebra, y también las coge —dijo Carlos.

Manuel, riéndose y fumando su tabaco, respondió:

—Jose siempre hablando de más. Pero en fin, ¿tienes algún pariente o familiar mordido por una serpiente?

—No, señor —contestó Carlos—. El favor que quiero pedirle es ver si me puede coger varias culebras. Las necesito para distraer a unas personas que no me permiten ver a la persona que más quiero.

—¿Qué clase de culebras quieres? Por aquí solo hay mapaná rabo seco, coral y cascabel —respondió Manuel, serio.

—Yo de eso no sé, señor Manuel. Las que usted crea conveniente —dijo Carlos.

—Mira, hijo, yo te puedo hacer ese favor, pero por cada una te cobro dos pesos y una botella de ron caña. Tú dirás —ofreció Manuel.

Carlos, contento y asombrado, respondió:

—No hay ningún problema. ¿Tengo que darle algo ahora?

—No, hijo, pero tienes que decirme para cuándo las necesitas —dijo Manuel.

—Lo más rápido posible, dígame usted —contestó Carlos.

—Para el miércoles puedes venir por ellas. ¿Cuántas necesitas? —preguntó Manuel.

—Yo creo que con cinco está bien —dijo Carlos.

—Está bien —asintió Manuel.

Jose, sonriendo, le preguntó a Manuel:

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, ¿me vas a invitar algo? —respondió Manuel.

—Bueno, vamos hasta donde Jose Nuñez —dijo Jose.

—Adelántense ustedes, que yo llego luego —dijo Manuel, despidiéndose.

Al salir, pasaron por la esquina del movimiento y siguieron hasta la casa del señor Sebastián. Al llegar, él ya los estaba esperando. Apenas entraron, José le dijo:

—Sebas, aquí te traigo un amigo que requiere de tus servicios.

Sebastián, curioso, preguntó:

—¿Para qué soy bueno?

—Me llamo Carlos, encantado de conocerlo —dijo Carlos—. Necesito de usted, si me puede hacer el favor, unas culebras que necesito para distraer a unas personas mientras puedo hablar con mi novia.

Sebastián lo miró fijamente a los ojos antes de responder:

—No entiendo, si vienes de hablar con Manuel, me imagino que tocaste este tema.

Carlos, sorprendido, le preguntó:

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Por el olor —contestó Sebastián con una sonrisa.

Carlos, José y William lo miraron incrédulos. José no tardó en preguntar:

—Sebas, ¿y cómo lo sabes? No creo que sea solo por el olor.

—Aunque no lo crean, todo el que entra a la casa de Manuel se impregna del olor que él mantiene por el tabaco y las plantas que cuelgan de su pared —explicó Sebastián con calma.

José soltó una carcajada:

—No lo sabía, lo tendré en cuenta.

—Sí lo vi fumando tabaco —agregó Carlos—, pero no me fijé en las plantas.

—Yo sí las vi —comentó William—, pero no pensé que ese olor se impregna en nuestra ropa. Sebastián sonrió y cambió de tema:

—Bueno, cuéntenme, ¿hicieron trato con él o no? Carlos asintió:

—Sí, pero solo le hablé de cinco culebras y él aceptó. Voy a necesitar al menos otras seis, y además quería conocerlo, ya que me dijeron que usted tiene muchos secretos. Que también cura mordeduras de culebra y que es el encargado de hacer las tamboras para las fiestas de Santa Ana, y las pequeñas que estoy viendo para distintos conjuntos musicales. Por eso le llaman de apodo “Rómpete el cuero”.

Sebastián rió con orgullo:

—Todo lo que dices es cierto. Muchos de los conjuntos y cantantes de moda vienen aquí. El último fue Julio de la Osa, el que acaba de grabar “La visita”. Y en cuanto a lo que me pides, dime para cuándo lo necesitas, con mucho gusto te las consigo. Te cobró tres pesos por cada una.

Carlos lo miró tentado a decirle que Manuel le había cobrado solo dos pesos, pero prefirió guardar silencio. Aprovechando el momento, Sebastián agregó:

—Te cobró tres pesos y no dos como Manuel porque todas las que conseguiré son cascabeles y recién paridas. Son más venenosas.

Carlos soltó una risa nerviosa:

—No las quiero tan venenosas, solo quiero asustar, y ojalá ninguna muera.

José y William se echaron a reír también.

—Ese es un riesgo que vas a correr —le dijo José.

—Señor Sebastián, me gustaría tenerlas para el miércoles, como acordé con Manuel. Vendría en la tarde a recogerlas.

—No hay problema, aquí las tendrás —aseguró Sebastián.

José, en tono jocoso, añadió:

—Sebas... ¿no has vuelto a asustar a la señora Vicia?

La mujer, que escuchaba desde una esquina, se acercó y les advirtió:

—¡Ni que lo vuelva a hacer! Ya se lo advertí, me voy y lo dejo.

Sebastián, riendo, respondió:

—Eso dice, pero ella no puede vivir sin mí.

Carlos se despidió:

—Bueno, señor Sebastián, un gusto haberlo conocido. Nos vemos el miércoles.

—El gusto es mío, muchacho —dijo Sebastián.

Al despedirse, los tres amigos se dirigieron de nuevo a la esquina del movimiento. Entraron, pidieron tres cervezas y comenzaron a conversar. Apenas habían empezado a beber cuando llegó el señor Manuel. Al verlos, dijo:

—¿Y mi ron?

José, riendo, le contestó:

—Siéntate, ya lo pido.

Estuvieron departiendo un buen rato hasta que

Carlos y William decidieron regresar a la ciudad. En el camino, William le comentó:

—Doc, ¿usted ha estado en la manguera?

—A la de arriba no he ido, lo mismo con la poza y el frasco que tanto mencionan —respondió Carlos.

—Doc, si quiere mañana domingo podemos ir. Le cuento que eso se llena y podríamos pasar un buen rato.

—No te prometo, pero si me decido, te aviso —contestó Carlos.

—Ok, doc —dijo William.

—Después de pasar un rato en la esquina del movimiento, mientras disfrutaban de las cervezas y las historias de Manuel, Carlos no pudo evitar pensar en todo lo que le habían contado sobre Bonda.

Bonda: entre tradición y encanto

Bonda es reconocida por su balneario y el famoso Estadero Bondigua, un lugar icónico donde se presentan las orquestas y conjuntos más destacados del momento. Recientemente, Julio de la Osa y Juan Piña deleitaron al público con sus actuaciones. Los fines de semana, visitantes de Barranquilla e incluso de Cartagena llegan atraídos por las aguas cálidas del río Bonda y las refrescantes sombras de los árboles de mango, especialmente la majestuosa manguera.

Los balnearios como El Pozo y El Frasco se han convertido en destinos favoritos por su atractivo natural y tranquilidad. La calidez y amabilidad de

los habitantes son características inconfundibles del lugar. En la popular esquina del movimiento, la comunidad disfruta de los discos más recientes, convirtiéndola en un punto de encuentro cultural.

Además, Bonda también guarda un misticismo que atrae a quienes buscan curar el mal de ojo, sanar mordeduras de culebras, o incluso recurrir a rituales para fortalecer lazos amorosos. Entre naturaleza, tradición y leyendas, este rincón de Colombia continúa fascinando a todos los que lo visitan.

Al regresar a la ciudad, Carlos dejó a William en su casa y luego se dirigió a la suya, con la mente llena de pensamientos sobre el miércoles.

Carlos, bien temprano el domingo, se dirigió a la casa de William. Al verlo, William se puso contento, creyendo que iban a Bonda.

—¡Doc! Qué alegría verlo —dijo William—. ¿Vamos a Bonda?

Carlos lo saludó con una sonrisa y le preguntó por su mamá.

—Ya te la llamo, pero entra, doc —respondió William, invitándolo a pasar.

Carlos entró y se sentó. Al poco tiempo llegó la señora Esther, saludando amablemente:

—Buenos días, doctor. ¿En qué le puedo servir?

Carlos, un tanto incómodo, respondió:

—Señora Esther, perdone la molestia, pero necesito que usted le entregue esta carta a Judith y me haga el favor de pedirle que me la conteste

enseguida. Espero no sea mucha molestia para usted. Algún día Judith y yo le recompensaremos.

Esther, con una sonrisa comprensiva, dijo:

—No se preocupe, doctor. Sé cuánto se quieren y cómo sufre la niña Judith por no poder verlo.

Carlos se disponía a salir cuando la señora Esther lo detuvo:

—Doctor, qué pena, ni un tinto le he ofrecido. ¿Se lo toma?

—Sí, señora, con mucho gusto —respondió Carlos.

Después de tomarse el tinto, Carlos se despidió de Esther, diciendo:

—Otro día lo visitaremos, William. Hoy tengo otras cosas que hacer.

Sin más demora, Carlos se dirigió a la casa de Reinaldo. Al llegar, le informó que los pozos de Gaira estaban funcionando perfectamente y aprovechó para hacerle una solicitud:

—Reinaldo, necesito que el miércoles o el jueves me facilites tu conductor.

Reinaldo, sorprendido, le preguntó:

—¿Se puede saber para qué lo necesitas? Tú conduces y nunca me has pedido un conductor.

Carlos sonrió, algo enigmático:

—Yo sé que te has convertido en mi mejor amigo y protector, pero no esperes que te cuente, no quiero decirle a nadie lo que voy a realizar.

Reinaldo lo miró con cierta preocupación:

—Me estás asustando, Carlos. Pero dime a qué hora y qué día, y con gusto te lo facilito.

—Gracias, Reinaldo. Te aviso. Nos vemos el lunes en la oficina.

Con esas palabras, Carlos se despidió, dejando a Reinaldo con la curiosidad en el aire.

Después de esa conversación, Carlos decidió llamar a Yuli para preguntarle si podía llevar a Judith y quedarse un tiempo en su apartamento.

—Claro, mi hermanito. Si yo compré el apartamento para cuando ustedes deseen venir, y hasta ahora la única que ha estado aquí unas semanas ha sido nuestra hermana, mi cuñado y mi sobrino. Cuéntame, ¿te vas a casar con Judith? —preguntó Yuli, en tono curioso.

Carlos, con una sonrisa, le respondió:

—Eso creo, hermanita, pero por ahora estoy planeando llevarme a Judith a escondidas de sus padres. Hoy, después de hablar con ella, te confirmo si viajamos el jueves o el viernes de la semana que viene.

—Claro, hermano, te espero. Sabes que ahora que estuviste en Bogotá te mencioné que en la empresa donde trabajo necesitan un asesor jurídico. Ese puesto puede ser para Judith si ella lo quiere, dile. Y a ti te dije que podíamos hablar con el gerente del acueducto o con la firma constructora que está aquí trabajando.

Carlos, agradecido, le respondió:

—Gracias, hermanita. No sé qué haría yo sin ti. Un abrazo, te quiero mucho.

Después de colgar, Carlos llegó a su casa y se dis-

puso a revisar todos sus documentos y certificados de estudio, como su registro civil y la partida de bautismo. Mientras estaba en eso, recibió una llamada de William:

—Doc, le voy a pasar a mi mamá que quiere hablar con usted.

—Pásamela, William —respondió Carlos.

—Buenas tardes, doctor —saludó la señora Esther—. Mire, la niña Judith me pidió que le informara que estará a las siete de la noche en la casa de Reinaldo y quiere que usted llegue antes para que su guardaespaldas no se dé cuenta de que usted está ahí, así podrán verse y hablar con tranquilidad.

—Gracias, señora Esther —respondió Carlos, apurado.

Miró su reloj y se dio cuenta de que solo tenía cuarenta minutos para alistarse y llegar antes que Judith. Rápidamente empacó todos sus documentos en una carpeta y llamó a Reinaldo para asegurarse de que estaba en casa.

—Reinaldo, ¿estás en casa? —preguntó Carlos.

—No, pero ya estoy llegando. ¿Por qué? —respondió Reinaldo.

—Judith va para allá y necesito llegar antes que sus guardaespaldas, para que no me vean —explicó Carlos.

—Vente ya, así hablamos antes de que lleguen Alberto, David, Julián, Miriam y Doris —dijo Reinaldo.

—¿Doris? No la conozco —comentó Carlos, intrigado.

—Es una amiga muy especial que conocí y quiero presentarla —respondió Reinaldo, con cierto tono de emoción.

—Uy, uy, uy, eso me huele a que alguien está enamorado —bromeó Carlos.

—Puede ser, amigo, puede ser. Nos vemos —contestó Reinaldo, antes de colgar.

Carlos, con una sonrisa en el rostro, salió rápidamente hacia la casa de Reinaldo, listo para el encuentro con Judith.

Carlos llegó en media hora a la casa de Reinaldo y, al entrar, lo encontró en compañía de Doris. Al verla, quedó sorprendido por su porte elegante: su cabello rubio y su mirada de ojos color aceituna, acompañados de una figura curvilínea que en la costa caribe describirían como “cuerpo de guitarra”. Apenas lo vio, Reinaldo lo saludó y le presentó a Doris:

—Te presento a mi futura esposa —dijo, con una sonrisa que dejó a Carlos boquiabierto.

Carlos, aún sorprendido, respondió:

—¡Bien guardadita la tenías! Pero te felicito, te lo mereces. Eres una gran persona —luego, mirando a Doris, añadió—: Cuídalo y hazlo muy feliz.

Doris sonrió amablemente, y todos se sentaron a conversar. Reinaldo sacó un ron añejado que había guardado para una ocasión especial y les sirvió un trago. Apenas habían pasado unos diez minutos de charla amena cuando llegó Judith. Vestía un traje azul marino que resaltaba su cabello negro y sus ojos oscuros. Carlos, al verla,

sintió el impulso de levantarse y correr hacia ella, pero Reinaldo le puso una mano en el hombro y le susurró:

—Quédate donde estás. Sabes que no te pueden ver, y no quiero problemas con el papá de Judith. Reinaldo salió a recibirla. Cuando regresaron, cerrando la puerta tras ellos, Judith, sin saludar a Doris, fue directamente hacia Carlos y lo abrazó fuertemente. Carlos le susurró al oído:

—Mi amor, mira a la muchacha que está al lado. Judith, con curiosidad, le contestó:

—Ya la vi, ¿quién es?

Carlos, sonriendo, respondió:

—Es la novia de Reinaldo.

Judith, aún aferrada a él, apartó la mirada hacia Reinaldo, quien le sonrió con picardía y dijo:

—Mi amiga del alma, te presento a mi futura esposa. Judith y Doris se saludaron, y ambas se quedaron un rato conversando, mientras Carlos y Reinaldo las observaban desde un rincón, contentos de ver la conexión que estaba surgiendo entre ellas. No mucho después, llegaron Alberto y David, seguidos por Julián, Miriam y una amiga de Julián. La sala se llenó de risas y conversaciones, con Julián presentando a su novia y el grupo charlando sobre la universidad, sus trabajos y los planes que tenían para el futuro.

El ambiente era ligero y agradable, pero Carlos sabía que necesitaba un momento a solas con Judith. Le pidió permiso a Reinaldo para llevarla a la sala de espera y poder hablar con tranquilidad,

y este, siempre comprensivo, le dijo que no había problema, aunque le pidió que no se demorara mucho, ya que quería hacer un brindis especial con todos los presentes.

Carlos le respondió con una sonrisa:

—No te preocupes, amigo, hermano y jefe.

Luego, tomó la mano de Judith y ambos se alejaron discretamente hacia la sala de espera para poder hablar en privado.

Carlos apenas se sentó con Judith le preguntó:

—¿Leíste la carta?

Judith respondió:

—Sí, mi amor, estoy extrañada, pues no sé cómo vas a hacer para distraer a los guardaespaldas. Recuerda que no son tres, sino cuatro, con el conductor que también está allí.

Carlos la miró con seguridad:

—No te preocupes, pero prefiero no decirte hasta el último momento.

Judith, preocupada, insistió:

—Espero que no vayas a cometer una locura.

Carlos sonrió y le contestó:

—¿Cómo se te ocurre? Si lo que más quiero y amo en el mundo eres tú.

Judith, ya más tranquila, le comentó:

—Mi amor, yo tengo en un folder todos mis documentos. Si quieres, te los hago llegar con la señora Esther para que los tengas en tu poder y los asegures. Lo mismo con la ropa, yo la puedo ir mandando con ella. Te tocaría a ti comprar la maleta para que yo no tenga que salir sino única-

mente con mi bolso de mano. Lo que no entiendo, mi negro lindo, es por qué tiene que ser el jueves o el viernes. Tú sabes que mi papá no está aquí, y mi mamá se va mañana a visitar a una hermana que está enferma en Medellín y no regresa sino hasta el fin de semana.

Carlos, sorprendido, respondió:

—No sabía lo de tu mamá, pero precisamente todo lo he planeado para esta semana, aprovechando que tu papá no está aquí.

Judith lo miró con curiosidad:

—Y a todas estas, corazón, ¿a dónde nos vamos a ir? Aquí no nos podemos quedar, mi papá te mataría.

Carlos la tranquilizó:

—No te preocupes, mi linda negrita. Ya hablé con mi hermana y nos vamos a quedar en su apartamento. Yuli me dijo que hay una vacante de asesor jurídico, y si lo quieres, el puesto es tuyo. Confírmame y le aviso.

Judith, emocionada, le dio un beso en los labios:

—¡Qué buena es tu hermana! ¡Salúdala y dile que sí! ¿En qué nos iremos?

Carlos le respondió:

—Solo esperaba tu confirmación para comprar los tiquetes aéreos y viajar en el último vuelo, que sale a las cuatro de la tarde. Tienes que estar lista el jueves a las dos de la tarde. Apenas escuches ruido, te escapas por la puerta de atrás. Yo estaré allí esperándote en el carro para salir directo al aeropuerto.

—Judith, no te preocupes, mi amor. Yo estaré allí, y mañana empezaré a enviarte la ropa que me voy a llevar con la señora Esther —le dijo Carlos. En ese momento, llegó Reinaldo para decirles:

—Por favor, vengan a la sala para hacer el brindis. Quiero que estemos todos y podamos hablar de nuestros futuros.

—No te preocupes, amigo, vamos enseguida —respondió Carlos, tomando la mano de Judith mientras la guiaba hacia donde estaban los demás.

Al estar todos reunidos, Reinaldo tomó la palabra e hizo un brindis en honor a su novia, Doris. Después del brindis, se quedaron hablando y disfrutando del ron. Judith los acompañó hasta la una de la madrugada, mientras que los demás se quedaron hasta las cuatro.

A la mañana siguiente, Carlos se levantó, se aseó y bajó a la cocina, donde su mamá lo esperaba con un caldo de costilla, como a él le gustaba. Carlos la saludó con un beso y le dijo:

—¿Qué va a ser de mí ahora que me voy?

—Hijo, de eso quería hablarte. La verdad estoy muy asustada; no sé qué reacción vaya a tomar el papá de ella. Tu papá también quiere hablar contigo; me dijo que lo esperarás.

—Mamá no, voy a salir. Terminaré de desayunar y luego llamaré a mi hermana Yuli para confirmarle lo del viaje.

—Hijo, solo te pido que te cuides y te deseo lo mejor del mundo. Sé y tengo fe en que el Maestro

Jesús y tus guías espirituales te protegerán. De mi parte, tienes la bendición.

Carlos, al terminar su desayuno, se despidió de su mamá y subió a su cuarto. Se sentó en la cama, tomó su teléfono y llamó a su hermana Yuli. Al contestarle, le dijo:

—Hermanita, estoy contento y feliz. Ayer hablé con Judith y aceptó mi propuesta; también me dijo que aceptaba el trabajo que le ofreciste.

—¡Me alegro, hermanito! Quiero que estén aquí desde ya —respondió Yuli.

—Hermanita, quiero pedirte otro favor: habla con tu amigo el sacerdote, a ver si nos puede casar lo más pronto posible.

—Yo, sin que me lo dijeras, le comenté al sacerdote, y me dijo que con mucho gusto, pero necesitaba tener la fe de bautismo al día.

—No te preocupes, ya la tengo en mis manos —aseguró Carlos.

—Entonces, tómale una foto y envíamela para mostrársela al sacerdote.

—Gracias, hermanita, nos hablamos más tarde. Dale un beso y un abrazo a mamá y a papá, y díles que los quiero mucho.

El lunes por la tarde, después de terminar sus labores, Carlos se dirigió a las oficinas de la aerolínea, donde adquirió los dos tiquetes. Luego fue a la casa de la señora Ester a recoger lo que había enviado Judith. Al llegar, la señora Esther lo hizo bajar del vehículo y lo invitó a entrar para decirle algo importante.

—Doctor, ¿le provoca un tinto? —preguntó Esther.

—Me caería muy bien —respondió Carlos.

Después de traerle el café, Esther le dijo:

—Doctor, estoy muy preocupada. No sé si podré seguir trabajando en la casa de la niña Judith; tengo miedo de la reacción del señor Pedro. Lo que le estoy diciendo se lo comenté a la niña Judith esta mañana.

—¿Y qué te dijo ella? —preguntó Carlos.

—Que no me preocupara, que todos en su casa me aprecian mucho, especialmente su mamá.

—Entonces ten fe y no tengas miedo; todo va a salir bien. Solo te pido que, cuando escuches el ruido y Judith salga, no te asomes ni siquiera a la puerta.

—¿Por qué, doctor?

—Es mejor así, confía en mí.

Carlos terminó su café, miró la hora y le dijo a la señora Esther:

—Gracias por el tinto, pero me tengo que ir. Nos veremos mañana.

El miércoles, como había acordado con el señor Manuel y Sebastián, Carlos terminó sus labores, recogió a William y se dirigieron hacia el corregimiento de Bonda. Al llegar, decidieron visitar primero a Sebastián. Este los recibió amablemente, los hizo pasar y, sin rodeos, le dijo:

—Mira, aquí tengo siete gallinitas de las más peligrosas.

Carlos, riéndose, respondió:

—¿Cómo así que gallinitas?

Sebastián soltó la risa y explicó:

—Es que yo les digo así, pero en realidad son cinco cascabeles y dos mapaná rabo seco.

—Gracias, señor Sebastián —dijo Carlos—, pero debo confesarle algo: me da miedo llevarlas en el carro, dejarlas en el patio de mi casa y que alguna se escape y muerda a mis padres.

Sebastián lo miró fijamente, con una sonrisa en los labios, y respondió:

—Ya lo sabía. Te propongo algo: puedes ir donde Manuel, recoger las que él tenga, traérmelas aquí, y yo te las guardo. Si quieres, yo mismo puedo ir y soltarlas por ti. Eso sí, tendrás que llevarme y traerme de vuelta. Por ese trabajo te cobraré cincuenta pesos, más los veinte. En total serían setenta. Tú dirás.

Carlos se sintió aliviado; Sebastián le había quitado un peso de encima. Sin dudarlo, aceptó:

—Claro que sí. Le voy a entregar de una vez su pago.

—Gracias, muchacho, y ojalá todo salga bien —respondió Sebastián—. Vete entonces a donde Manuel, que aquí te espero.

Carlos salió y se dirigió directo a la casa de Manuel. Al llegar, lo encontró ocupado y tuvo que esperar alrededor de veinte minutos. Finalmente, Manuel le entregó seis serpientes en un saco bien amarrado y le preguntó:

—¿Quieres verlas?

—No, señor —respondió Carlos rápidamente.

—Aquí las tienes. Entrégame los doce pesos — dijo Manuel.

Carlos le dio el dinero, se despidió y regresó a la casa de Sebastián, a quien le entregó el saco y le dijo:

—Por favor, espéreme el jueves a la una; vendré personalmente a recogerlo. Después, lo dejaré con el conductor para que usted realice el trabajo de soltarlas. Ahora me gustaría, si tiene tiempo, vamos para que vea la ubicación de la casa y sepa desde qué lado es mejor empezar a soltarlas.

Sebastián, asintiendo, dijo:

—Muy buena idea, muchacho. Espérame un momento mientras tomo mi sombrero, me pongo mis tres puntadas, y vamos juntos.

En el trayecto desde Bonda hasta el puente de Mamatoco, cerca de la Quinta de San Pedro Alejandrino, Carlos le preguntó al señor Sebastián:

—¿Cree que podría ayudarme a calmar al señor Pedro?

Sebastián lo miró con curiosidad y preguntó:

—¿Quién es Pedro?

—El padre de mi novia —aclaró Carlos

Sebastián suspiró y respondió:

—No voy a engañarte. Si le aplico el secreto, se calmaría por dos o tres días, máximo. Pero, cuando pase el efecto del rezo, se volverá aún más violento

Carlos reflexionó un momento y luego dijo:

—Mejor dejémoslo así. Que sea lo que Dios quiera.

Al llegar, Carlos estacionó el carro a un costado del puente, desde donde se divisaba toda la casa. Sebastián bajó del vehículo y recorrió el puente de un lado al otro, observando la propiedad. Al terminar, regresó hasta donde estaba Carlos y le dijo: —Muchacho, ya sé por dónde empezar. Podemos devolvernos.

Carlos asintió y, después de dejar a Sebastián, regresó a su casa. Pasó el resto de la tarde pensativo, hasta que, a las siete, su mamá lo llamó a cenar, sacándolo de sus pensamientos. Después de cenar, se dio un baño, se puso su pijama y comenzó a preparar las maletas. Mientras estaba terminando, recibió una llamada de Judith.

—Hola, mi amor. ¿Cómo te sientes? —preguntó ella.

—Un poco inquieto, pero me tranquiliza pensar en ti, en nuestro amor, en que te voy a tener para siempre en mis brazos —respondió Carlos.

—Yo también, mi negrito lindo. Pero me preocupa mi mamá; ella siempre ha estado a mi lado. Y también me preocupa la reacción de mi papá. A pesar de todo, lo quiero mucho —dijo Judith.

—Te entiendo, mi amor. Es nuestra felicidad.

—Lo sé, mi amor. Pero estoy nerviosa y no puedo evitarlo.

—Lo sé —respondió Carlos—. Me gustaría estar ahora a tu lado, abrazarte, besarte y decirte cuánto te amo.

Así, continuaron hablando hasta la una de la mañana.

Al día siguiente, Carlos se levantó bien temprano y, después de desayunar, se dirigió a su oficina. Tenía que hablar con Reinaldo; le daba pena con su amigo, pero estaba en juego su felicidad. Al llegar, le informaron que requerían su presencia en la estación de rebombeo de Gaira. Tras dar las instrucciones del día, ya se disponía a salir cuando llegó Reinaldo.

—Hola, Carlos, ¿cómo estás? —preguntó Reinaldo.

—Bien, ¿y tú?

—Súper, necesito hablar contigo; es urgente. Respondió Carlos.

—Sube y hablamos — le dice Reinaldo .

—No puedo ahora, requieren mi presencia en el rebombeo de Gaira. — dijo Carlos.

—Espérame un momento. Le doy unas directrices a mi secretaria y voy contigo —Reinaldo.

—Ok, te espero —contestó Carlo.

Reinaldo, después de hablar con su secretaria, salió hasta donde lo esperaba Carlos. Se montó en el carro, y partieron rumbo a Gaira. En el camino, Carlos le contó a Reinaldo todos sus planes con respecto a Judith. Reinaldo, sorprendido, le respondió:

—¿Por qué no me lo habías dicho? Sabes que eres mi mano derecha. Yo no soy ingeniero, soy abogado, y ahora me va a tocar buscar urgentemente un ingeniero. Me hubieras avisado.

Carlos suspiró y le dijo:

—No quería comprometerte en nada, discúlpa-

me. Pero tengo una solución: hablemos con Alberto. Se vino de Cartagena, está sin trabajo y es nuestro amigo.

Reinaldo sonrió y respondió:

—No se diga más. Apenas terminemos aquí, vamos a su casa para hablar con él. No lo llames, démosle la sorpresa.

Carlos agradeció, diciendo:

—Gracias, amigo, te debo una, y bien grande. Ah, no te olvides de lo de tu conductor. Lo necesito a la una para ir a recoger al señor Sebastián y a mis “niñas consentidas”.

Reinaldo, algo confundido, preguntó:

—¿Cuáles niñitas?

Carlos soltó una carcajada y explicó:

—Verdad que no te he contado. Es que mandé a capturar unas serpientes para soltarlas en el frente y en el lado izquierdo de la casa de Judith. La idea es entretener a los guardaespaldas mientras ella sale por la puerta de atrás y nos vamos al aeropuerto.

Reinaldo rió y comentó:

—De verdad que estás loco. Pero así es el amor. Espero que todo te salga bien. Avísame apenas llegues a Bogotá.

—Hecho, amigo —respondió Carlos.

Al llegar a su destino, se encontraron con un problema en el motor que mueve las turbinas para enviar agua a la comunidad. Tras resolver la situación, dejando al técnico encargado de cambiar el motor dañado, se dirigieron hacia la casa de Alberto.

Carlos llegó a su casa a las doce y diez del mediodía. Almorzó, subió a su cuarto, recogió las dos maletas y un maletín, y luego bajó para guardarlas en el carro. Entró de nuevo a la casa para conversar un rato con sus padres y, a la una menos cuarto, se despidió de ellos, pidiéndoles su bendición y deseándoles que le desearan mucha suerte. Al salir, ya estaban esperándolo el conductor de Reinaldo y William, a quien había pedido el favor de traer el carro de vuelta desde el aeropuerto.

Después de subir al vehículo, salieron rumbo a Bonda para recoger al señor Sebastián. Al llegar, lo encontraron esperando en compañía de un joven moreno y de contextura gruesa. Carlos saludó y preguntó:

—¿Está todo listo?

Sebastián respondió:

—Todo listo. Aquí están tus “niñas”. Llévalas al carro.

Carlos, algo nervioso, replicó:

—No, señor, yo les tengo mucho miedo.

Sebastián, entre risas, le dijo:

—Lo sabía. Mira, te presento a José, mi asistente; pero le puedes decir “Zorro Patón”, ¡mírale esos pies que tiene!

Carlos, mirándolo de reojo, preguntó:

—¿Usted lo va a llevar?

Sebastián asintió:

—Sí, necesito que él cruce el río y las suelte de ese lado, mientras yo tiro las mías en el frente.

Carlos emocionado dijo:

—Me parece una excelente idea. Vamos.

En el camino, Carlos, William y Luis iban nerviosos, temerosos de que alguna serpiente se escapara del saco y les mordiera. Sebastián y José se miraban de reojo, riéndose en silencio de la situación.

Al llegar, se bajaron frente a un restaurante cercano al puente, junto a un camino que conduce al río. Sebastián le entregó un saco a José y le indicó que siguiera el camino. Le explicó que, una vez llegara al lugar y comenzará a soltar las serpientes una a una, le silbaría para que él también soltará las que tenía en el frente.

Al salir del carro, José se dispuso a cumplir con su tarea, y Sebastián le dijo a Carlos:

—Vamos, déjame en el puente y tú ve a cumplir tu misión. Dame diez minutos mientras hago una buena oración aquí para distraerlos un poco. ¿Dónde está el vehículo que me recogerá?

Carlos respondió:

—Voy a dejarlo para que se tome algo en el restaurante mientras Luis viene con el vehículo para llevarlo de regreso a su casa.

Sebastián asintió y añadió:

—Está bien, muchacho. Vete con Dios, y que tus ángeles de la guarda te protejan.

Sebastián tomó su saco con las serpientes, se acercó a la entrada de la casa y, sacudiéndolo con fuerza, las puso furiosas. Aprovechando un descuido del guardaespaldas, abrió el saco y las lanzó cerca de la puerta. Al caer, las serpientes empe-

zaron a enroscarse y a mover sus colas, haciendo sonar sus cascabeles. Al verlas, los guardaespaldas comenzaron a disparar llenos de miedo, llamando a gritos a los demás para que vinieran en su ayuda. Desde dentro de la casa, otros guardias también comenzaron a gritar, avisando que ellos también habían visto serpientes.

Judith, al oír los disparos, se asomó a la ventana para ver qué sucedía. Observó a sus guardaespaldas corriendo y dos serpientes muertas cerca de la puerta. Sin perder tiempo, tomó su cartera y se dirigió a la cocina, donde encontró a la señora Esther temblando y asustada. Judith la tomó de la mano y le dijo:

—Ven, acompáñame hasta el portón.

Esther la acompañó hasta la salida, y Judith se despidió de ella. Luego, cruzó la calle y se subió al carro, saludando a Carlos con un beso en los labios y diciéndole:

—¡Vámonos ya!

Carlos arrancó lo más rápido posible. Judith, al mirar hacia atrás, notó la presencia de dos jóvenes, a quienes saludó y se disculpó rápidamente. Ellos le devolvieron el saludo, y Carlos tomó la Avenida del Libertador hasta la Carrera Dieciocho. Giró a la izquierda, pasó por el estadio Eduardo Santos, y llegó al taller mecánico del “Popular Pelé,” donde Luis recogería la camioneta para ir en busca de Sebastián y su acompañante y llevarlos de regreso a su casa en el corregimiento de Bonda.

Cuando Carlos vio partir a Luis, continuó su camino. Siguió hacia la Calle Santa Rita, bajó hasta la Cuarta, giró a la izquierda y siguió en línea recta. Cruzó el puente sobre el río Manzanares y tomó la carretera que lleva al Rodadero, el balneario más bello de América del Sur, y luego siguió directamente hacia el aeropuerto.

Durante todo el trayecto, Judith permaneció en silencio. Al llegar, Carlos estacionó el vehículo. William bajó las maletas y los acompañó hasta el área de recepción de equipajes y el mostrador de check-in. Allí, se despidieron de William, quien luego regresó a la ciudad.

Carlos, al mirar la hora y ver que faltaban treinta minutos para la llegada del avión, le preguntó a la asesora si el vuelo estaba puntual. Ella le respondió que el avión venía en camino y que el horario no había cambiado.

Tomando la mano de Judith y acercándose a su oído, Carlos le dijo:

—Vamos, mi amor, subamos al segundo piso y hablamos un rato. Te he notado muy callada y pensativa.

—¿Por qué no me traes un trago para calmarme un poco? —respondió Judith—. Estoy muy preocupada por mi mamá. Quisiera llamarla y decirle toda la verdad.

—Ven, amor, sentémonos un rato. Vamos a buscar una mesa desocupada.

Encontraron una mesa libre, se sentaron y pidieron dos tragos de whisky y una botella de agua.

Carlos la miró y le dijo:

—Mi amor, si quieres, cuando esté a punto de llegar el avión y estemos listos para abordar, puedes llamar a tu mamá y contarle.

—Yo pensé lo mismo, pero esperaré a que lleguemos a Bogotá para hablar con ella —contestó Judith.

Carlos la abrazó y le dijo suavemente:

—Estoy de acuerdo, mi amor.

En la casa de Judith, los guardaespaldas estaban inquietos y desconcertados al ver la cantidad de culebras venenosas que parecían haber aparecido de la nada. Al verlas, comenzaron a disparar, logrando matar a nueve de las once serpientes. Dos se lanzaron al río para escapar, y una mapaná rabo seco alcanzó a morder a Claudio. Dos compañeros lo llevaron de urgencia al hospital. En el camino, uno de ellos se comunicó por radio con el señor Pedro para informarle lo sucedido. Pedro, al escucharlos, preguntó con preocupación:

—¿Judith estaba en la casa? ¿Está bien?

El guardaespaldas contestó:

—En medio de la situación, no nos fijamos si Judith estaba en la casa.

Pedro replicó:

—¿Quién está ahora allá?

—Emilio —respondió el guardaespaldas.

—Llámallo y pídele que revise las cámaras para ver si Judith salió —ordenó Pedro.

Así lo hizo el guardaespaldas, y Emilio, revisando

las cámaras, respondió que, a esa misma hora, se veía a la señorita Judith saliendo de la casa con solo su cartera. El guardaespaldas comunicó esta información a Pedro, quien, al enterarse, cortó la comunicación de inmediato. Una serie de pensamientos turbulentos inundaron su mente, todos dirigidos a Carlos. Estaba convencido de que todo aquello era obra de Carlos para llevarse a Judith.

Sin dudar, Pedro intentó llamar a Judith, pero no obtuvo respuesta. Procedió entonces a llamar a su esposa para preguntarle si sabía algo de ella. Josefina respondió que no tenía noticias de Judith. Pedro, impaciente, cortó la llamada y se comunicó con la señora Esther, la empleada de la casa.

—Esther, ¿qué sabes de Judith? —le preguntó alterado.

Esther respondió con voz temblorosa:

—Nada, señor Pedro. Solo me dijo que saldría un rato a ver a una amiga. Me sorprendió que saliera por la puerta de atrás, y no le mencioné nada a los guardaespaldas porque tenía miedo de salir al ver tanta cantidad de culebras desde la casa.

Pedro colgó el teléfono y de inmediato llamó a su socio para informarle de la situación y decirle que debía regresar de inmediato para encargarse de la operación.

—No habrá lugar en la tierra donde se escondan que no los encuentre —afirmó Pedro, lleno de furia.

Su socio, intentando calmarlo, le dijo:

—Pedro, este negocio es muy importante. Tienes que estar aquí a la hora que lleguen los gringos para entregarles la mercancía, sellar el trato y acordar la ruta por donde la iremos a enviar.

—Ponte en mi lugar. Ahora mismo no me importa nada más que saber de mi hija —respondió Pedro con firmeza—. Préstame tu camioneta; te dejo mi Jeep. La tuya es más rápida, y quiero llegar a Santa Marta de madrugada.

Así lo hicieron. Pedro emprendió el viaje acompañado de dos de sus hombres. Durante el trayecto no, dejó de pensar en Judith y Carlos al llegar al río Don Diego, donde tuvo que esperar para cruzar, ya que el caudal había aumentado y el puente aún no estaba terminado. Al pasar el río, recibió una llamada de su esposa, quien le informó:

—Pedro, nuestra hija se fue a vivir con Carlos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, furioso.

—Ella me llamó desde el aeropuerto para decirme —respondió su esposa.

—¿No te dijo a dónde iban? —insistió Pedro.

—No.

Pedro, frustrado, exclamó:

—¡Maldita sea! Apenas llegue, comenzaré a llamar a todos mis amigos y contactos para averiguar dónde se han ido. De que los encuentro, los encuentro.

Al llegar a su casa a las tres de la mañana, Pedro fue directo al bar, destapó una botella de whisky y, sentándose en su sofá favorito, empezó a beber

mientras planeaba, con fría determinación, toda la maldad que haría sufrir a Carlos por haberse llevado a su hija. No lo mataría; lo haría sufrir hasta que aprendiera la lección.

Al llegar a Bogotá, Judith llamó a su madre y le dijo:

—Mamita, perdóname. Sabes que te quiero mucho, pero me vi obligada a irme con Carlos. Papá no quiere entender que ya soy mayor de edad y una profesional. Te prometo que te diré dónde me instalaré, y quiero que sepas que me voy a casar con Carlos; ya tenemos todo arreglado para hacerlo.

Su madre suspiró y le respondió con tono comprensivo:

—Hija, sé cuánto has sufrido por las exigencias de tu padre, pero debes saber que él te quiere. Voy a tratar de hablar con él. Más tarde lo llamo para contarle, porque ahora está de un humor insoportable, ni él mismo se aguanta.

—Mamita, te quiero mucho —respondió Judith, con voz suave—. Siempre estaré pendiente de ti y de papá. No sufran, mamá. Estoy bien, y estoy segura de que voy a ser muy feliz al lado de Carlos.

—Cuídate mucho, hija. Un abrazo y mi bendición para ti —dijo su madre—. Que Dios los cuide y los proteja, y que también intervenga para calmar a tu padre.

Carlos, al ver que Judith terminó de hablar con su mamá, le preguntó:

—¿Qué te dijo tu mamá? Te veo muy pensativa. Judith suspiró y respondió:

—Me preocupa ella. No me dijo nada directamente, pero sé que sufre en silencio. Mañana regresará a Santa Marta para no dejar solo a mi papá.

Carlos le sonrió y le acarició la mano para tranquilizarla.

—Serénate, amor. Vamos a recoger las maletas. Mientras hablabas con tu mamá, Yuli me llamó para decirme que está afuera esperándonos.

Judith se sorprendió y esbozó una sonrisa.

—No me dijiste que tu hermana nos vendría a recoger. Me alegra mucho.

Recogieron sus maletas y, al salir, se encontraron con Yuli y su conductor. El conductor tomó las maletas y las guardó en el baúl del auto. Carlos presentó a Judith a su hermana, y Yuli, al verla, la saludó con calidez:

—Eres aún más bonita de lo que mi hermano me dijo. Desde hoy, espero que seamos como hermanas. Judith le respondió emocionada:

—Yo también lo deseo y lo quiero de todo corazón. Subieron al auto y se dirigieron hacia Girardot. Al llegar, Yuli les mostró el apartamento desde el auto y, al entrar, Judith quedó maravillada por la comodidad y la elegancia del lugar. Yuli les enseñó la habitación destinada para ellos y recorrieron juntos el resto del apartamento. Desde el balcón, Judith quedó impresionada por la hermosa vista de la ciudad.

Sin embargo, aunque estaba al lado de Carlos y su cuñada, Judith sintió un vacío. Extrañaba profundamente a su mamá y su casa, y no podía dejar de pensar en su papá.

Al amanecer, Pedro llamó al padre de David, Reverán Ruiz Ramírez, conocido como “el hombre de las tres R”, para pedirle ayuda con sus contactos e influencia política y averiguar si Judith había viajado en avión, ya que sospechaba que así fue. Reverán le respondió:

—Dame media hora, Pedro, y te informo. Pero, ¿y si viajaron por carretera?

Pedro negó con la cabeza.

—Ya mandé a investigar, y según las noticias que tengo, no fue así.

—Bueno, hablamos luego. Apenas tenga la información, te llamo.

Tal como prometió, media hora después Reverán llamó a Pedro para confirmarle que Judith y Carlos habían viajado a Bogotá. Pedro, agradecido pero lleno de ira, golpeó la mesa con el puño antes de llamar a su amigo Mateo en Bogotá. Mateo, quien trabajaba en el DAS, escuchó atentamente el relato de Pedro, tomando nota de los nombres y apellidos completos de Judith y Carlos, y le preguntó:

—¿Estás seguro de que están en Bogotá?

—Sí, lo estoy.

Mateo asintió y le dijo:

—Dame una semana, o quizá menos, y te estaré informando. Pero, ¿puedes decirme el día y la

hora del vuelo? Así podríamos rastrear las imágenes de las cámaras del aeropuerto.

—El vuelo fue ayer, pero no sé la hora exacta. Voy a averiguarlo y te llamo. Por los gastos, no te preocupes. Dame tu número de cuenta para enviarte una parte para los viáticos.

Con la información en manos de Mateo y el apoyo de Reverán, Pedro se sintió determinado a encontrar a Judith y a Carlos, con la ira todavía bullendo en su interior y una firme promesa de no descansar hasta hallarlos.

Un mes después de la partida de Judith, Pedro finalmente recibió la noticia que tanto esperaba. Mateo le informó que Judith y Carlos habían sido recogidos por un automóvil negro con placas de Bogotá, registrado a nombre de Yuli Carrascal, hermana de Carlos. Además, le reveló que Judith estaba trabajando como asesora en la misma empresa multinacional donde trabajaba Yuli, quien residía actualmente en Girardot. Pedro, lleno de euforia, agradeció a Mateo:

—Espera mis órdenes. No quiero que hagan nada hasta que yo esté allí. Quiero ver la cara de ese maldito cuando me vea. ¿Sabes algo más sobre él?

Mateo le respondió:

—Por ahora, nada nuevo. Apenas tenga más información, te la haré llegar.

Pedro se despidió, pero esta vez no podía ocultar la emoción de saber el paradero de su hija. Sin embargo, el tiempo que dedicó a buscar a Judith

hizo que descuidara sus negocios, y Jairo, uno de sus socios, aprovechó la ocasión para traicionarlo, robándole un cargamento que Pedro creía perdido. Cuando descubrió el engaño, ordenó a sus guardaespaldas eliminar a Jairo, pero el intento falló y varios de sus hombres murieron. Jairo, al enterarse, decidió contraatacar, y Pedro fue emboscado en el camino hacia su finca en Palomino límite con el departamento de la Guajira . Recibió cuatro disparos, y tres de sus guardaespaldas fueron abatidos. Pedro tuvo que ser trasladado de urgencia a Barranquilla, donde ingresó en cuidados intensivos.

Al enterarse del atentado, Josefina, la madre de Judith, la llamó desesperada, rogándole que regresara.

—Por favor, Judith, ven. Tu papá está en cuidados intensivos, y los médicos no nos dan esperanzas. Estamos a la voluntad de Dios —suplicó Josefina.

Judith, sorprendida y angustiada, respondió:

—Mamita, hablaré con Yuli para ver si me consigue el permiso y viajo hoy mismo.

—Ojalá te lo den, hija. Recuerda que estoy en Barranquilla, en el mismo apartamento donde te quedaste. Cuídate, y que Dios te bendiga. Aquí te espero —dijo Josefina, con voz entrecortada.

Judith, después de colgar, quedó en silencio, con el corazón en un torbellino de emociones. Sabía que debía regresar, aunque la relación con su padre siempre había sido tensa.

Judith, conmovida y nerviosa, llamó a Carlos para contarle la noticia.

—Mi amor, acaban de decirme que le dispararon a mi papá. Está en cuidados intensivos en Barranquilla. Mi mamá me pidió que fuera.

Carlos, preocupado, respondió con ternura:

—Mi amor, si quieres, te acompaño. No quiero que pases por esto sola. ¿Ya hablaste con Yuli?

—No, estoy por hacerlo ahora —respondió Judith.

—Bien, haz lo que necesites. Nos vemos pronto, amor. Cuídate —dijo Carlos antes de despedirse. Judith, aún afectada, fue directamente a la oficina de Yuli. Al verla entrar, Yuli notó su angustia y le preguntó:

—¿Qué pasa, Judith? Estás pálida y con los ojos llorosos, ¿qué sucedió?

Sin poder contener el llanto, Judith explicó:

—Cuñada, acaban de dispararle a mi papá. Mi mamá me llamó para decirme que recibió cuatro balazos y está grave en una clínica de Barranquilla. Necesito ir para verlo.

Yuli, sin dudar, la consoló y le aseguró:

—No te preocupes, cuñada. Puedes irte, yo me encargo de hablar con el gerente. Él no está ahora aquí, viajó esta mañana para Medellín. Si necesitas dinero, dímelo; yo te lo facilitaré.

Judith, agradecida, abrazó a Yuli y salió rápidamente hacia el apartamento. Al ver la urgencia de la situación, Yuli llamó a Carlos.

—Hermanito, ¿ya te enteraste de lo del papá de Judith?

—Sí, y me gustaría acompañarla, pero sabes que no tenemos mucho dinero —respondió Carlos, preocupado.

—No te preocupes. Ya contacté a la agencia y les conseguí los tiquetes para viajar esta misma tarde. Además, pasa por mi oficina, que te daré unos viáticos para que puedan estar más tranquilos.

Carlos, emocionado y agradecido, respondió:

—Hermanita, no sé qué haría sin ti. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero, Carlos. Ve al apartamento; Judith ya va en camino —dijo Yuli antes de colgar.

Carlos se apresuró a ir al apartamento, listo para acompañar a Judith en el difícil momento que ambos tendrían que enfrentar juntos.

Carlos, antes de llegar al apartamento, decidió llamar a la señora Epifanía para asegurar un lugar donde quedarse en Barranquilla en caso de necesitarlo.

—¿Doña Epifanía? ¿Tiene una habitación libre para alquilarme por unos cinco días? —preguntó Carlos—. Viajaré porque al papá de Judith le dispararon y está en la clínica.

—¡Mijo! Claro que sí, eres bienvenido. Tengo dos habitaciones libres: una al lado de la que usaste antes y otra en el primer piso, junto al comedor. Puedes escoger la que quieras —respondió la señora Epifanía con calidez.

—Perfecto, señora Epifanía. Esperamos llegar hoy mismo, alrededor de las seis de la tarde.

—Muy bien, elige la que prefieras cuando llegues. Ahora debo atender la puerta. ¡Cúidate, mijo! — se despidió la señora Epifanía.

Al llegar al apartamento, Carlos le explicó a Judith la conversación. Sin embargo, Judith le comentó:

—Mi mamá dice que podemos quedarnos en su apartamento, no será necesario alquilar.

—Mi amor, no quiero incomodarlas, pero si tú piensas que no hay problema, me quedaré donde tú estés —respondió Carlos con una sonrisa de comprensión.

Terminaron de empacar, se despidieron de Yuli y, junto con el conductor, se dirigieron al aeropuerto en Bogotá. A las cuatro y media de la tarde abordaron el avión rumbo a Barranquilla.

Al aterrizar, la madre de Judith, la señora Josefina, ya los esperaba en compañía de su conductor y dos guardaespaldas. Durante el trayecto hacia el apartamento, la señora Josefina conversó con Carlos, mostrando su apoyo:

—Me alegra que estén juntos y felices. Espero que Pedro los acepte y que así vuelva la paz a nuestro hogar.

—No se preocupe, señora Josefina. Yo amo mucho a Judith y siempre desearé lo mejor para ella —respondió Carlos, con un tono de sinceridad que tranquilizó a Josefina.

Al llegar al apartamento y dejar el equipaje, los tres se dirigieron rápidamente a la clínica para ver

si Pedro había salido de cuidados intensivos y finalmente podrían verlo. Judith iba con el corazón lleno de ansiedad, pero también de esperanza al tener el apoyo de Carlos y su madre a su lado.

Al llegar a la clínica, Judith y su madre, Josefina, se acercaron al médico para conocer el estado de Pedro. Con un semblante serio, el doctor les explicó:

—Está en una condición muy delicada. Solo pueden verlo desde la ventana, pero no pueden acercarse hasta que supere esta fase crítica. Los disparos le afectaron gravemente un riñón y la columna; y por poco impactan su corazón. Necesitamos esperar su evolución en las próximas horas.

Agradecidas por la información, Judith y su madre caminaron con paso lento hacia la ventana. Allí, Judith, con lágrimas que apenas podía contener, observó a su padre en la cama de cuidados intensivos y, en silencio, rogó al Maestro Jesús que lo salvara. En ese momento, deseaba abrazarlo, decirle cuánto lo quería, y pedirle perdón por las decisiones que la habían alejado de él. Sintiéndose sobrecogida, su madre le colocó una mano en el hombro y le susurró:

—Vamos, hija, necesitas descansar después de este viaje tan largo. Emilio nos avisará cualquier novedad.

De regreso al apartamento, ambas se acomodaron en el sofá de la sala, con una copa de vino en la mano, tratando de aliviar la tensión acumula-

da. Josefina comenzó a contarle a Judith lo que había sucedido en el tiempo que Pedro dedicó a rastrearla, desatendiendo sus negocios, lo cual llevó a su socio a aprovecharse de la situación y traicionarlo.

Judith escuchaba cada palabra con el corazón en un puño, con una mezcla de tristeza y dolor al enterarse de cómo la obsesión de su padre por vengarse de Carlos había desmoronado su vida profesional y familiar. No comprendía cómo Pedro había permitido que el rencor lo llevara a atentar contra su mejor amigo, ni cómo este último, en represalia, había decidido tomar venganza. Los sentimientos encontrados la abrumaron, y con un nudo en la garganta, abrazó a su madre. Ambas rompieron en llanto, recordando los momentos felices de la infancia de Judith, cuando el amor y la unidad familiar predominaban en sus vidas.

Carlos, sentado junto a ellas, las observaba en silencio, conmovido y reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. Él también sentía el peso de aquella historia, y aunque no sabía cómo expresar consuelo en palabras, decidió permanecer cerca, en un gesto de apoyo sincero y amoroso para ambas.

Carlos, al ver el emotivo reencuentro entre Judith y su madre, decidió retirarse discretamente a su cuarto, respetando el momento íntimo de madre e hija. Cuando ellas se separaron, con lágrimas aún en los ojos, miraron hacia el sofá y se dieron cuenta de que Carlos ya no estaba. Josefina, mirándola con ternura, le dijo a Judith:

—Hija, Carlos nos dejó solas... nos respetó este momento.

Dos días después de la llegada de Judith y Carlos, Pedro seguía en estado crítico, sin mostrar signos de mejoría. Josefina, agotada y abatida, comenzaba a perder la esperanza de que su esposo sobreviviera. Mientras ambas tomaban un café en la cocina, el teléfono sonó. Era Emilio, el guardaespaldas de Pedro, quien llamaba para informarles que Pedro había despertado y estaba preguntando por Judith y por ella.

Al recibir la noticia, Josefina dejó caer el teléfono en el suelo, rompiendo la pantalla. Sin darle importancia al celular, corrió hacia Judith, la abrazó con fuerza y le dijo, con una mezcla de emoción y lágrimas:

—¡Tu papá ha despertado, hija! ¡Quiere vernos! Judith, igualmente emocionada, abrazó a su madre y respondió:

—¡Vamos enseguida, mamá! Le aviso a Carlos para que esté pendiente por si necesitamos algo. Ambas se dirigieron rápidamente a sus habitaciones para arreglarse. Judith fue al cuarto de Carlos para contarle la noticia antes de prepararse, y él le ofreció su apoyo para cualquier cosa que necesitaran. Luego, se duchó, se cambió y, junto a su madre, se dirigieron a la clínica.

Cuando llegaron, encontraron que Pedro estaba siendo trasladado a una habitación. Una vez

que el personal médico terminó de acomodarlo, una enfermera les informó que ya podían pasar a verlo. Al entrar, Pedro, con lágrimas en los ojos, miró a Judith y, con voz emocionada, le dijo:

—Hija, estás aquí... ven, acércate. Déjame darte un abrazo y un beso en la frente, como siempre lo hacía cuando eras niña.

Judith, conmovida, se acercó a su padre y lo abrazó, susurrándole al oído:

—Papá, perdóname. No me dejaste otra opción... sabes que te lo dije muchas veces, yo quiero y amo a Carlos.

Pedro, sin tocar el tema, le respondió con una sonrisa suave:

—Hija, no hablemos de eso ahora. Solo dime, ¿estás bien? ¿No te ha faltado nada? Sabes que puedes contar con tu padre.

—No, papá, estoy bien. Muy feliz, de hecho. Estoy trabajando como asesora en una multinacional, pero seguro ya lo sabías.

Pedro sonrió y luego preguntó:

—¿Y él? ¿Dónde está?

Judith suspiró, incómoda, y respondió:

—Papá, ¿por qué quieres saber de él? Carlos está bien, pero hablemos de ti. ¿Cómo te sientes?

Pedro suspiró profundamente y contestó:

—Me siento bastante bien, hija, aunque algo cansado, y no puedo mover la pierna izquierda... se siente pesada.

—Papá, ya le preguntaremos al médico para que nos explique exactamente qué tienes y cuándo

podrás salir —le dijo Judith, preocupada.

Pedro, mirándola con una súplica en los ojos, le pidió:

—Hija, ¿me harías un favor?

—Claro, papá, dime —respondió Judith.

—Dile a Carlos que venga. Quiero verlo y hablar con él.

Judith lo miró sorprendida y le dijo:

—Papá, no estás en condiciones de incomodarte.

Necesitas reposo para recuperarte lo antes posible.

Pero Pedro insistió, con un tono suave pero firme:

—Por favor, hija... necesito hablar con él.

Judith asintió, aunque algo inquieta.

—Está bien, papá. Ahora mismo lo llamó para decirle que venga.

—Cuando él llegue, quiero que tú y tu mamá nos dejen solos —agregó Pedro.

Judith abrió la boca:

—Pero papá...

—Nada, necesito hablar con él a solas. Dijo Pedro Judith, a regañadientes, salió de la habitación. Su madre, al verla con el rostro desencajado, le preguntó:

—¿Le pasa algo a tu papá?

—No, mamá, pero mira lo que me ha pedido: que busque a Carlos y lo traiga. Quiere hablar con él a solas —comentó Judith.

—Si él te lo pide, hazlo. Llámalo. Nosotras nos quedamos aquí afuera, muy pendientes, por si tu papá intenta algo —respondió Josefina.

Judith tomó su teléfono y llamó a Carlos para decirle que viniera a la clínica a recogerla, ya que no quería irse sola. Aunque sorprendido, Carlos le respondió:

—Claro, mi amor, en unos veinte o veinticinco minutos estoy allá.

—Mi amor, cuando llegues, sube hasta el piso cuatro, habitación diecinueve. Yo estaré pendiente en la puerta.

—Ok, mi amor.

Al terminar de hablar, Josefina, quien había escuchado toda la conversación, le dijo:

—¿Por qué no le dijiste que tu papá quiere hablar con él?

—No, mamá. Prefiero decírselo cuando llegue.

—Tú sabrás lo que haces.

Al rato, llegó Carlos. Judith, al verlo, se acercó, lo saludó afectuosamente y le dijo:

—Mi amor, mi papá quiere hablar contigo y nos pidió el favor de que los dejáramos solos. ¿Tú qué dices?

Carlos, con una sonrisa calmada, respondió:

—Mi amor, al mal tiempo buena cara —le dio un beso y, tras saludar a Josefina, entró en la habitación. Al verlo, Pedro cambió su expresión de serenidad a incomodidad, pero, reponiéndose, le devolvió el saludo y, sin rodeos, le dijo:

—Rueda esa silla y siéntate aquí a mi lado. No creas que he perdonado los días de tristeza, rabia y hasta dolor que he sentido por tu culpa. Pero si quieres que te perdone, debes hacerme un favor

muy especial, algo que necesito sin que se lo comenten a Judith o a Josefina.

Carlos, sorprendido, le respondió con respeto:

—Diga usted, señor Pedro. Si está a mi alcance, con mucho gusto.

—Claro que sí. Acércate aún más; no quiero que nadie escuche, y sé que Judith y Josefina están detrás de la puerta, tratando de escuchar lo que te voy a decir.

Carlos se acercó más a la cama y dijo:

—Lo escucho, señor Pedro.

—Lo que hiciste en mi casa no me gustó nada. Ahora necesito tu colaboración para que te traslades, en compañía de uno de mis guardaespaldas, a Santa Marta y busques al hombre que te consiguió las culebras.

—Disculpe, señor Pedro, lo que le voy a decir. Si es para vengarse del señor, prefiero que usted siga bravo conmigo.

—¿Cómo se te ocurre? No es para eso. Lo necesito porque quiero hacer algo parecido a lo que tú hiciste, pero a mi manera. Te lo prometo.

—Siendo así, no tengo ningún inconveniente en ir hasta el corregimiento de Bonda, donde vive el señor Sebastián, y presentarlo al guardaespaldas para que hable con él.

—Quiero que mi guardaespaldas sepa la dirección para que, cuando le diga, vaya a buscarlas. Pero quiero que tú hables con el señor... ¿cómo es que se llama?

—Sebastián.

—Ese mismo. Le dices que te consiga dos cascales para dentro de dos días. Yo te voy a dar algo de dinero, no solo para que las tenga listas, sino también para cubrir lo que cobre por acompañar a mi guardaespaldas hasta el sitio que le voy a indicar. Arréglame todo eso y no te preocupes por lo que cobre.

—No sé si el señor Sebastián lo haga él mismo, pero tiene un asistente que sé que lo hace.

—A mí no me importa si es él o su asistente; lo importante es que estén listas dentro de dos días y que uno de ellos las lleve al sitio que les indicaré.

—Está bien, señor Pedro. Según usted, ¿debo salir ahora mismo para Santa Marta?

—Sí, te vas con Emilio. Ya lo debes conocer; está en el carro.

—¿Usted se va a quedar solo aquí?

—No, aquí están Ernesto, Wilfrido y José.

—Ah, reforzó la vigilancia.

—Sí, pero sal ya y recuerda no decirle nada a Judith ni a Josefina. Tú verás qué inventas, pero sal ahora mismo.

Carlos se despidió, y al salir, Judith y Josefina le preguntaron qué le había dicho Pedro.

—Quedé en buenos términos con el señor Pedro, pero ahora debo salir hacia Santa Marta.

Judith, acercándose y tomándolo de las manos, le preguntó:

—¿Qué pasó, mi amor?

—Nada, solo voy a aprovechar que el señor Pe-

dro envía a Emilio a Santa Marta para ir a visitar a mis padres.

Después de despedirse de Judith y de su suegra, Carlos se dirigió con Emilio hacia el apartamento, donde recogió su maletín con sus utensilios personales y una muda de ropa. Luego, fue al carro, donde Emilio lo estaba esperando para partir directamente a la ciudad de Santa Marta. Durante el camino, Emilio le preguntó:

—¿A usted no le da miedo las culebras?

Carlos respondió con sinceridad:

—Yo les tengo pavor.

Emilio comentó con cierto nerviosismo:

—Espero que don Pedro no me envíe a mí a recogerlas y llevarlas al sitio indicado por él.

Carlos trató de tranquilizarlo:

—No te preocupes. El señor Sebastián tiene un asistente que se encargará de llevarlas y soltarlas.

Emilio, aliviado, exclamó:

—¡Qué bien!

Al llegar a Santa Marta, Carlos le dijo:

—Llévame primero a la casa de mis padres para saludarlos, entregarles algo y después seguimos para Bonda. Emilio asintió y lo llevó hasta allí. Al llegar, Carlos sorprendió a su madre, pues su padre se encontraba trabajando. Después de saludarla y preguntarle por su hermana Gertrudis, su cuñado y sus sobrinos, Carlos le dijo:

—¿Hasta cuándo va a seguir trabajando mi papá?

Él no necesita hacerlo, pues cuentan con todos nosotros.

Ruperta, suspirando, respondió:

—Tú sabes lo terco que es tu papá. Por ahí estuvo el señor Armenta preguntando si le vendía el burro y él dijo que no. ¿Por qué no hablas con él y venden todo, el carro incluido? Aprovechas y lo invitas para que vayamos juntos a visitar a Yuli y conocer su apartamento. Tengo unas ganas de ir, pero no me atrevo a dejar a tu papá solo.

—No te preocupes, mamá. Voy a tratar de quedarme uno o dos días aquí para hablar bien con él y tratar de convencerlo, ahora te dejo que me están esperando afuera, voy a hacer un favor al señor Pedro.

—¿Te reconciliaste con tu suegro? —preguntó Ruperta.

—Así parece, mamá. Después te cuento. Adiós —respondió Carlos.

Carlos tomó sus cosas y se dirigió de vuelta al carro donde Emilio lo esperaba. Durante el trayecto hacia Bonda, Emilio le comentó:

—Se nota que tienes una buena relación con tu familia, Carlos. No todos tienen esa suerte.

Carlos, mirando por la ventana, le respondió con un tono nostálgico:

—Sí, Emilio, la familia es lo más importante para mí. Aunque a veces no los vea tanto como quisiera, trato de estar ahí para ellos.

Emilio asintió, y el resto del camino transcurrió en silencio mientras ambos se concentraban en la misión que les esperaba en Bonda, conscientes de la extraña encomienda de don Pedro y del

respeto que debían mantener frente a su encargo. Al llegar al corregimiento de Bonda, buscaron la casa del señor Sebastián. Al tocar la puerta, les abrió la señora Vicia, quien, al verlo y saludarlo, dijo:

—Sebastián no está en este momento. Está actualmente en Las Palmitas y no regresa sino en las horas de la tarde.

—Señora, ¿pero sí regresa? —preguntó Carlos.

—Sí, él nunca se queda allá.

—Dígale que estuve aquí, ¿será que él me puede atender cuando regrese? ¿Llegará cansado?

—No te preocupes, si viene, él te atiende.

Carlos regresó al carro, donde Emilio le preguntó:

—¿Y el señor no está?

—No, pero vamos a visitar allí más adelante al señor Manuel, que él también las coge —respondió Carlos.

—Vamos, no perdamos tiempo, que don Pedro me acaba de hablar por radio preguntándome si ya habías terminado la encomienda y yo le dije que precisamente tú estabas hablando.

—Vamos, no perdamos tiempo.

Bajaron por la calle, y dos cuadras más adelante doblaron a mano izquierda; en la siguiente cuadra doblaron a mano derecha y, al fondo, estaba la casa del señor Manuel. Carlos se bajó del carro y, justo cuando iba a tocar la puerta, una señora le dijo:

—Ahí no hay nadie.

—Señora, ¿y usted no sabe dónde estará el señor Manuel? —preguntó Carlos.

—Joven, ¿usted no sabe?

—¿Saber qué?

—Él murió hace dos semanas.

—No lo sabía, qué pena... Hasta luego —respondió Carlos.

Emilio, al ver a Carlos todo preocupado, le preguntó:

—¿Qué pasó?

—El señor Manuel murió. Nos toca volver a la tardecita donde el señor Sebastián —contestó Carlos.

—Después que sea seguro, no hay problema. Ya le aviso a don Pedro.

De regreso, se detuvieron un rato en la esquina del movimiento, donde el popular José. Allí, se tomaron cada uno un par de cervezas bien frías, mientras conversaban un rato.

Así transcurrieron las horas, ambos rieron un poco y siguieron charlando mientras terminaban sus cervezas. Finalmente, después de un rato, pagaron la cuenta y se dirigieron de vuelta hacia la casa de Sebastián, con la esperanza de encontrarlo allí al caer la tarde y poder resolver el encargo de don Pedro.

Carlos llegó a la casa del señor Sebastián y, justo cuando iba a llamar, el burro rebuznó. Al escucharlo, se quedó quieto observando al animal hasta que Sebastián lo sorprendió diciendo:

—Hola, ¿me estabas buscando? ¿En qué te puedo ayudar? Y dime, ¿cómo te fue con el trabajo anterior?

Carlos respondió:

—Muy bien, estoy casado con ella y precisamente estoy aquí por encargo del papá de ella.

Sebastián, sonriendo un poco, le preguntó:

—¿Por qué no le dices suegro, si ya estás casado con su hija? Y además, me dices que estás aquí por encargo de él.

—Así es, señor Sebastián. Deseo que me consiga dos “niñitas” más de esas de cascabel —contestó Carlos.

Sebastián lo miró fijamente y dijo:

—Veo que, a pesar de que les tienes miedo, te gustan mis “niñas”. ¿Para cuándo las quieres?

—Si es posible, para hoy mismo. No puedo volver a Barranquilla hasta tenerlas en mis manos —dijo Carlos.

Sebastián respondió:

—De casualidad, tengo dos en “Canta Rana” a las que les iba a extraer el veneno. Si quieres, podemos ir hasta allá, queda cerca, y te las llevas hoy mismo.

Carlos explicó:

—Señor Sebastián, no solo son ellas, sino también su auxiliar, para que él sea el encargado de llevarlas y soltarlas. Usted dirá si se puede y cuánto cobra.

Sebastián replicó:

—Lo mismo que la vez pasada.

Carlos respondió:

—Le vamos a dar cien pesos, con tal de que sea para hoy mismo, y además, por agradecimiento, le voy a regalar una botella de ron centenario.

Sebastián aceptó:

—Gracias, hijo. Por mí no hay inconveniente. Dime a qué hora vienes y lo tengo todo listo.

Carlos se despidió y, al subir al carro, le contó a Emilio lo sucedido. Emilio, a su vez, se comunicó por radio con el señor Pedro, quien, al enterarse de la rapidez del encargo, se puso contento y pidió hablar con Carlos. Al recibir la llamada, Pedro le dijo:

—¡Oye! No pensé que todo fuera tan rápido. ¿Estás cerca de la casa del señor o ya están en carretera?

Carlos respondió:

—No, señor, estoy aquí enfrente.

Pedro le indicó:

—Acércate y dile que estarás recogiénolas mañana a las nueve y entregándolas a Wilmer, quien se encargará de llevarlas al lugar. ¿Queda claro? Gracias, nos vemos aquí mañana en la tarde.

Después, Pedro llamó a Wilmer para darle las indicaciones: dónde debía ir, con quién hablar para que le permitieran entrar en la casa de su socio, ubicada cerca de Tigrera, y realizar el encargo en la tarde, cuando el capataz sería el único en la casa y podría llevarlo al cuarto del socio para dejar el “encarguito”. Wilmer, tras recibir la información, respondió:

—Ok, jefe, no se preocupe. Esta misma tarde le estaré informando del operativo.

Pedro terminó la llamada, satisfecho y con una sonrisa maliciosa, deleitándose en su plan. Su

hija, al verlo, le preguntó:

—¿Qué te sucede, papá? Te veo muy contento, ¿te fue bien en algún negocio?

Pedro, sin revelar detalles, le respondió:

—Mejor que eso, pero no te puedo contar nada.

Judith se acercó a su padre con una sonrisa y le dijo:

—Está bien, papá, pero me alegro de verte tan contento y que hayas tratado de hacer las paces con Carlos. No sabes la alegría que siento al poder tenerlos a ambos a mi lado.

Pedro, emocionado, la miró y respondió:

—No sigas, hija, ¿quieres hacerme llorar? Tú sabes que te quiero mucho y que desde que naciste has sido la niña de mis ojos. Todo lo que hago es para tu bien.

Judith, al escuchar a su padre, se entristeció un poco, pero reponiéndose, se acercó a la cama, le dio un beso en la frente y dijo:

—Papá, nos vemos luego.

La señora Josefina hizo lo mismo antes de salir de la habitación.

Más tarde, ya en el apartamento y en compañía de su madre, Judith llamó a Carlos para preguntarle cómo había transcurrido su día y cómo estaban sus padres.

—Muy bien —respondió Carlos, contento al oír su voz—. Mis padres también están bien. Justamente estoy aquí con ellos, tratando de convencer a mi papá de que deje de trabajar, venda el carrito de mula y se venga con nosotros a vivir un

tiempo en Girardot.

Judith respondió con entusiasmo:

—¡Qué bien! Salúdalos de mi parte. Diles que los quiero mucho y que deseo de todo corazón que estén con nosotros.

Carlos sonrió y concluyó:

—Mi amor, hablamos luego. No quiero perder este momento, y mi papá podría aprovechar que estoy hablando contigo para ir a su cuarto.

Judith, comprensiva, respondió:

—Besos, mi amor. Hablamos.

Después de hablar un buen rato con su padre, Carlos logró convencerlo de vender el carro y el burro. Sin embargo, el señor Antonio dijo: —Acepto, pero dame una semana para pensarlo bien y negociarlo.

Carlos, recordando al señor Armenta, respondió:

—Papá, ¿por qué no aprovechas que el señor Armenta quiere comprárselo? Si quieres, voy ahora mismo a su casa y le digo que usted se lo va a vender.

Antonio se quedó un rato pensando. Luego, mirándolo con un tono fuerte y seguro, dijo:

—Está bien, habla con él, y si me da lo que pido, se lo vendo.

—¿Cuánto pide usted, papá? —preguntó Carlos.

—Ciento cincuenta pesos por el animal y cien pesos por el carro —respondió Antonio.

—Okey, papá. Te dejo. Voy a ir a la casa del señor Armenta, no sea que de aquí a mañana te arrepientas —dijo Carlos, sonriendo.

Antonio soltó una fuerte risa y comentó:

—¡Haz lo que tú quieras!

Carlos salió de inmediato hacia la casa del señor Armenta. Al llegar, lo encontró sentado en una mecedora en el patio, debajo de un palo de mango. Después de saludarlo, Carlos fue directo al punto: —Señor Armenta, vengo de parte de mi papá para preguntarle si usted todavía desea comprarle el carro de mula.

Armenta respondió con entusiasmo:

—¡Claro que sí! ¿Sabes cuánto pide?

—Sí, señor. Doscientos cincuenta pesos —dijo Carlos.

El señor Armenta frunció el ceño y respondió:

—No tengo esa plata completa ahora. Sé que los vale, pero solo tengo doscientos pesos. Si tu papá acepta, yo le pago el resto después.

Carlos, pensando rápido, propuso:

—Hagamos algo, señor Armenta. Yo le presto cincuenta pesos, y usted me los paga cuando los tenga. Pero quiero pedirle un favor: vayamos ahora mismo a la casa para que usted lo negocie con mi papá.

—¿Por qué tanta prisa, hijo? Podemos hacerlo mañana, y te agradezco tu confianza al prestarme los cincuenta pesos —dijo Armenta.

Carlos insistió:

—Usted conoce a mi papá y sabe cómo es. Hoy me dijo que sí, pero mañana podría decir que no. Quiero, al igual que mis hermanas, llevarnos a mi papá a vivir un tiempo con nosotros en Girardot.

Armenta, entendiendo la urgencia, se levantó diciendo:

—Siendo así, no perdamos tiempo. Espérame mientras recojo la plata.

Al llegar a la casa en compañía del señor Armenta, Carlos llamó a su padre. El señor Antonio, al verlos, se sorprendió y dijo:

—¿Y ese milagro? ¿Tú por aquí, Armenta? ¿Qué se te ofrece?

Armenta, mirándolo fijamente, respondió:

—Vengo a negociar contigo el carro y el burro.

Antonio asintió y preguntó:

—¿Ya te dijo Carlos cuál es el precio? ¿Estás dispuesto a pagarlo?

Armenta extendió su mano con el dinero en ella y contestó:

—Sí, y aquí está la plata.

Antonio, sorprendido, comentó:

—Me sorprendes, pero palabra es palabra y negocio es negocio. ¡Trato hecho!

Armenta añadió:

—Mañana muy temprano vengo por él.

Carlos, mirando a Armenta, interrumpió:

—¿Y no se lo puede llevar hoy mismo?

Armenta negó con la cabeza y respondió con firmeza:

—No, hijo, pero algo sí te digo: conozco muy bien a tu padre, y es un hombre de palabra. No tengas miedo de que se arrepienta. Confía en él.

Carlos, un poco avergonzado, agachó la cabeza y se retiró de la sala, dejándolos a los dos solos.

Al día siguiente, el señor Armenta llegó muy tem-

prano a la casa del señor Antonio para recoger el carro y el burro. Antonio, al verlo y sin dejarlo saludar, le dijo:

—Menos mal viniste temprano. Te soy sincero, estoy arrepentido de haberlo vendido. Mira, aquí está tu plata completa por si quieres deshacer el negocio.

Armenta, mirándolo fijamente, le respondió:

—Compadre, usted sabe que somos hombres de palabra. Yo he venido a recogerlo como quedamos ayer.

—Está bien, compadre. Nosotros, más que compañeros de labores, hemos sido siempre amigos. Recógelo y llévatelo, lo mismo que el saco de paja, yucas y guineos que están en esa caja; a él le gusta bastante. Ahora te dejo —dijo Antonio con voz entrecortada—, no quiero ver cuando se va.

Armenta recogió todo lo que Antonio le indicó, lo montó en el carro y partió con el burro. Antonio, al verlo partir, no pudo contenerse, y unas gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Carlos, al levantarse y mirar por la ventana, notó que no estaba el carro de mula. Contento, salió de su cuarto y se dirigió a la cocina, donde sabía que encontraría a sus padres. Después de saludarlos y aceptar el tinto que su mamá le ofreció, se sentó al lado de su padre y le dijo:

—Espero que ahora sí se vayan conmigo. Yuli nos está esperando; allá tienen ustedes un cuarto bien cómodo, con una vista hermosa hacia la población.

Su papá, mirando a la señora Ruperta, le respondió:
—Déjame hablar con tu madre y, en el transcurso del día, te daré la respuesta.

Carlos, con una sonrisa, miró a su mamá y añadió:
—Está bien, papá, pero desde ya voy a llamar a Yuli para decirle que usted viaja conmigo.

Carlos, después de desayunar, llamó a Emilio para ir a recoger la encomienda donde el señor Sebastián. Al llegar, el señor los estaba esperando. Al saludarlos, les dijo:

—Aquí están las niñas, pero hay un inconveniente. José no está, así que me tocaría ir a mí. No sé si ustedes quieren llevarlas.

Carlos, mirando a Emilio, le preguntó:

—¿Y tú qué opinas? Por mí no hay inconveniente.

—Amarre bien el saco —respondió Emilio.

Sebastián, además de amarrar bien el saco, lo metió en una caja de cartón para mayor seguridad. Tras despedirse de Sebastián, Carlos y Emilio salieron rumbo a Tigrera para entregar la encomienda al capataz, quien debía guardarlas en el cuarto de Jairo, un ex socio del señor Pedro.

Al llegar, el capataz les dijo:

—¡Menos mal que llegaron temprano! Mi patrón no tarda en llegar.

Emilio, bajando la caja, le dijo:

—Aquí están, pero yo no las pongo. Póngalas ustedes mismos.

—Vengan, los llevo hasta el cuarto —respondió el capataz.

Emilio, recogiendo las culebras con cuidado, si-

guió al capataz. Al abrir la puerta y entrar, levantaron las sábanas de la cama. Emilio colocó las culebras rápidamente, las tapó con las sábanas y salió del cuarto. Luego se despidieron del capataz, subieron al vehículo y partieron.

Al avanzar unas cuadras, se encontraron con Jairo. Emilio, al verlo, tomó el radio y se comunicó con Pedro:

—Misión cumplida. El animal está llegando a la trampa.

Pedro, emocionado, respondió:

—¡Excelente! No se muevan de los alrededores, esperen a ver qué pasa. Él tiene por costumbre entrar directamente a su cuarto.

Emilio se devolvió y estacionaron en una tienda diagonal a la casa de Jairo. No habían pasado ni 30 minutos cuando oyeron gritos y vieron un carro salir a toda velocidad.

Carlos se acercó a un hombre que corría, visiblemente asustado, y le preguntó:

—¿Qué está sucediendo?

El hombre, con la voz entrecortada, respondió:

—A mi patrón le acaba de picar una serpiente y lo llevan muy mal al hospital. No creo que aguante.

Jairo, al entrar a su cuarto, no notó que una de las serpientes se había bajado de la cama. En un instante, sintió la mordida en su pierna. Desesperado, se sentó en la cama, sacó su pistola y disparó, matando a la serpiente. Sin embargo, con tan mala suerte que la otra serpiente, que seguía en la cama, lo mordió también en el brazo.

El disparo alertó a sus colaboradores, quienes corrieron hacia el cuarto para ver qué ocurría. Al entrar, encontraron a su patrón tirado en el piso, con una serpiente muerta a un lado y la otra enroscada sobre la cama, lista para atacar.

Uno de ellos, sin dudarlo, sacó su revólver y disparó, acabando con la segunda serpiente. Acto seguido, recogieron a Jairo, lo subieron rápidamente a la camioneta y partieron a toda velocidad rumbo al hospital.

Jairo murió antes de llegar al hospital. Sus guardaespaldas, al darse cuenta de que no había más que hacer, decidieron llamar al médico de confianza para que examinara el cuerpo y expidiera el certificado de defunción.

Tras realizar los trámites necesarios en compañía del médico, los guardaespaldas contactaron a los familiares para darles la fatal noticia. La esposa de Jairo, Edelmira, al enterarse, llamó de inmediato a su hijo mayor, Omar, quien se encontraba en Bucaramanga.

—Hijo, necesito que regreses cuanto antes —le dijo, con la voz quebrada por el dolor—. Tu papá ha fallecido y quiero que te pongas al frente de todo. Omar, conmovido por la noticia, respondió de inmediato:

—Mamá, no te preocupes. Salgo para allá enseguida.

—Ok, hijo. Te esperamos. Que tengas un buen viaje —respondió Edelmira, antes de colgar la llamada.

Después de hablar con su hijo, Edelmira salió rumbo a la clínica del médico amigo para coordinar los preparativos del funeral y asegurarse de que todo estuviera en orden.

Emilio y Carlos, al escuchar lo sucedido con Jairo, decidieron quedarse un rato más en la tienda esperando más noticias. No había pasado ni una hora cuando el capataz llegó apresuradamente para informarles sobre la muerte de Jairo.

Emilio, al escuchar la noticia, tomó el radio y se comunicó con Pedro:

—Don Pedro, misión cumplida. Jairo ha muerto. Pedro, al escuchar esto, dio un salto desde la cama donde estaba recostado, casi cayéndose al suelo. No le importó que la aguja del suero que le estaban suministrando se desprendiera. Como todo traqueteo, levantó las manos al cielo y exclamó:

—¡Gracias a Dios! Todo salió como lo planeé. Luego, recordando a Carlos, murmuró para sí mismo:

—Ahora me toca cumplirle la palabra a ese imbécil... Pero bueno, que todo sea por la felicidad de mi hija y la paz en el hogar.

Luego, Pedro llamó a su guardaespaldas y le informó lo sucedido:

—Ya no hay enemigos, todo está resuelto. Avísale al equipo que pueden retirarse.

Después, hizo lo mismo con su contacto en el DAS y con el jefe de la policía local:

—Gracias por el apoyo, señores. Ya no necesito el servicio de seguridad en el hospital.

Ambos le desearon pronta recuperación y muchos éxitos.

Al colgar, Pedro llamó a la enfermera:

—Por favor, dígle al médico que necesito hablar con él.

La enfermera asintió y, al rato, el médico entró en la habitación. Pedro, sin esperar, le dijo:

—Doctor, me siento bien y quiero irme a mi casa. Si hace falta, contrataré a alguien para que me cuide.

El médico, tras examinar a Pedro y revisar su historial, confirmó que estaba recuperado.

—Está bien, don Pedro. Le daré el alta. Pero recuerde, debe seguir las indicaciones médicas al pie de la letra.

Pedro sonrió y asintió:

—Gracias, doctor. No se preocupe, lo haré.

Pedro, tras conversar con el médico, tomó el teléfono y llamó a la señora Josefina para darle la buena noticia:

—Josefina, ya me dieron de alta. Estoy saliendo para el apartamento.

Josefina, al escucharlo, se llenó de alegría y rápidamente le transmitió la noticia a Judith, quien no pudo contener su emoción. Se acercó a su madre, la abrazó y con una sonrisa dijo:

—¡Qué felicidad, mamá!

Mientras tanto, Carlos, después de cumplir su misión, pidió a Emilio que lo llevara a su casa. Al llegar, se sentó en el sofá de la sala junto a sus padres para conversar sobre el viaje a Girardot.

Su padre, Antonio, comentó:

—Hijo, yo quisiera ir, como dices, pero ¿a quién dejamos encargado de la casa? Sabes que no puede estar sola.

Carlos respondió con confianza:

—No te preocupes, papá. Gertrudis habló con mi tío Carlos, y él vendrá a cuidarla en cuanto le avisemos.

Antonio, más tranquilo, asintió:

—Siendo así, hijo, no hay problema. Si quieres, mañana mismo nos vamos.

Carlos, animado, tomó el teléfono y llamó a su hermana Yuli para contarle la noticia.

—Yuli, viajaremos en dos días.

Yuli, emocionada, respondió:

—¡Qué alegría! Pásame a mi papá, quiero hablar con él.

Carlos le pasó el teléfono a Antonio, quien recibió con alegría las palabras de su hija:

—Papá, estoy muy contenta. Te quiero mucho y no veo la hora de que llegues. Dale un beso a mamá de mi parte y dile que la extraño.

Antonio, al terminar la llamada, entregó el teléfono a Carlos con una sonrisa:

—Me imagino que estás contento. ¿Ya le avisaste a Judith?

Carlos negó con la cabeza:

—No, papá, pero lo haré más tarde. Primero voy a hablar con Gertrudis para coordinar todo con mi tío.

Antonio asintió:

—Está bien, hijo. Hablamos luego.

Después de hablar con Gertrudis, Carlos llamó a Judith para compartir la noticia. Antes de que pudiera decir algo, Judith lo interrumpió emocionada:

—¡No sabes cuánto me alegra escucharte! Mi papá ya salió de la clínica y está en el apartamento. Perdóname, mi amor. ¿Cómo estás? ¿Y tus papás?

Carlos respondió:

—Todo está bien. Te cuento que mis padres aceptaron irse conmigo a vivir un tiempo en el apartamento. Yuli está feliz con la noticia. Mi amor, ahora que tu padre ya está en casa, ¿podemos viajar en dos días?

Judith, pensativa, respondió:

—No veo ningún problema. Ahora mismo hablo con mis padres. ¿Tú vendrás con ellos a Barranquilla o prefieres que yo vaya a Santa Marta y de ahí viajemos juntos a Bogotá?

Carlos respondió:

—Como tú prefieras, amor. Solo procura darme la respuesta hoy mismo.

Carlos, tras asegurarse de dejar todo en orden en la casa para que sus padres no tuvieran preocupaciones, dedicó un tiempo a conversar con su hermana Gertrudis. Le pidió que cuidara bien la casa durante su ausencia, detallándole algunas instrucciones. Con todo preparado, la tranquilidad lo acompañaba mientras terminaba la tarde. A las siete de la noche, recibió la llamada de Ju-

dith, quien le manifestó su decisión de ir a Santa Marta.

—Carlos, he decidido viajar a Santa Marta. Quiero recoger algunas cosas en mi casa porque mi papá me dijo que está pensando venderla. Ya tiene un comprador, y lo mismo con la finca. Él quiere establecerse aquí en Barranquilla. Además, me ofreció regalarme la compraventa de Santa Marta. Él se quedará con la de Barranquilla.

Carlos, sorprendido, le preguntó:

—Mi amor, ¿y tú qué le dijiste?

Judith respondió con decisión:

—Le dije que sí.

Carlos reflexionó un momento antes de preguntar:

—¿Piensas venirte a vivir a Santa Marta o vas a nombrar un administrador?

Judith respondió con sinceridad:

—De eso quiero hablar contigo cuando llegue a la ciudad. Además, Reinaldo me ofreció un puesto en la gobernación como asesora jurídica.

Carlos, al notar que la conversación tomaba un tono serio y necesitaba tiempo, le dijo:

—Mi amor, te tengo que dejar. Hablamos más tarde o mañana cuando llegues. Te quiero mucho.

Judith sonrió al otro lado del teléfono y respondió:

—Lo mismo digo, amor. Nos vemos pronto.

Con esa llamada, Carlos se sintió más tranquilo pero ansioso por lo que la visita de Judith y las decisiones pendientes traerían consigo.

Carlos, tras recibir la llamada de Alberto, reflexionó sobre la propuesta de su amigo. Aunque estaba

agradecido por la oportunidad, prefería no tomar decisiones apresuradas hasta hablar con Judith y aclarar su futuro inmediato. Sabía que cualquier paso debía alinearse con los planes conjuntos que estaban construyendo.

Mientras tanto, Pedro, en Barranquilla, avanzaba con sus decisiones estratégicas. La negociación de la finca y la casa de Santa Marta se concretó con uno de sus antiguos socios, acordando la entrega en cuanto pudiera viajar a la ciudad. Con esa transacción lista, Pedro se sintió aliviado y compartió la noticia con su esposa e hija.

—Ya está todo listo —anunció Pedro con entusiasmo—. He decidido quedarme en Barranquilla y hacerme cargo de la compra venta de aquí. La de Santa Marta te la entregué a ti, Judith. Además, te voy a dar veinte millones para que compres tu casa y montes tu consultorio.

Judith, sorprendida y emocionada, abrazó con fuerza a su padre.

—Gracias, papá. No sabes cuánto significa esto para mí.

Pedro sonrió, satisfecho de poder apoyar a su hija en sus aspiraciones, mientras que Judith comenzaba a visualizar el siguiente paso en su vida profesional y personal. La idea de tener su propio consultorio y establecerse definitivamente en Barranquilla le llenaba de ilusión, aunque sabía que aún quedaba mucho por planear.

Judith, inquieta y llena de pensamientos, decidió no decirle nada a Carlos sobre la decisión de su

padre y los planes que se avecinaban hasta que estuviera en Santa Marta. Esa noche, sus pensamientos giraron en torno a cómo utilizaría el dinero que su padre le había dado y dónde podría establecerse para vivir en paz, rodeada de amor y estabilidad.

Mientras tanto, Carlos comenzó su día temprano, lleno de energía y determinación. Se dirigió a las oficinas de Avianca, donde compró los tiquetes de ida hacia Bogotá para cuatro personas. Al terminar, se encaminó a la oficina de Alberto para conocer más detalles del proyecto que este le había ofrecido.

Al revisar los planes y escuchar sobre el sueldo, Carlos no pudo evitar emocionarse. Sin consultar con Judith y sin darle demasiadas vueltas, aceptó la oferta en el momento.

Al salir de la oficina de Alberto, consideró llamar a Judith, pero fue interrumpido por una llamada de su hermana Yuli.

—Carlos, ¿ya tienes los tiquetes? ¿Necesitas algo de dinero?

Carlos, agradecido, le respondió:

—Ya los compré, Yuli, y por ahora no necesito nada. Gracias.

—Okey, hermano. Hablamos luego.

Sin colgar por mucho tiempo, Carlos recibió una segunda llamada, esta vez de Reinaldo.

—Carlos, te llamo para ofrecerte la gerencia de Empomarta. Yo tengo que irme en menos de quince días a ocupar mi nuevo puesto en el Senado, y necesito alguien de confianza que pueda tomar las riendas.

Sorprendido, pero curioso, Carlos le preguntó:

—¿Dónde estás? ¿Podemos vernos?

Reinaldo, directo, le respondió:

—Vente enseguida. Estoy en la oficina. Te espero.

Con nuevas oportunidades y decisiones importantes frente a él, Carlos sintió que el destino estaba acelerando los cambios en su vida. Su siguiente paso sería decisivo, tanto para su carrera como para su relación con Judith.

Carlos, emocionado por las noticias, decidió llamar a Judith para compartir su entusiasmo.

—Hola, mi amor. Te cuento tres cosas muy importantes que me han pasado en el transcurso de la mañana.

Judith, curiosa y alegre por escuchar a Carlos, respondió:

—Dime, mi amor, te escucho.

—Primero, ya compré los tiquetes aéreos para viajar pasado mañana en el vuelo de las once de la mañana. Segundo, Alberto me ofreció un trabajo en la constructora donde labora, y el sueldo es muy bueno.

Carlos hizo una breve pausa, disfrutando el momento de revelar lo mejor:

—Pero la noticia bomba, mi negrita querida, es que Reinaldo me ofreció la gerencia de Empomarta. Él se va a trabajar al Senado.

Judith, al escuchar las noticias, no pudo evitar sentirse feliz por él.

—Mi amor, son excelentes noticias. Felicidades.

Yo también tengo algo que contarte, pero prefiero decírtelo en persona cuando llegue. Ya estamos cerca, estamos llegando a Ciénaga. Espero que me recojas en el terminal.

Carlos, siempre dispuesto a complacerla, contestó con entusiasmo:

—Con gusto, mi amor. Te recojo allá. Ahora te dejo porque voy a aprovechar este rato para hablar con Reinaldo, que me está esperando.

Judith sonrió al otro lado de la línea.

—Está bien, amor. Nos vemos pronto.

Ambos colgaron con una mezcla de alegría y expectativas, sabiendo que el reencuentro traería conversaciones importantes y planes para el futuro.

Carlos quedó paralizado un momento, inmerso en sus pensamientos. Reflexionaba sobre cómo había llegado a formar parte de tantas situaciones importantes, muchas de ellas motivadas por su deseo de ganarse la confianza y el respeto de su suegro. Su mente se llenó de inquietudes, como si mariposas negras revolotearan en su interior, desestabilizando su tranquilidad. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y fue entonces cuando recordó que Reinaldo lo estaba esperando.

Apresurándose, llegó a la oficina de Reinaldo, quien ya estaba a punto de irse.

—Por poco no me encuentras, Carlos. Entra y hablemos —dijo Reinaldo, señalándole una silla.

Al sentarse, Reinaldo fue directo al grano:

—Aquí tienes el puesto de gerente. El sueldo es de un millón quinientos mil pesos, más trescientos

tos mil de gastos de representación. Pero necesito que me des una respuesta ahora mismo; no puedo esperar más de una hora. Tú decides.

Carlos sintió el peso de la decisión. Recordó la propuesta de Alberto y cómo ambos planes podrían afectar su vida. Reflexionó rápidamente, dejando que sus pensamientos buscaran la mejor solución. Tras unos segundos, levantó la mirada y, con determinación, respondió:

—Acepto, siempre y cuando me des diez días a partir de hoy. Tengo que llevar a mis padres a Girardot, y ya tengo los tiquetes comprados.

Reinaldo, comprensivo, asintió:

—No te preocupes, Carlos. Te espero, pero no más de diez días.

Carlos agradeció el gesto, y ambos se levantaron para despedirse.

—Ahora discúlpame, tengo una reunión. Si puedes, nos vemos en la tarde y nos tomamos algo.

—De acuerdo, Reinaldo. Nos vemos más tarde

—respondió Carlos, dándole un firme apretón de manos antes de marcharse.

Mientras salía, Carlos sentía que acababa de dar un paso importante, aunque la mezcla de emociones y responsabilidades que se avecinaban no dejaba de rondar su mente.

Carlos salió de la oficina aún con los pensamientos revoloteando en su mente, pero al ver a su amigo José, todo pareció aligerarse. José, al notarlo, corrió hacia él y lo abrazó con entusiasmo.

—¡Bienvenido, doctor! ¿Qué lo trae por aquí? —

preguntó José, con una gran sonrisa.

Carlos le devolvió el gesto amistoso y respondió:

—José, amigo, ven, salgamos un momento.

Quiero contarte algo. Acompáñame a la cafetería y nos tomamos un tinto.

Sin pensarlo dos veces, ambos se dirigieron al lugar. Pidieron dos tintos y se sentaron en una mesa alejada de la entrada, buscando algo de privacidad.

—José, amigo, acabo de aceptar la gerencia de la empresa —dijo Carlos, rompiendo el silencio con una sonrisa contenida.

José, sorprendido y emocionado, no tardó en felicitarlo:

—¡Felicidades, Carlos! Esa es una gran noticia. Estoy seguro de que harás un excelente trabajo. ¿Cuándo te posesionas?

—En diez días —respondió Carlos, mientras daba un sorbo a su café. Luego, mirando su reloj, añadió—: Ahora tengo que dejarte, amigo. Debo ir a recoger a mi señora al terminal.

José lo miró y preguntó:

—¿Tienes carro, doc?

Carlos negó con la cabeza.

—No, José. Pero no te preocupes, puedo manejarlo.

José, con una sonrisa amable, respondió:

—Espérame aquí, voy a buscar un carro y te llevo.

Carlos asintió.

—Está bien, José. Te espero.

No solo llevó a Carlos al terminal, sino que, con la misma disposición, esperó a que recogiera a

Judith. Una vez que ella estuvo con ellos, José los acompañó hasta la casa, asegurándose de que ambos llegaran cómodos y seguros.

Carlos, agradecido, le dio unas palmadas en el hombro a su amigo.

—Gracias, José. De verdad, no sabes cuánto te lo agradezco.

—No hay de qué, Carlos. Sabes que siempre puedes contar conmigo —respondió José, antes de despedirse y dejar que la pareja disfrutara de su noche.

Durante el trayecto hacia la casa, Carlos y Judith permanecieron en silencio. Cada uno estaba inmerso en sus propios pensamientos, planeando cómo compartirían las noticias que tenían. Al llegar, Judith saludó cálidamente a sus suegros, quienes la recibieron con los brazos abiertos, felices de verla nuevamente. Después de un rato de charla, Judith subió al cuarto junto a Carlos.

Se sentaron en la cama, y Judith, con una mezcla de emoción y nervios, decidió abrir su corazón:

—Mi amor, tengo que contarte algo. Mi papá me dio la finca de Santa Marta, además de veinte millones de pesos para que pueda comprar mi propia casa y montar mi consultorio.

Carlos, sorprendido y emocionado, la abrazó con fuerza.

—Negrita, te felicito. De verdad, esto es una bendición para ti, para nosotros. Ahora escúchame tú a mí.

Carlos le relató todo lo sucedido durante la mañana: cómo había aceptado la gerencia de Em-

pomarta, los términos del acuerdo con Reinaldo y su entusiasmo por el proyecto que Alberto le había presentado.

Judith lo escuchaba con atención, y al terminar, le tomó la mano con firmeza, lo obligó a levantarse de la cama y, mirándolo a los ojos, le dio un beso apasionado, seguido de un abrazo tan fuerte que parecía querer unir sus almas aún más.

—Estoy feliz, mi amor. Dios ha premiado nuestro amor y nuestro esfuerzo.

Días después, llegó el momento del viaje a Bogotá. Carlos, sus padres y Judith abordaron el vuelo que los llevaría a la capital. En el aeropuerto, los esperaba Yuli, radiante de felicidad al ver a toda su familia reunida.

Cuando llegaron a Girardot, el ambiente cálido y familiar envolvió a todos. Los padres de Carlos, aunque un poco sorprendidos por el frío inicial del aeropuerto y la magnitud de la ciudad, no podían ocultar su alegría al ver a su hija. Los abrazos llenos de amor y risas resonaban en el lugar.

Yuli los llevó al apartamento en su vehículo, emocionada por tenerlos cerca. Al llegar, sus padres quedaron maravillados con la vista del lugar, donde la ciudad se mezclaba con las montañas en un paisaje digno de una postal.

—Esto es perfecto, Yuli. No podríamos haber pedido más —dijo la madre de Carlos, mientras observaba cada rincón del lugar.

Yuli, orgullosa y feliz, les mostró sus habitaciones, asegurándose de que estuvieran cómodos. Su felicidad era evidente: por fin tenía a sus padres, a su hermano y a Judith con ella, compartiendo ese espacio que ahora se sentía más lleno de amor que nunca.

Judith y Carlos decidieron apartarse un momento para hablar en privado sobre sus planes. Mientras caminaban por el balcón del apartamento con una vista impresionante de las montañas, conversaron sobre las oportunidades laborales que les esperaban en Santa Marta. Ambos sabían que aceptar esos puestos era un paso importante para sus carreras, pero también sentían el peso emocional de dejar a la familia ahora que estaban juntos.

—Mi amor, sé que regresar a Santa Marta es lo mejor para nosotros —dijo Judith con tono comprensivo—, pero me duele verlos tan felices y dejarlos aquí.

Carlos asintió, mirando hacia el horizonte.

—Lo sé, negrita. Por eso no les he dicho nada aún. Quiero encontrar el momento adecuado, especialmente para mis padres. Es su sueño estar cerca de Yuli, y no quiero romperles esa ilusión de golpe.

Ambos acordaron manejar la noticia con cuidado, esperando que sus familias entendieran que lo hacían por su futuro.

Al tercer día, después de disfrutar de la compañía de su familia, Carlos decidió que era el momento de hablar con Yuli. La encontró en la cocina

preparando café y, después de un momento de charla casual, comenzó a abordar el tema.

—Hermanita, necesito hablar contigo de algo importante —dijo Carlos, con un tono serio pero calmado.

Antes de que pudiera continuar, Judith entró apresuradamente en la cocina con el teléfono en mano.

—Mi amor, acabo de hablar con Reinaldo. Dice que debo estar en Santa Marta dentro de tres días si quiero aceptar el puesto en la alcaldía.

Carlos suspiró y miró a Yuli con una mezcla de culpa y determinación.

—Eso era justo lo que quería decirte, hermanita. Judith y yo tenemos que regresar a Santa Marta. He aceptado el puesto de gerente en Empomarta, y el compromiso nos llama.

Yuli lo miró sorprendida, dejando el café a un lado.

—¿Entonces ustedes se van y me dejan sola con mis padres? —preguntó, intentando ocultar la tristeza en su voz.

Carlos se acercó y tomó sus manos.

—Así es, Yuli. Pero prometo venir a verlos cada vez que pueda. No quiero que pienses que los estamos abandonando. Tú sabes que estas oportunidades son importantes para nosotros.

Yuli asintió, aunque con un nudo en la garganta.

—Está bien, hermano. Entiendo. Pero será difícil.

—Por favor, no les digas nada a mis padres to-

davía —agregó Carlos—. Yo mismo se los diré. Quiero manejarlo con cuidado.

Yuli lo abrazó, comprendiendo las razones de su hermano, aunque no podía evitar sentirse un poco sola ante la noticia.

Carlos y Judith se adaptaron rápidamente a sus nuevos roles y responsabilidades en la ciudad de Santa Marta. Judith, con su experiencia y dedicación, pronto se ganó el respeto de sus colegas en la alcaldía como asesora jurídica, mientras que Carlos, con su liderazgo y visión, comenzó a implementar mejoras significativas en la gestión del acueducto. Ambos se sentían realizados profesionalmente y comprometidos con su nueva vida juntos.

La compraventa, bajo la administración de Judith y con la ayuda de un encargado de confianza, prosperaba, atrayendo a nuevos clientes y generando ingresos estables. La cabaña de Don Diego, ubicada en un paraje tranquilo, se convirtió en un refugio para los fines de semana, donde podían desconectarse del estrés laboral y disfrutar de la compañía mutua.

Con los ahorros generados por sus nuevos trabajos y la venta de la cabaña, decidieron invertir en un apartamento recién construido a la orilla de la playa. Este lugar, con su espectacular vista al mar y su ambiente cálido, se transformó en su hogar soñado. Por las noches, se sentaban en el balcón, contemplando el atardecer y compartiendo sus sueños para el futuro.

Durante los primeros tres meses, todo parecía transcurrir en perfecta armonía. Ambos estaban

inmersos en sus respectivas labores, pero siempre encontraban tiempo para disfrutar de su vida en pareja. Las cenas románticas, las caminatas por la playa y los fines de semana en la cabaña se convirtieron en una rutina llena de camaradería, amor y felicidad.

Sin embargo, la vida siempre encuentra la manera de poner a prueba incluso los momentos más felices, y pronto, el pasado y los desafíos inesperados comenzarían a sacudir la estabilidad de Carlos y Judith.

El señor Pedro se hizo cargo de la compraventa de Barranquilla, la cual tenía por costumbre abrir temprano. Siempre se sentaba en la puerta a observar cómo pasaba la multitud, disfrutando del bullicio de la ciudad. Era su rutina diaria, una mezcla de trabajo y distracción.

Una mañana, mientras estaba sentado en su lugar habitual, fue víctima de un atentado a bala. Recibió seis disparos que lo dejaron tendido en la entrada de su compraventa, en medio de un charco de sangre. Este ataque fue planeado por el hijo del señor Jairo, un exsocio de Pedro, quien se enteró de que Pedro había mandado a matar a su padre. La confesión del crimen llegó a oídos del hijo de Jairo a través del capataz, quien, en su lecho de muerte, reveló la traición y el asesinato cometido por Pedro.

La noticia del atentado se propagó rápidamente, pues el señor Pedro era una figura muy conocida en Barranquilla y sus alrededores. La tragedia

llegó pronto a oídos de su esposa, Josefina, quien quedó completamente desconsolada. Entre lágrimas, tomó el teléfono y llamó a su hija Judith para informarle lo ocurrido.

—Judith, han matado a tu padre... —le dijo Josefina con la voz quebrada, apenas pudiendo pronunciar las palabras.

Judith, al escuchar la noticia, quedó paralizada, incapaz de reaccionar. El teléfono cayó de sus manos mientras un torrente de lágrimas cubría su rostro. Su secretaria, al notar su estado, entró rápidamente a su oficina.

—¿Qué tiene, doctora? —le preguntó, tomándola suavemente por los hombros.

Fue entonces cuando Judith, entre sollozos y con voz entrecortada, exclamó:

—Han matado a mi padre...

Con esfuerzo, tomó el teléfono nuevamente y marcó el número de Carlos. Al escucharla, Carlos sintió un nudo en el estómago.

—Mi amor, tranquila, estoy saliendo de inmediato. Nos vamos juntos a Barranquilla. Tu mamá nos necesita ahora más que nunca.

Carlos llegó rápidamente a la alcaldía y encontró a Judith deshecha. La abrazó con fuerza, transmitiéndole todo el apoyo y consuelo que podía ofrecer.

—Vamos, Judith. No estás sola en esto. Estaremos juntos con tu mamá para enfrentar este momento.

Ambos regresaron a su apartamento para empaquetar lo necesario y, sin perder tiempo, emprendieron

dieron el viaje hacia Barranquilla. El trayecto fue silencioso, interrumpido solo por los sollozos de Judith y las palabras de aliento de Carlos.

Así lo hicieron. Al llegar a Barranquilla, encontraron el cuerpo del señor Pedro ya en la funeraria. Josefina, desencajada y visiblemente alterada, permanecía al lado del féretro. Al ver a Judith, se levantó rápidamente y corrió hacia ella, abrazándola con fuerza mientras gritaba:

—¡Me lo mataron! ¡Me lo mataron!

Judith, aunque destrozada por el dolor, trató de mantener la calma.

—Mamá, cálmate, ven, sentémonos —le dijo, sujetándola por los hombros.

Carlos, que también se acercó para abrazar a Josefina, la ayudó a sentarse junto a Judith. Luego, volteó hacia el féretro. Observando fijamente el rostro del señor Pedro, Carlos pensó para sí mismo:

“Dios perdone todos tus actos y tenga piedad de ti. Que tus espíritus protectores te ayuden en ese trance de pasar de la muerte del cuerpo a la vida del espíritu.”

Con estas palabras en su mente, rezó un Padre Nuestro en silencio y, después, se retiró discretamente para darles espacio a Judith y su madre. El día del sepelio fue desgarrador, pero también fue una oportunidad para cerrar un capítulo marcado por el dolor. Después de despedir a Pedro, Judith y Josefina conversaron sobre el futuro. Judith propuso vender el apartamento de Barranquilla y la compraventa, sugiriendo que Josefina

se mudara a Santa Marta para vivir junto a ellos y encargarse de la compraventa que ellos administraban en esa ciudad.

—Es lo mejor, mamá. Estaremos juntas, y así no estarás sola —le dijo Judith con firmeza.

Carlos, como siempre, apoyó la decisión.

Así lo acordaron, y en poco tiempo Josefina se instaló en Santa Marta, donde encontró consuelo en la cercanía de su hija, y también una nueva rutina al frente de la compraventa. Carlos y Judith, por su parte, siguieron construyendo una vida llena de amor y armonía. Con el tiempo, la familia creció, y tuvieron dos hijos, quienes trajeron aún más felicidad al hogar.

A la fecha de la conclusión de esta historia, esos niños ya son jóvenes llenos de salud y energía, estudiando en los mejores colegios de la ciudad. Los padres de Carlos también regresaron a Santa Marta, y ahora disfrutan de la presencia de sus nietos y de la compañía constante de sus hijos, Carlos, Gertrudis y Yuli.

La familia, unida y en paz, celebra cada día los lazos que los fortalecen, recordando siempre los momentos difíciles que los llevaron hasta aquí, pero también honrando las lecciones aprendidas y el amor que los mantiene juntos.

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 30 de mayo de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristóbal Colón, dentro del Planeta Tierra; el mismo día pero del año 1870 en que naciera Fernando Brígido Criollo Ríos en Santa Bárbara del Zulia (murió en Maracaibo el 31 de mayo de 1944). Maestro de instrucción primaria (1891), periodista y autor de textos didácticos, destacado no sólo en la educación pública sino también en la privada; autor de varios textos que fueron de consulta obligada en los institutos educacionales de la región, los cuales tuvieron numerosas ediciones, razón por la cual no se localizan casi en las bibliotecas públicas y, por lo tanto, no se puede elaborar su fichaje bibliográfico adecuado. Tuvo su escuela privada en la calle Padilla (1892-1926), donde enseñó durante 34 años. Jurado examinador de los planteles públicos de Maracaibo (1927-1931) y presidente del Concejo Municipal de Valencia (1931-1941). Sub-director de la escuela primaria federal que existió en Cabimas en 1928, conocida con el nombre de El Trompillo, localizada entre el Candilito y las Tierritas, en el sector La Plaza, en donde hoy está la calle Principal (1942-1944). Se desempeñó como periodista y director de los periódicos *Excelsior* y *El Fonógrafo*, así como colaborador de otras publicaciones periódicas del Zulia; trabajó como ingeniero municipal y secretario del Concejo Municipal de Maracaibo. Contrajo matrimonio en Cabimas el 14 de abril de 1928 con Emelina Barrios y procrearon cinco (5) hijos, a Pedro Luis, Carmelo, Emelina, Rosa y Jesús Criollo Barrios. Desde 2002 una institución educativa en Maracaibo, lleva su nombre.

sultanadellago.com